

Abel C. Salazar

Almas

Leer para lograr en grande

Colección Letras
Clásicos Mexiquenses

Abel C. Salazar

Almas

PRELIMINAR
Joaquín Gómez



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteche, Félix Suárez,
Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Almas

© Primera edición. Imprenta de Carlos E. Unda. 1909

© Segunda edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Abel C. Salazar

© Joaquín Gómez, por el estudio preliminar

ISBN: 978-607-495-416-6

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal:
CE: 205/01/50/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

El licenciado don Abel C. Salazar

SU NOMBRE HA SONADO EN MI CONCIENCIA LITERARIA desde una época imprecisa junto con el título asignado a Tenango del Valle o Tenango de Arista, ayer villa, ahora ciudad, población que araña, antes de iniciar el descenso que conducirá primero a la tierra caliente y luego se escalonará hasta llegar al pacífico, al antes extenso Estado de México.

Dicho nombre tiene, más que connotaciones climatológicas, resonancias poéticas, Villahelada, población que termina por el sur el dilatado valle de Toluca.

Tomo pues, la pluma —más bien humilde bolígrafo— en un intento por evitar que se pierda, entre los vericuetos del olvido, el nombre y personalidad de aquel caballero y su creación, que dejan adivinar un acendrado cariño hacia su lugar nativo; una villa pequeña y señorial que alberga, amorosa, un mundo de personas que en contra de lo que pudiera suponerse, no tiene frialdad alguna, sino por el contrario, corazones amables y cálidos.

Lo que de su obra ha llegado a mi conocimiento son un pequeño libro de cuentos, *Almas*, dedicado a sus compañeros

en la escuela de jurisprudencia; el poemario *Voces lejanas*; un extenso poema, “Espectros heroicos”, con el que obtuvo una flor natural en unos juegos florales, y *Cosas diversas*. Su obra hemerográfica es más vasta: colaboró, entre otras publicaciones, en *Revista Moderna*, *El Mundo Ilustrado*, *Gladios* y *Savia Moderna*.

Se relacionó con algunos literatos de su época y en Tenango con el sacerdote y poeta de corte pastoril Joaquín Arcadio Pagaza —Clearco Meonio, entre los árcades romanos—, a quien vuelve a encontrar ya como obispo en la diócesis de Veracruz, y a quien dedicara alguna poesía.

La lírica, de alientos bucólicos en algunos de sus versos, enseña su excelencia, por ejemplo en el tema insólito del esqueleto de un perro y en “Tórtolas”, ejemplares que en su manejo del lenguaje resulta magistral.

De su existencia en Villahelada no puedo decir gran cosa, excepto un rancho, ahora medio arruinado: La Providencia, ubicado en el rincón formado por el Cerro Azul —Xuxtépetl—, por el sur; y por el oriente, la Loma Alta y la loma de San Joaquín. La población, que supongo tranquila, y sus habitantes, de ejemplar conducta y buenas maneras, son todavía ajenos al materialismo y la incultura del tiempo en que vivimos.

Vaya pues, un saludo para este villagelidense inmortal, a quien pido perdón por utilizar el nombre por él creado para titular algunas modestas creaciones mías y agrego la esperanza de que éstas sirvan para perpetuar el nombre de Villahelada. Vale.

Joaquín Gómez

*Almas**
(1909)

* Abel C. Salazar, *Almas: cuentos*, México, Imprenta y Litografía de Carlos E. Unda, 1909, 207 pp.

CON ESTOS ARTÍCULOS ESCRITOS EN MI ADOLESCENCIA, envió mi saludo cordial a todos mis compañeros en la Escuela Nacional de la Jurisprudencia en 1901 sintiendo no haber escrito algo que me hiciera exclamar como Maclair: “He tenido el lujo auténtico de realizar un ensueño”.

A.C.S.

Honda tristeza

A don Luis López Masse

“¡QUÉ PUEBLUCO ROÑOSO!”, dizque dijo al llegar el rufiancete sobrino del cura, porque ha metido en tres o cuatro partes el hocico.

¡Haragán y bellacazo! Mi pueblo huele a mejorana, tiene paisajes que parecen únicos, y su airecillo helado siempre, enrojece los carillos apergaminados con sus alegres cachetinas.

Por un lado amarillentos lomeríos; por otros, azulados montes húmedos, y a norte y ocaso largas campiñas fértiles, humeantes rancherías, vacadas y... ¡más campos y más ríos! ¡Vamos!

Dan sombra a la iglesuela cenizos eucaliptos cuyas hojas siembran el atrio de corvas navajas de palenque, y a los bardales que la resguardan, abrigan a su vez jazmines y rosales. Dentro... ¡pues oro en volutas, oro en altares y oro en columnatas!

¡Ah, y eso sí, alumbrado constantemente por cirios cuyas flamas vanse bajando como en humilde acatamiento, Nuestro Padre Jesús de Villahelada, milagroso de veras!

Por calles y arbolados ríen tan limpios arroyuelos, que parecen de luz; pardas techumbres simulan viejísimos libros

abiertos, y los domingos, desgañitándose las esquilas en desesperados molinetes, congregan a los campesinos que salen, concluida la misa, contoneándose y carraspeando, luciendo el amplio calzón de manta, los rechinadores zapatos, la tabardina de colores y el sombrero de paja con escarchada soguilla de oro; al lado, las trezotas mujeres de túnicas de cambaya y arracadas de columpio; atrás, chicuelos de sudorosas frentes por el agua bendita que se untaron de prisa, y después el licenciado murmurador y quemante como un cacharro de puchero, turbas de viejecitas de sayas de merino y camándulas de hueso, parvadas de jóvenes sonando garbosamente las botas de paseo en cuya punta que traviesa espía bajo la orla de aplanchado percal se ahoga el sol, y por último, remangándose la capa, el cura colorante, sancochado, mascullando rezos o quizás comiendo piñones que hacen su delicia, sigue el tumulto que se desbanda en la plazoleta obstruida a trechos por esteras sobre trípodes de palo a cuya sombra diversos frutos exhalan sus perfumes. ¡Ah! y atrás el pobre barbero que va mostrando en una bolsa el pico hambriento de las tijeras.

Yuca enmelada, naranjas y limones de saborcillo quemajoso, se agrupan en la fresca plazoleta. Aquí cestones con legumbres y pescados, allá huevos y pollos descabezados, y en las banquetas de piedra, lustradas por el roce, una constante rebatiña de moscardones.

Entre aquella multitud promiscua, Margarita y Carmela, sobrinas del señor cura, andan regateando ciruelas y magullando chirimoyas. dicen que gustan de mentirijillas, y que tras los balcones espían y comentan vidas, sacando las cabezas al menor ruido como inquietas golondrinas. ¡Pero tienen el alma blanca como espuma de leche fresca, y la sesera durísima para avejarrones de malos pensamientos! ¡Frescas de rostro y espíritu!

En su casa todo brilla: macetas florecidas de acanto, pajarillos que trovan, higueras arracimadas, manojos de siempreviva, itodo! La sala está charolada de puro limpia; el piano, con algo de carraspera, soporta pacíficamente fruteros de porcelana colmadas de incitantes frutos de cera; en los muros, primores de aquellas manos: tarjeteros de serojo, repisas de chaquira y bordados de áurico gusanillo; en las rinconeras polvosas, santos prisioneros bajo fanales sin mancha, y en los sillones y consolas, tejidos de gancho y cojincillos de raso. ¡Las demás piezas ni se diga! ¡Y qué sopas de sémola y qué pollos en salmuera saben hacer aquellas manecitas!

El barrido corral es un arca de Noé: gansos blanquísimos que se antoja sentarse sobre ellos; una borrica, valentonazos gallos barnizados, el rocín que monta el señor cura, gordos lechoncillos, un demoñejo de perro bravucón y tórtolas silvestres. Por allá pesebreras y trojes, y bajo techado la cárcel de aves menudas.

¡Este olorcillo de costumbres rancias es de gloria! Así los vinos; si reañejos, ¡muy puros!

Carmela y Margarita son felices. En días festivos van al Calvario a perfumar las naves con sus preces, o siguen hasta el campo anegado en infinito silencio y honda paz. De regreso la noche les sale a su reencuentro en Rancho Colorado. Este ranchejo parece un cuartel: un salonazo encalado, la era llena de resquebrajos, dos sauces que parecen morriones de hilachas amarillas y una jauría furibunda; he ahí todo.

El rancho de Benhumea, de un doctor humildón y talentoso actualmente, se cae también de podrido. Tiene cubierta de tejamanil: dos o tres columnas de ocote que sostienen aleros gachos: atrás, encerrados por tapiales sarnosos, unos arbolillos muy flacos, y en los macheros amenazantes cerdos gruñones y mulas grenchudas.

¡Allí no van Carmela y Margarita!.. ¿A qué?..

De regreso al pueblo viene el perro bravucón siguiendo las borrosas rodadas de las carretas.

Entre semana, Carmela y Margarita se dedican a su escuela. Una diminuta hilera de taburetes y una parvada de inocentes arrapiezas. Aquélla silabea, ésta se pincha los deditos pespunteando y esotra garrapatea en la pizarra. ¡Qué ruido de avispero!

Idas las chiquillas se sientan tras el vitral a contemplar el crepúsculo dorado; la vuelta del ganado y la salida de los rancheros que van taloneando sus cabalgaduras con tal desgan, que parecen tener las piernas descoyuntadas; la cabeza les campaneaa, los brazos hacen inconscientes ademanes despreciativos y en los talones borrachos retiñen las espuelas.

Principia el taconeo de los transeúntes, se encienden los churrientos farolejos y en la plazoleta estallan alegres lumbradas frente a montones de cacahuates y barrotos de cañamiel que vocean destemplados pillastrines.

Margarita y Carmela recuerdan los chistes de don Dimas Corvejones, el que hizo de bato en una pastorela y empajó el pelícano, el tucán y la gallareta, que aún están sobre un ropero.

—Mira —dice una de pronto—, ahí va doña Josefa del Hortigón, ipero ha llegado al colmo del embuste! Sabe cuándo se recorta las uñas el gachupín bodeguero, y el grueso de la gordura que suelta cuando se baña...

¡Y siguen platicando de aquella santa señora!..

El señor cura está engolfado en indigestas lecturas teológicas, sorbiendo trago a trago su taza de tabachín.

A esta hora la botica es mentidero. Don Eulogio, sastre de corazón abierto como un camino, oliente a jabón después del remojetete, llega frotándose las manos. Cuenta su último hallazgo de flechas de obsidiana, el embotellamiento de un

escorpión rabisco y de otra alimaña erizada de púas. Ya apuntó en sus “Efemérides” —¡cómo se le había de pasar!— la muerte por cólico hepático del caporal de Sierra Prieta. ¡Si en su libro consta desde el lugar en que yace la carroña de “Tres vidas”, hasta el día en que Carmela empezó a tomar sal de Karlsbad para los cálculos!

El boticario despacha unguento doble que parece untaza de carro.

Voltea de pronto don Eulogio al oír un resoplido: es el calloso médico que se deja caer en la silla y ya descansa plácidamente.

Llegan después, el licenciado Barranco, cejijunto y de velludas orejas como obstruidas por algodones mugrientos; el administrador de Rentas, y por último don Marianito, el richón don Marianito, agarrado como el cemento y que dado el caso preferiría dejarse pinchar con bieldo, antes que soltar un céntimo de los sepultados... ¡Dios solo sabía en qué raíz de madroño o en qué desviado cauce de río!

¡Y cómo se habla de sus arcones, repletos de alazanas, que eternamente emboscado oculta hipócritamente!..

Se torna la plática mosaico. Don Eulogio recuerda su famoso miserere. ¡Pero a quién se le ocurre comer tanto!.. Cuatro litros de capulines, dos platos de requesón, un pernil de cabrito, carne acecinada, diez panes y doce huevos duros!.. ¡Santo Dios!

El licenciado Barranco exhuma dulces recuerdos de cuando fue a tierra cálida. Cuenta cómo creía ver en cada sombra de árbol que la luna proyectaba un caimán, y en cada hoja seca un alacrán traslúcido como pedazo de caramelo, y cómo llegó a sentir alguna vez —por mera aprehensión— puñados de cabellos en el gznate, babeo tenaz y un hormiguear constante, que

son —según dicen— síntomas de intoxicación por veneno de alacranes. Ajo, ceniza de penca de maguey y chupetones en la picadura, son el remedio. ¡Eso sí, cuando la luna está en creciente, duele un poco el lugarcillo!

—¡Margarita de mejoría! —exclama el médico acomodando los pies cuidadosamente— ¡Simple catarro, catarro y más catarro!

A la repentina badajada de las ocho escúrranse todos; el pueblucho se va adormilando y el silbato de los guardianes corre por las calles como loco.

En montes y bohíos se apagan las humosas luminarias, y Margarita y Carmela, con tenazas herrumbrosas, sepultan en la ceniza los tizones...

Muy de madrugada se arropa el pueblucho en neblinas temblorosas; techumbres y senderos muestran vidrio en polvo; las matas de tomillo con el rocío de la mañana parecen candiles diminutos de cristal, que se rompen al soplo de los vientos, y como empujadas por la tierra se alzan las neblinas al anuncio del sol.

El caballo del señor cura espera atado al cuerno que sale del muro; se calienta el labio inferior, blanducho como hule, con las duchas de vapor de su propio aliento.

El ministro del Señor sale: lleva fieltro aleteante de paja, grises guantes de badana, capotón de casimir, bufanda de rojo estambre y gruesas espuelas de rodajas sonoras mordiéndole las botas.

Parece romperse el empedrado al duro piafar del rocín del señor cura. Todo despierta. Aquí un burro destinado a padrear, peludo y dentón, mira remotísimas praderas gloriosas; novillos y toretes dormitan, y entre boñigas que humean y ante perros tumbados a la bartola, los carneros se insultan y se topan. Muy

lejos, las chozas humarentas parecen quemarse, y en el aire vagan los mugidos de las vacas y el tronar de los rebenques.

El señor cura va diciendo que sí con la cabeza a quién sabe qué preguntas; mientras aquí, en su casa, Carmela y Margarita, que oyeron ya la primera misa, sin fastidiosas rebujijñas, se lamen las boquitas untadas de natillas más blancas que la nieve.

Por las campiñas silenciosas cruzan las yuntas arrastrando arados sin mancera como arpones extraños, y los rapacejos del pueblucho, sentados en los quicios de las puertas, esperan el sol.

Pero ¡válgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada! ¡Seguramente por su dolor reumático se volvió el señor cura de la orilla del pueblo! ¡Se quedaron sin misa los de Joquitzingo! Detrás le sigue el viejo Dionisio, jinete en su mula zanquituerta.

¡Y qué viejo que está Nicho! Tan milagrero como siempre. Y eso que tuvo la inflación de ser el mejorcito en fuerzas cuando ya grandote limpiaba los incensarios y sacudía sobrepellices y casullas.

Una tarde lluviosa de un agosto soberbio llegó a casa de Margarita y Carmela, temblando por los truenos y por el agua, pegadas las ropas al pellejo. Y no saldrá de allí... ¡sino muerto!

Su padre, infame salteador, era de los que agazapados entre vastas hediondillas o bajo ampones tepozanes, aguardaba tenazmente el paso de las caravanas de indígenas, que entonando cantos monótonos iban a dejar sus ofrendas de pan y cera, o a colgar de los torcidos ahuehetes que rodean el santuario milagroso del Señor de Chalma, cordones umbilicales. Pero el bribonazo dudaba de que Nicho fuera su hijo, y para hacerlo desaparecer obligóle a que, emboscado entre malezas y con recién fogueada carabina, disparase sobre los comercian-

tes en café. Y Nicho oyó un disparo, la señal convenida; sintió pasar el proyectil un jeme arriba de su cabeza; no disparó, y aturdido estuvo escuchando ruidos y voces. Allí le encontraron muchos soldados, que le llevaron, con el cadáver de un infeliz viajero, ante el juez de Villahelada.

Nunca quiso confesarse a sí mismo que su padre había tramado la emboscada. En doce años nadie le visitó en la cárcel. ¡Nadie?!. ¡Qué mentira tan grande!.. Las niñas Carmela y Margarita, sí. ¡Ya lo creo, ellas sí!

¡Ay!.. icómo se acordaba de... muchas cosas... de muchas cosas!..

Y cuando salió de la cárcel, cuando volvió... miró sauces y campiñas hasta sentirse ciego, y escuchó trinos y rumores hasta ensordecirse. Alguien le dijo que su madre había muerto, y que su padre, paralítico, vivía... Y... tuvo un desvanecimiento y un dolor en el roblizo pecho, como de gran puñetazo; pero serenándose corrió a su choza, abrazó a su padre y le ofreció baratijas y dulces...

Los que después le vieron dicen que ya en el monte, ya solo, aullaba como un lobo que perdió su madriguera...

Almas visionarias

A Jesús E. Valenzuela

EL MÁS EXTRAVAGANTE DE MIS SUEÑOS. Figuráos, que tras un reblandecimiento cerebral a consecuencia tal vez de trabajos excesivos, había tenido que entregarme a involuntaria molición contemplativa, al balcón festonado de pasionarias asomado siempre, viendo la eterna polvareda de las nubes.

Afirmaba el médico que la mejoría era muy rápida, aun cuando en contrario hablaran mi delgadez y mi color de ladrillo.

Debo morir... me decía... y presiento que se cumplirá tal deseo. Mi estómago rebelde rechazaba todo alimento, y a pesar de inyecciones y tizanas, invadíanme incontrastables letargos. Horas antes de morir, pedí vestido negro, montera de seda y guantes oscuros también. Ya vestido, sentado en amplio sillón, fui quedando para siempre dormido.

¡Mentira! ¡Cómo dar a ustedes la idea!.. Siéntese con toda exactitud lo que al hundir la cabeza en un tanque: abriendo los ojos se agrandan las cosas; un céntimo es broquel, y un guijo pupila irritada, en tanto que del exterior llegan risas y canciones roncas y muy confusas.

Empezaron preces y letanías por el descanso de mi alma, sin que cesaran lloriqueos de quienes habíanme amado. Tenía, dentro del ataúd, inquietudes que no sabré nunca explicar. Me impacientaba... ¿qué?

Cuando a la siguiente mañana sentí que me levantaban, estoy seguro de haber sonreído con alegría y satisfacción insólitas. Repitiéronse rogativas y sollozos, y el balanceo del féretro en las cuerdas me anunció que descendía.

Quedé totalmente cubierto por tierra y losas; se abrieron los ojos de mi espíritu... y empecé una vida extraordinaria.

Muros y tabiques que para los vivos separan fosas y gavetas, no existen para nosotros. Las distancias que median entre las tumbas, constituyen avenidas como en el mundo exterior, y cada sepulcro, con su alcatifa musgosa, es casa en aquel mundo subterráneo. Es interminable la prolongación de habitaciones; derrúmbanse algunas masticadas por años de humedad; otras lucen brillo de lluvia reciente, las más son pardas tirando a negro.

Allí las almas son como perfume. Voy a explicarme lo mejor que pueda.

Suponed gotas de aceite y de otros líquidos que tengan densidad heterogénea, flotando en amplio vaso con agua límpida; no habiendo afinidad entre las gotas, cuando se acercan se deforman simplemente sin que haya fusión íntima. Pues lo mismo sucede con las almas, que —permitid la frase— son gotas de perfume.

Olvido perfecto llena el pasado. La sutileza de aromas constituye abolengo, aristocracia en los espíritus. Olvidaba decir que al llegar un espíritu, es recibido y mostrado como recién nacido en todas las casas, y por último, conducido a mudo llano, amarillento y triste, donde blanquean osamentas dispersas y sil-

ban con misterio profundo sauces que se deshojan. Allí queda colgado igual que un capullo. Llámase Campo de la Desolación.

Mas lejos, circundado por árboles de copas mucho más grandes que montañas, y de hojas semejantes a las de monstruosos agaves, está un valle que intrincan vegetales de flores y frutos rarísimos. Unas flores tienen forma de bocas enormes y carnidas, y sus frutos parecen cadúceos; azules otras, remedan trozos de sulfato de cobre, lilas y blancas como nubecillas; las escarlata son fofas como esponjas; más bien parecen cruentos pulmones de res, y se antojan la mayor parte, cabecitas de niños orejudos.

La luz que todo inunda, no sabré decir de dónde proviene; es apacible, de oro, como la de algunos crepúsculos de la tierra. Llámase Valle de la Destrucción; y aun cuando no es la palabra que usamos, digo así, por acercarse mucho al significado de la verdadera.

Allí flotan las almas, y se confunden y revuelven buscando perpetuamente su alma afín, su alma homogénea, con la que, una vez hallada, se funden íntimamente; y de su beso nace fúlgida y alargada flama que oscila y se sacude como flexible cuchillo que hasta su completa destrucción fuera disminuyendo.

Hay espíritus que hace miles de años buscan inútilmente, y son constantes sus excursiones al Valle de la Destrucción. Allí anda el espíritu de un tal Buckingham, que dizque regó en vida miles de joyas, y trasciende a pelambreira de cabra; y un Jesús que habiendo regado simplemente palabras, huele a perfume tan delicado, tan sutil, como si hubiera cruzado millares de millones de leguas a través de infinitas nubes.

El Valle de la Destrucción está refrescado por ríos de aguas transparentes, pero no líquidas; fingen rollos movibles de lien-

zos gris perla, que pasando por fiero boquete rocalloso, tirasen de un extremo seres invisibles. A ese boquete van muchas almas que desaparecen de pronto en aspiración brusca. Por allí escapan los que al restregón de aquellas linfas tratan de quitarse algo que les separa de otros espíritus para destruirse

Óyese un ruido especial, como de... quien ha estado bajo arcadas de acueducto, puede darse cabal idea. A intervalos regulares, hay momentos en que todos aquellos perfumes se incendian, tal como si ponto encrespado, suponiendo tal cosa posible, salpicárase de alcohol, éter y otros líquidos volátiles y de pronto se acercara una bujía. ¡Es una confusión de colores, y algunos tan extraños, como no vi jamás! ¡Cómo, diréis! combinados verde y añil dan azul, y así todos. Sin embargo, desmentirme no podréis, porque no habéis ido nunca, y yo comprendo que soy impotente para demostrar mi aserción.

Este incendio, es como recompensa y castigo; sufren todos, pero con dolores tan raros, que son humanamente inexplicables; como acero, hierro y cobre, no podrán explicar sus sensaciones cuando los muerde un corrosivo. Lo único que puedo decir para tratar de que entendáis, es esto; el sufrimiento es allí, como la imagen, como el reflejo de un pez sobre la luna que piadosa enjalbega las profundidades del océano.

Nada puedo decir de mi dolor. ¿Qué siente una liga cuando se le estira y qué cuando queda libre?..

Desde mi llegada estoy siendo perseguido por un espíritu centenario que juzga ser mi gemelo, y trata, acercándoseme, de provocar una fusión imposible, porque sobre mí pasa como gota de azogue sobre plancha de vidrio.

Mi espíritu, ávido de hallar su gemelo, ¡está esperando el tuyo, amada mía!

Un alma triste

A José Juan Tablada

JUNTO AL BULLENTE FONTANAR, como queriendo subir y quizás por la fatiga exhalando humillo azul, entre higueras y nogales, el rancho de Dionisio se echa para atrás, temiendo rodar empujado por el monte. Bajo techados que sostienen horquetas de madroño, cabecean las mulas inquietas, esperando el carro diminuto que de una galopada plantan de porrazo en el puebluco, mientras el airecillo que trae hedentina de estercoleros sacude los encinos y los tepozanes que custodian la lente de un pozo ruin. Ollones desgolletados sirven de mace-tas cuyas plantas son tomillo, yerbabuena y mejorana; granza de cebada y pedazos de costera recargados en el muro forman la casa del perro pitañoso, porque las gallinas duermen al raso, bajo las rudas hediondas o las retamas llenas de vainillas resecas. ¡Sólo el cerdo gruñón no tiene lecho por molesto y bribonazo!

A derecha e izquierda de la puerta están armónicamente colocados racimos de mazorcas blancas, amarillas y rojas y una cabeza de ciervo empajado. Dentro, en obscuro rincón, la escopeta ferrugienta, sosteniendo los morrales de cáñamo y el polvo-

rín formado con un cuerno; ocupando medio cuarto, arvejones y habichuelas, y en el otro rincón, sobre tablas pulidas, esteras delgadas y sonoras almohadas de hojas secas. A un costado del ranchejo está la cocina de humo, siempre tibia por la hoguera perenne de varejones aromosos, y por último ancho claro de ventana sin marco lleva al monte empenachado de oyameles.

Desde aquí se mira el pardo caserío, como una gigantesca fábrica hundida, de la que se asoman sólo chimeneas; la hacienda de San Joaquín, que parece una perrera en el inmenso trigal que empieza a granear, y algunas rancherías como pintadas con almagre.

Trepando el monte frontudo ¡quién sabe qué admiración se nos entra por los ojos! A poco andar está una plazoleta de césped, en donde cuentan que tienen sus peleas coyotes desconfiados y perros garrudos; en redor la fosca selva que hacia el sur, en vertiginosa rampa, desciende a Joquitzingo; rampa tan pronunciada, que suspenso he quedado ante el camino terso en la perspectiva, ¡como pista de boliche por la cual ha rodado el sol que nace como bola de fuego!

Muy lejos brillan ríos como cenefas de plata, y los oscuros techos de Jajalpa fingen pardos cobertores tendidos sobre arbustillos.

En la madrugada ¡qué atención respira todo! La neblina, como inmenso cortinaje desprendido de los clavos de los astros, cubre con su blancura el valle; los muérdagos simulan erizos brillantes por el lloro de la noche; las húmedas arenas guardan las huellas de los tejones ariscos; cardos engrifados y pinos hilachosos parecen callar, y cuando los frondajes comienzan a silbar levemente, el toldo enorme de la neblina se fragmenta diluyéndose en la atmósfera gris. ¡Y el sol asciende lento como una inmensa burbuja de oro rojizo!

Los troncos de los árboles, ya gachos o bien rectos, entrecruzándose fingen ventanas multiformes que dan al espacio azul, a los campos ondulantes, a los pueblecillos que dormitan acurrucados en las vagas lejanías.

El céfiro trasciende a resina y a perfume de té silvestre; aquí lamosas cortezas, allá peñascos blanquecinos por los helechos que parecen escurrimientos de cal viva, y más allá todavía una trabazón de bejucos y enredaderas tupidas.

¡Y sin sentir, la vereda culebreante conduce nuevamente a casa de Dionisio! ¡Y hay que ver los almuerzos cotidianos! Trozos de tasajo churruscado con su poquillo de chile y su aroma de ajo crudo, caldillo de amarillas habas con plumas de perejil... ¡Viendo aquello se traban las quijadas de pura ansia! Porque, para la pobreza que corre, este Dionisio tiene un fortunón: el borrico emballestado, la vaca paridora, lechoncillos, un par de mulos de finos corvejones, que apenas quitados del arado relinchan y corretean como después de largo descansar, y algunos pedazos de tierra que le dan el pan.

¡Y vaya si sabe hacer la lucha! ¡Bueno de veras para torceduras, pasmazones y sobrehuesos de animales! ¡Albéitar así... por lo que Dios le ha metido en la sesera! ¡Pero fino el hombre para esas cosas!

¡Ni qué hablar de su valor y fuerza! ¡Él sabe en qué lugar del pechazo le truena el corazón! ¡No importa que sea desquijado y medio, si dentro está la miel! ¡Y qué no sabe hacer!...

Él prepara la armada en la límpida laguna de Jajalpa. Primero recuenta las parvadas de patos silvestres que se antojan flotillas de góndolas, y después, calzón a la rodilla, va tendiendo sobre un lecho de tule y popotillos larguísima hilera de cañones de fusil, como una gigantesca flauta de Pan, que espera solamente para rociar balines el incendio de la pólvora

que les une. Bueyes amañados y panzudos empujan a la muerte a aquellas góndolas que caen destrozadas o flotan y se dispersan cuando las ocultas bocas, cuyo aliento se cuaja en parda nube, vomitan perdigones.

Abalea trigo, curar mal de ojo, fruncir arneros, itodo lo sabe! ¡Pero nada tan bien como templar calores en los hornos de carbón! El encino más rudo, de corteza contraída como piel reseca, de brazos crispados que muestran ásperas cazoletas que albergaron bellotas barnizadas, ése como inmensa esponja gris, al golpe tenaz del hacha de Dionisio viene a tierra como un acahual enteco. Y al menudear de sus hachazos firmes se convierte el árbol en montón de rajadas olorosas cubierto con tabaquillo y varejones de jara, que a su vez desaparecen bajo paletadas de tierra apelmazada a puñetazos. Aquella cabeza al rape, con dos agujeros por ojos, es un horno de carbón. ¡Y al diablo todo si al encenderse por dentro se resquebraja la bóveda! ¡Se torna ceniza!..

En la noche, ¡qué par de enchilados ojos aquellos color de ladrillo o de manos vistas al trasluz! ¡Respiraderos rojizos como antiparras de lumbre sobre ancha cabeza calva!...

Dionisio ríe, y de cuando en cuando clava el hurgón que le sirve para medir las horas, según el chirrido de la gota de saliva que tiembla como araña cristalina al caer sobre el hierro candente. Las ráfagas sacuden los frondajes que susurran y se agitan como azotados por ciegos espíritus invisibles, y el horno resuella y truena ¡como las mandíbulas de un tigre que masticara la osamenta de un becerro!

En la barranca lóbrega, todo cobra aspecto fantástico; un escaramujo parece serpiente con uñas; aquel peñasco, un bandido que al andar mueva las matas; pero... Dionisio no ve visiones; el árbol, es árbol; la peña, peña. Se acuclilla frente a

chisposa lumbrada de hojas secas vigilando el horno; pero el calorcillo le traiciona y se va quedando dormido; el perro ahoga entre las manos refunfuños amenazantes, suena la chamarasca, rechinan los madroños como en ciclópea flexión, se quiebra una rama; de pronto, silencio profundo apaga todo murmurio, y a poco empieza el anhélito del viento que ya sopla o bien se aduerme. Pasa la noche fatigosa y muda. El búho sopla su calabazo vacío, y al amanecer, el frío hace estremecer la selva; el cielo ceniciento, luego pajizo, después bermejo y al final escarlata, se aclara; un gorrión chiquirritín trova cánticos de fiesta en la punta recorva de un pino; en los trémulos aires viajan perfumes de claveles, y el sol que asoma por la rama del camino, iparece que desde alturas enormes cayó estrellándose en las rocas!

Dionisio acuclillado y dormido no vio el destrozo; pero en la noche se abrió una grieta y el cierzo tiritante, tal vez por calentarse, sopló como un fuelle convirtiendo en cenicero el árbol hermosísimo. En la humosa cañada parecía que habían prendido mil morteros con bronce, cuyos fragmentos —las estrellas— ise habían ido a clavar muy alto!

La brisa helada lo despierta; estira los encanijados miembros, se estrega la raleza de su barba y gime contemplando la ceniza:

—¡Maldito sueño de lechón! La hedentina de los mirtos, la flojera que da el calor de los tizones... ime dormí! ¡Maldito sueño!

Remueve los tizones con la pala y mascullando palabras ininteligibles, seguido a trote rítmico por el perro alobunado, toma la vereda que conduce a su ranchejo, donde sus hijos le aguardan con el almuerzo apetitoso: carne sancochada, chile verde en salsa... ¡qué aguanosa pónese la boca viendo aquéllo! ¡Caramba, si eso pica!

Llega y grita desde el umbral: “se perdió el trabajo y el dinero; ¡me dormí!”.

Suelta el hurgón, pone la tilma de lana sobre un banquillo lustroso, y ya sentado acerca las manos a la lumbre.

—¡Vaya un frío!... ¡Estoy medio muerto!

Almuerza, y el medio día le encuentra afanadísimo, trabando y limando los dientes de la sierra para trozar nuevos árboles y hacer nuevos hornos, o con el agudo guincho de las yuntas anda espiondo la salida de los topos. ¡El viejo no para! Emblanecer las sogas de cuero crudo con envidia, arrollar a los filetes de las caballerías saliveras de cobre o embetunar las cabezadas y los collares, ¡él no para!

A la hora de la siesta calurosa, toma la escopeta ferrugienta y bajo los nevados tepozanes espía mañosamente a las palomas que allí se arrullan y sombreatan. El sol riega vidrios en montes y caminos; el dorado suelo parece corriente de agua quieta sobre la cual se reflejan las trémulas copas de los sauces. La seroja se mueve al viento cual si por debajo corriera escurriéndose una víbora. Agazapado espera Dionisio, de pronto, ¡fuego! y como algodón disputado por ráfagas, el humo de la escopeta se alarga en todas direcciones, y de la tortolilla muerta que cierra los ojitos brillantes como dos granallas, vuelan asustadas las plumas. Pasan abejones desenrollando la cuerda de su reloj, como dice Dionisio; pero ¡diantre! si él puede regalarle hasta dos puñetazos a cualquier hablador... pero matar palomas, cuando su hija Magdalena le ha prohibido... ¡Vamos, si es un canalla!..

Y al llegar al holliniento jacal avienta el mosquete en un rincón.

El campo todo presenta manchas enormes, como de agua que va siendo absorbida por las tierras adyacentes; son las grandes sombras de las montañas que el sol ha echado sobre el

plan. Con lentitud e insensibilidad de sueño muere la luz; rudo garganteo de pastores tiembla en los aires y lumbres de chozas dispersas parecen linternas en manos de una patrulla que anduviera buscando un ladrón. ¡Qué suavidad, qué paz!

Vaga, levantándose apenas, parece la luna roja farola prendida en el bosque.

En su choza ve Dionisio con fijeza de fascinación la sangrienta lumbre. Hoy también hace un año el horno de encino en amarguras y cenizas se convirtió. Él no quería pelear; Pedro, por envidioso, buscó pendencia. Mira, hombre, le decía; siembra otro surco de mi terreno y quedamos en paz. Lo que tú creas que sembré tuyo, lo devuelvo. ¡Qué son unas mazorcas! ¡Necio, necio y necio! Me quiso tumbar para pegarme; me hice a un lado, y al dar él sobre el horno... ¡Jesús!... ¡quedó cocido!...

¡Y Dionisio tiembla con escalofríos de terror!...

Las brujas

A José María Lozano

LOS PREPARATIVOS DE LA BUCÓLICA principiaron la víspera. La indígena Dionisia —la hipocritona criada del ranchejo de mi padre— descabezó un pollón, untó de chile y ajo unas varas de carne acecinada, puso a macerar en vinagrillo cargado de sal unos jarales, coció algunos huevos de gallina, y con masa de maíz, bien enmantecada, hizo tres docenas de bollitos que albergó cariñosamente mi morral de malla oliente a plumón de pájaro y a pólvora. Naturalmente había yo limpiado mi escopetón sarnoso con la baqueta cacarañada, bolas de ixtle como capullos y aguardiente rebajado. Había probado la limpieza del oído, haciendo explotar un fulminante; ya estaban repletos los cuernos que me servían de municionero y polvorín respectivamente, y mi buido cuchillo de monte esperaba en su funda de vaqueta próximas proezas. Me acordé de Tartarín y de todos los exploradores del África misteriosa, y previo mi acostumbrado padre nuestro —no sin recomendar antes a Juan Arriaga, mi ahijado de escapulario, que oscura la mañana me despertara— me arropé castañeando los dientes y estuve largo rato

despierto, arrullado por el viento que aullaba en los tejados y sacudía nerviosamente las puertas.

¿Sería efectivamente el viento quien hacía trepidar el techo quejumbroso? En las trojes canta el tecolote, parpadeando lentamente, y dicen que cuando canta muere el indio... ¿Amanecerá muerta Dionisia? La oigo respirar con fatiga, y me parece que llora muy quedo...

Estas leyendas de los campos, relatadas vigorosamente y con fe profunda por los labriegos, se graban con tal fiereza en el sensorio que las creemos tan verdaderas como las rocas, y los montes y los árboles que tiemblan en las noches, de pavor tal vez o quizá de frío.

En los potreros silbantes destinados a que pazca la yeguada, corren a media noche las bolas de lumbre, que se apagan de súbito en las zanjas, o trepan por el camino de San Joaquín, igual que si tuvieran pies.

Son las brujas, las maléficas brujas que dejaron las piernas en cruz sobre el rescoldo que abandonó la lumbrada, corren a chupar la sangre de los niños inocentes que nacen y mueren felices en las campiñas silenciosas.

¡Dios mío! ¿Pero es verdad que son las brujas quienes tornan ictéricos a los robustos niños? ¿Son ellas quienes sirviéndose de un muñeco repleto de calandrajos, pinchado con púas de maguey y enterrado bajo los saucos retorcidos, producen los dolores de estómago que poco a poco matan enflaqueciendo al campesino?

¡La madre de Dionisia murió embrujada! Escondía una gusana en la barriga, y los dedos se le torcieron como crudas correhuelas. ¡Al mismo tiempo que ella, imurió el becerrillo granizado! Y no valieron ni el zahumerio de azufre, venas y epazote, ni el huevo recién puesto que le fue pasado desde los ojos pitañosos hasta las uñas rojizas. Murió, y cuando roto el cascarón del huevo,

cayó en el vaso de agua fría, aparecieron en el fondo formados con la albúmina, dos ojos saltones idénticos a los de una bruja de Santiaguito. ¡Ni qué dudar!o!

¡Y las cosas que han hecho las malvadas! Aquel pobre de Amador que una mañana nublada salió con el hacha al hombro a tumbar un oyamel, desapareció quince días, hasta que uno de los pastores de este rancho llegó una tarde, tartajoso de espanto, a decir que había encontrado a orillas de la barranca de Loma Alta el ceñidor y el hacha de Amador. ¡Y fuimos allá todos! Efectivamente, el oyamel a medio tumbar, diseminados las tibias y los fémures, y como a cien metros la calavera roída bruscamente. Fueron, según afirmaba Dionisia, las maléficis brujas que habían prometido al hombrachón, soplándole muy bajo en las orejas, una muerte siniestra. Todavía existe la cruz que marca el lugar de los sucesos, piadosamente adornada por musgos verdinegros y enredaderas silvestres. En los brazos dicen que se posa un chorlito, y horas enteras pasa emitiendo su chirrido quejumbroso y extraño. ¿Será el alma de Amador?

Y lo curioso fue que don Simón Torres, padre de Amador, creyó en el maleficio de las brujas, pero juzgó que los perros de nuestros pastores y los coyotes que aúllan como llorando, se habían repartido a mordiscos, en una fanfurriña feroz, el cuerpo de su hijo, y amasando carne tierna y vidrio molido logró que los perros bravucones y fieles murieran, despedazándose el labio inferior poseídos de horrible desesperación. Hizo mal, ¡y allá él con Nuestro Padre Jesús de Villahelada!

En esa barranca de Loma Alta, en un pozo naturalmente formado, echaron las brujas al tío de Dionisia con el asnillo pacífico que se volvió retozón y echó sus corvetas al pasar por el barranco. El viejo estaba desnucado, y el pollino, rígido ya, parecía reírse mostrando su larga dentadura y sus ojazos vizcos.

Alguna vez, persiguiendo a un pitorreal, bajé a la cañada fatídica, y volví admirado de aquella vegetación exhubera. Largas palmas como abanicos de odalisca, helechos cenicientos, esbeltos popotillos como nube de moscos diminutos en redor de un alfiler metálico y largo... ¡Qué sé yo!..

Súbitamente me asaltaron las leyendas de aquel sitio, y un golpe helado de viento me hizo desfallecer. Cobré fuerzas, y aquí de un matojo de zacatón, y allá de una desmochada rama de encina, fatigado y lleno de pavor llegué a los bordes iluminados por el sol, que calmó un poquillo los acelerados latidos de mi corazón.

El bosque tenía la solemnidad de las cosas excelsas de la tierra. Cerca, se partió un ramujo reseco, cantó un pajarraco extrañamente, tronó con fuerza la hojarasca, y trémulo, con la frente sudorosa y sintiendo el ligero fusil pesado como un cañón, partí a escape, cayendo y levantando, hasta desembocar jadeante en un barbecho donde el gañán, tranquilo, trazaba con el arado ipautas y más pautas!

¡Malditas brujas!

Me senté en un pedrusco, y un sapito se puso a cantar como si tuviera hipo. Sobreexcitada mi fantasía, creí que era una bruja transformada, y sin pensar en lo risible de mis actos, tomé rápidamente el camino de la hacienda, en cuyo techo un pajarillo parecía decirme: itonto, tonto y tonto!..

Almas fuertes

A Manuel Lombardini

TODAVÍA SE OYEN MAÚLLOS DE GATOS en horcones y tejavanes caedizos de la granja que despierta, y ya viene tío Nicho —labriego madrugón— descendiendo veredas que conducen a Villahelada, donde vende sus legumbres que lleva en un caballo derrengado y trozo. Viendo su derechez, ¡quién creería en sus ochenta años! Magro y zancajoso, nunca deja el paso largo y trote menudo que obliga siempre a sus anchos calzones a cachetearse.

Anciano y caballejo dejan los primeros rastros precisos en la brillantina regada en llanos y caminos por el alba rorante. Agazápanse las biznagas como erizos friolentos; chicalotes pubígeros que muestran sus flores como blancas y ateridas mariposas, están cenizos, y matas de hinojo, despidiendo sin cesar olorcillos que marean, de su verde plumón sacuden la escarcha.

¡Y no yerra! El sol ha de besar sus canas en llegando a las cercas de piedra donde ordeñan las vacas de hocico halitoso; y el sol, que simula estar de acuerdo, espera y no recoge sombras de cerros hasta que la vieja y ruin caballería estampa la

cabeza en la tierra. ¡Entonces sí se alza como inmensa y brusca fogarada!

¡Y qué sabe de malquerencias! Para el señor cura su primera visita. Oyen su voz y corren a quitar las chirriantes fallabas, Teófila y Margarita, sobrinas del cura...

—Niñas, buenos días —dice al entrar.

—Pero, qué, ¿no tiene frío?

—Nada, nada —contesta sonriendo y entregándoles un cestillo con huevos y varios manojos de legumbres.

¡Qué frío! Si suda los domingos que se pone pantalones de casimir con fondillos de cuero.

Después de oír encargos para el día siguiente, arrea su matalón a casa del sastre tartajoso que inútilmente consume su vida indiferente a todo; de allí, a ver a la prestamista cuya diversión es aventar chismes al tedio mañoso de Villahelada, como suaves madejas de hilo a bichos desocupados; y por último hace sus compras míseras al bodeguero imbécil y dengoso, que muy golpeado le despacha, como si el bellaco ese tuviera un alma fuerte, blanca y sencilla como la del tío Nicho; imás blanca que las néveas estalactitas colgadas en grutas fragosas!

Y ahí va de regreso al campo, sintiendo sabrosísimo escorzor en el estómago tras el sorbo de aguardiente y con dulces ojos aniñados bendiciendo el sol. El caballo, tronzando trébol y mastranzo, y él, tranquilo y feliz como un profeta, siguen silenciosamente la vereda recorrida por caléndulas y malvavisco. Suelta al animal en la fresneda móvil después de manearle, y rodeado de sus hijos, almuerza junto al fogón que mantienen chabascas de ocote. Caldillo de habas con tiras de chile y plumas de cilantro... “¡Arre la cachimba!”, exclama

Nicho parpadeando, y con la boca repleta al barril con flejes de bejuco y agua límpida se pega sediento.

La casa de Nicho está en la rinconada embosquecida del Xuxtépetl, patriarca de aquellas comarcas. Sombrea su techo mimbrerales, acerolos y saucos, y en los muros cuelgan de anchas estacas velludos arneros; en las horquetas de los árboles está el rastrojo para la vaca horra, y entre opulentos herbajes un pozo cuyas aguas transparentes han subido a los bordes como en ofrecimiento.

Los diez o doce hijos de Dionisio diariamente trabajan en haciendas cercanas, y él también, de cuando en cuando, recorre algunas leguas, porque sabe derrabar y todavía tiene manos ágiles para violentos esquilos. De tarde, al hombro la hoz cachicuerna, se dirige a sus prados y pasa horas incontables cortando arisco chayotillo. Cuando atardece y gritando vuelan los pintos quebrantahuesos a las hoquedades lúbricas de robles añosos, él también, a sí mismo hablándose, toma el camino de su choza donde ya le aguardan sus hijos cantando, con algo de melancolía en la voz, canciones románticas. Cada vez que Juana, hija única, no sale a recibirle, porque según le dicen, la patrona pidió su ayuda, le vienen desánimos tremendos y después corajes que no sabe disimular.

¡Y vaya con Juanilla! ¡No tiene rivales para eso de alustrar pecheras y enjebear trapillos! Y luego, sus ojos negros y adormilados y... ¡vamos! Llega la muchacha y todos a recogerse. Al día siguiente a la misma hora corre Dionisio a Villahelada con su jamelgo castañuelo y quijarudo. Es querido y respetado sencillamente por su alma ruda como peña, pero como ella sin doblez. ¡Quién dirá que se ha tomado una oveja mesteña o algún recental que salió escapado de la boyeriza! No proyecta

sombras: su corazón en la obscuridad como diamante fúlgido se duerme y a la luz tiene irizaciones. ¡Patriarca y muy patriarca de aquellas comarcas! Llega el santo de su nombre y empieza la degollina de la pollada. ¡Qué fiesta!

El hijo del dueño de aquellas tierras, de atraidorado mirar, iba de cuando en cuando a ver al viejo que se quedaba murmurando:

—Al patroncito parece que alguno le está enseñando a cabestrear.

Y nada, que le rasguña un pensamiento. ¡Hum, hum! ¡Haya cosa!.. Pero eso sí, para encepar en mi ranchejo necesitan ihum!.. igarra y ojos muertos!

Y eran fundados sus temores. Juana huyó sin dejar huellas. Dionisio, cuando se lo dijeron, sintió que un roble quebró su nuca; resollaba igual que odre contra el viento. Respeto y gratitud le parecían frenos que ansiaba morder para hundirle su daga orinienta y fuerte al patroncito; en su conciencia estaba que la escondía él. ¡Quién había dicho que la fortuna domeñase a la virtud! ¡La ira le abrazaba el pecho igual que si se hubiera metido un leño ardiendo!..

Quién decía que Juana estaba en tal pueblo andrajosa y desaseada; quién que andaba en organdí envuelta y de su amor en la floridez. Iban sus hermanos infructuosamente a buscarla, iy semanas y semanas escapaban!.. De tarde, al hombro la hoz cachicuerna, el viejo pensaba; pensaba en aquella moza que le daba fuerzas y alegrías; en aquellas trenzas, en aquellos dulces ojos, hasta que un ardor en las pupilas, no calmado con lágrimas, le obligaba imperiosamente a dormir.

Debilitábase y comprendía que ya su mano firme no podía regir la mancera de un arado, y tuvo antes bríos para majar hierro y trozar una soga. ¡Caramba, que sufría muchísimo!

Una tarde silenciosa, sentado en burdo pedrejón, miró venir al patroncito que montaba un potro recién amansado. El peso del caballo puso de punta un girasol seco, clavándosele al bruto en los ijares. Tal fue la corveta del animal, que salió el jinete incauto del fuste recogido y del estribo quedó pendiente. ¡Júbilo maldito repicó esquilones broncos en el pecho de tío Nicho!

¡Canalla, que se rompa la cabeza! Pero al partir el caballo desbocado puso la hoz en el arzón que se trozó al empuje de la carrera. Levantó al muchacho y... icada uno siguió distinto rumbo!...

El viejo pensaba: “se salvó; hice bien”. ¡Acaso nunca durmió tan plácidamente como esa noche!

Al amanecer, cuando Nicho líaba sus legumbres, apareció el desbarbado patroncito llevando a Juana de la mano. Los ojos del viejo centellearon terribles como carbones soplados y se crisparon sus miembros como en calambre rápido. Espíritus de alcaravea y tomillo erraban en los aires, y hablaban muy bajo trigales y cañaveras.

—Dionisio —dijo el mozo—, ayer me salvaste la vida; quiero ser tan honrado como tú. Hoy me caso con Juana; vine por ti para que nos acompañes. ¡Ya sé que has llorado mucho; pero se arreglará todo! ¡Vamos! —y sin decir más, tomó la vereda que conduce al pueblo seguido de Juana y Nicho que atontado y mudo caminaba. En la diluyente atmósfera gris perla dormían las cosas...

Llegaron brincando camellones. Avisado el cura, estaba esperando ya, y en la nave callada y desierta tuvo lugar la ceremonia. Cuando salieron, aún hacían chispear los cirios la estola del sacerdote que brillaba como húmeda, y no muy alto pasó aplaudiendo un vuelo de palomas...

Iba delante Juana, y al pisar el yerto cantorral, dijo el muchacho:

—Mira, Nicho, guarda estas escrituras de un terreno que regalo a Juana; y para que veas que soy tan honrado como tú, guarda este secreto: el hijo de Juana, es mi hermano; su padre, mi padre...

¡Y sin volver la faz, se dirigió a su hacienda, cuyos contornos desblanquecidos iaparecían ya!

Almas jóvenes

A Antonio Villarreal

¡Quién me diese alas como de paloma!
¡Volaría yo y descansaría!

SALMO LV

DEL TURÍBULO ARDIENTE SUBÍA EL INCIENSO, tremolando y extendiendo sus niveas muselinas; resonaba la bacina al golpe repetido de las monedas de cobre; las pequeñas flamas aleteantes de las lámparas votivas parecían mariposas de luz que se ahogaban, y entre el abigarrado tropel de gente devota, salimos del templo apretujados y alegres, quizá porque fuimos a rogar por nuestro amor, que presentía metamorfosis en la ausencia. Cerca de la última hornacina, nerviosamente me santiguó, y tembloroso y mudo icon qué unción besé la cruz que formaba su manecita blanca como un lirio, como un ala pequeña de paloma, o como una marmórea benditera! En el ábside sonoro, los postreros cantares resonaban aún.

¡Oh, cuán cierto que los recuerdos son las rugosidades del alma, que semejantes a las de los peñascos necesitan, para borrarse, años de estar en pugna con las aguas del tiempo!

Ya en la calle, seguimos la calzada que conduce a las afueras de la ciudad. Por el cielo escampado pasó un vuelo fugaz de golondrinas. “¿A dónde irán?”, me preguntó dulcemente, mientras yo contemplaba sus diminutas orejas como conchuelas de nácar; su boca, que me recordaba las fresas que la madurez empurpuró, y su rostro, tatuado por el sol resplandeciente, que dibujaba sobre él las móviles ramas de los sauces; tatuaje fantástico en forma de plumas, palmas e insectos.

Sin responder a su pregunta, susurré a su oído esta estrofa de una antigua canción:

En silencio se mezclaban cual perfumes,
y en silencio se mezclaban como soplos,
y en silencio se fundían como lágrimas
nuestras almas en un beso silencioso.

El arroyo gorgoriteaba en el hueco labrado por sus ímpetus semejante a un enorme hocico que hacía gárgaras imposibles. Un hombre canoso sonrió al vernos y con voz hiposa e intermitente, consecuencia del paso torpe de su cabalgadura, nos dio los buenos días.

—Oye —dijo Taide—, mi corazón ha sido tuyo, pero temo que este año, al terminar tus estudios de pintor, el triunfo, la lisonja, la frecuencia de círculos elegantes, todo haga que te olvides de mí... ¡Recuerda que he crecido a tu sombra para ti!

Su voz se fue extinguendo como el trino del ave que se interna en un bosque; cubrióse el rostro con las manos, y sus lágrimas corrían como cristalinas arañas a esconderse entre los encajes de su gola.

El arroyo seguía locamente carcajeándose; hervía, salpicaba las flores de la orilla, y en sus pequeñas caídas agitaba su

espuma como una enmarañada madeja de hilo; algunas raíces redondas, como miembros anquilosados, fingían lavarse en la corriente pura, en tanto que a nuestro paso los álamos de corteza manchada, cual si estuvieran envueltos en pieles de peces pintos, movían sus hojas como monedas de plata.

—Calla —dije a Taide—; si obtengo triunfos, será por tu amor. Inocular en mi espíritu un cariño y poder sentir sus fiebres, sus dolores íntimos, sus estremecimientos, sus dudas; tener mi pensamiento clavado en otra alma, como la mariposa en el cáliz de la flor, eso quería: ¿no se han cumplido mis deseos? Guardaba ternuras infinitas, multiplicándose apiñadas, esperando como la mazorca de maíz, heredad fecunda para desgranarse y florecer. ¿No he aumentado mis sinsabores con el único fin de que seas mía? Tonta...

Anduvimos en silencio. Nuestros corazones, al hablar así, se consolaban momentáneamente, pero temblaban por algo lejano, vago e impreciso que llegaría; temblaban como las alondras en sus nidos, adivinando que a la madrugada el rocío de la aurora bordaría con chaquiras su plumaje esponjado. Teníamos la seguridad de que el porvenir —isi nos hubiéramos equivocado!— escondía para nosotros un precipicio, un obstáculo a cuyos bordes áridos tendríamos que despedirnos.

Y era verdad lo que decía a Taide. Antes de conocerla, me atarazaba el fastidio, y en mis fugaces momentos de nerviosidad ansiaba, no un amor sosegado, sino impetuoso, turbulento, que rasgara el velo de mi tristeza que me cubría como polvosa telaraña; que luchara por quebrantar mi voluntad, me hiciera caer de capricho en capricho, y ser en fin, igual a la flor que el torrente hunde, sostiene a flote y despedaza besándola siempre. Me sentía capaz de amar con la vehemencia de un león, y podía también pasar horas enteras junto a mi amada, con la

delicadeza y la curiosidad de un niño que observa sucederse con rapidez los colores fugitivos en las burbujas de jabón. En ella encontré todo.

La única familia de Taide se componía de una vieja tía propietaria de una finca contigua a la de mi madre. La tía Paz, así le decíamos, a pesar de su rostro marchito, transcendía a la elegancia y hermosura, tal cual las flores guardadas durante mucho tiempo en un libro exhalan un aroma muy leve. Ingenualmente devota, empleaba sus ocios en la confección de afiligranados sobrepellices que regalaba a los curas humildes de las parroquias cercanas, y en devanar con sus maravillosas manos débiles, seda para cíngulos que tenían el mismo destino. Para estas dos mujeres buenas, mi madre y la tía Paz, la alegría estaba en nosotros y la tomaban de nuestros semblantes. Bajo su custodia y a su calor nació nuestro cariño, sencillo como las tapicerías que el musgo tiende en las cañadas, arrolla a los árboles y teje en las cicatrices de las rocas.

—Dentro de una hora irás muy lejos —dijo Taide apoyando en mi hombro su cabeza—. ¿Pensarás en mí?

De pronto, deteniéndose, exclamó con su sonrisa luminosa: “¡Qué tontas somos nosotras! ¿Sabes en qué venía pensando? ¡Figúrate: una bobería! Pensaba: Rubén no debe irse, me quedo sola, puedo morirme quizá y no lo volveré a ver...”

Se calló bruscamente, como si su pensamiento hubiera hallado en su camino un obstáculo, como las tórtolas que refrenan el vuelo cuando el azor apenas se dibuja en el horizonte.

—¿En qué más pensabas? —insistí yo.

—En muchas cosas que no quiero ni debo decirte —me contestó llorando—... ¡Soy una loca!

Sus palabras llegaban a mi oído vagas y confusas, como el susurro de una selva; su vestido ondulaba movido por el aire;

oprimía su busto un corpiño ligero, y entre las vaporosas blondas negras de las mangas sus manos semejaban copos de nieve pendientes de ramas de ciprés.

—¡No llores! —exclamé con los ojos empañados también del llanto—; óyeme.

¡Ah, no sabré nunca qué angustias desfloraron en ese momento los cristales de su alma!

—Sabes —continué— que nunca he sido celoso y no lo he sido porque tengo absoluta fe y confianza en tu bondad. Así, no atribuyas a celos lo que voy a suplicarte. Estás obligada a asistir al paseo que anualmente hacen en honor de la tía Paz, y el cual tendrá verificativo dentro de dos días en la falda del monte que dista de aquí seis leguas. Asistirá Gustavo, lo sé por él mismo, y no extrañes que siendo mi mejor amigo, te ruegue sea la última vez que lo trates.

¿Fue que una nube opacó instantáneamente la luz del día, ensombreciendo todo, o en efecto veló su semblante un torvo presentimiento?

¡No lo supe entonces!...

Anduvimos largo trecho distraídos. En las brumas de mi memoria aparecía Gustavo cuya estúpida sensualidad propia de su temperamento, ardía en sus frases aliñadas y flexibles como víboras, en sus miradas lánguidas e intensas perdidas en una vaga lontananza, donde el ensueño, la febricitante abstinencia y la lujuria desbandan sus visiones frescas de vida, que sobre muelles edredones revuelcan sus fastidios o adormecen voluptuosamente sus cansancios. Sus lecturas, su exquisita sensibilidad y fervoroso culto a la belleza, afinaron su lujuria, que plegaba, sin que él se diera cuenta, sus labios húmedos y carnosos. En sus ojos se adivinaban a ratos profundidades atra-yentes; se me antojaban límpidos remansos en los que el sol,

filtrándose a través del follaje de un sauce, comunica transparencias a la masa de agua sin iluminar el fondo.

¡Oh, Dios, qué inmensamente dolorosos son los recuerdos de mi juventud!

Repentinamente, como invisibles tórtolas arrulladoras, salieron escapadas de la torre de la aldea los sonidos de la campana.

—¡Las nueve! —exclamé apesadumbrado— ¡Es preciso volvernos! Deben de esperarme ya con los caballos que han de conducirme a la estación.

Agregué en tono muy bajo:

—Sé fuerte al despedirme; nos ahorrarás un sufrimiento... ¿Por qué te afliges? —le pregunté— cuando vuelva serás mía; no nos separaremos, te contaré los encantos y amarguras de estudiante, te mostraré mi vida día por día como las hojas de un álbum; tú, en cambio, me arrullarás con tu charla armoniosa, en la que brillarán como curiosidades sacadas de un cofre perfumado tus travesuras inocentes, tus sueños en los que viviré escondido, y tal vez algunos dolores leves colados de rondón en tu espíritu.

La hice apresurar el paso. El sol bañaba los arbustos de la avenida que al dibujar sus frondas en el suelo fingían charcos caprichosos de tinta; en la plaza principal una turba de vendedores ambulantes voceaba sus mercancías, y la pequeña esquila de la iglesia, poseída de un gran regocijo, seguía piruetando.

En el portón encontramos a la tía Paz, a mi madre y a un criado. Por sus encargos y súplicas y consejos, sentía mi corazón desfallecido. Apresuré la despedida; besé a Taide, ¡y en ese beso no sé por qué creí que nuestras almas se despedían para siempre!

Rápidamente desanudé el cabestro de la escharpia; el caballo, al sentir el peso de mi cuerpo, partió al galope.

El aire del campo, quién sabe qué cosas susurró a mi oído, refrescó mi frente, agitó mis cabellos, ¡ay! ¡pero no pudo evaporar mis lágrimas!

El panorama que se desarrollaba ante mí, adormiló mi punzante melancolía. Los montes verdinegros de ocotes desflecados y silbantes, cuya solemne majestad acrecentaban los gorjeos incompletos de pájaros; las nubes rozando los árboles, como si éstos humearan incendiados; el río que culebreaba en el profundísimo barranco, negro como un hilillo de betún; el sol chorreando fuego y abrasando la campiña, por cuyo calor la tierra, en varias partes cubierta de musgo verdoso con reflejos metálicos color de hiel, parecía que sudaba; las cenizas nopaleras como muestrarios de extraños fetos; cada color, cada paisaje dejaba una gota de miel sobre mis dolores.

Anocheecía cuando distinguí las luces de la estación ferroviaria. El silencio aguzaba mi oído, y claramente oía el roce de una hoja seca de maíz que el viento nocturno venía empujando. A pocos minutos dormitaba en el tren arrullado por su jadeo; y a la mañana siguiente, instalado en mi cuarto de estudiante, recordaba los rosales florecidos de las casas de mi pueblo; las cercas de piedra donde se posan al mediodía los lagartos verdioscuros como puñales pavonados; la hacienda de mi madre, silenciosa y blanca; y sobre mis recuerdos todos, Taide pura y bella.

Mis estudios y trabajos diarios hicieron recobrar su buen humor a mi espíritu. El quinto día de mi estancia en la capital, a la vuelta de la Academia de Bellas Artes, encontré sobre mi mesita de trabajo la anhelada carta de mi hogar. Nadie trazará a rasgos finísimos la urdimbre de impresiones que sacuden el

ser a la vista de una carta amada. Cuando rompí el sobre, sentía apretada la garganta por una alegría o angustia que no sabré explicar.

Me decía mi madre que en el paseo verificado en honor de la tía Paz, Taide había caído del caballo y había muerto.

¡Ahi imorir cuando en nuestros corazones rayaba el día; morir cuando ella sintetizaba mis anhelos y mis esperanzas! ¡Ah! imorir cuando el primer amor salpicaba las conciencias de perfume; morir cuando todas las ideas, todos los pensamientos, todas las bondades convergían en un punto; morir cuando...! ¡Oh, Dios mío! tú que eres eternamente bueno, que regaste la semilla del consuelo en las almas inconsolables, que abriste los veneros del amor en los pechos sin arrullos, y regaste tus resplandores en los corazones que eran noches... ¿por qué me quitaste a ella, que era mi porvenir, que era mi juventud que era mi vida?...

Ignoro el tiempo que estuve enfermo; pero cuando comencé a pasear mi convalecencia por los jardines y arboledas, tenía en los labios y en la mirada una amarga dulzura de un bien perdido y lejano, muy lejano.

Un año hacía que había cambiado mi domicilio a una alegre barriada del poniente de la ciudad. Allí soñaba pensando en Taide, al cansado fulgor mortecino de los crepúsculos dolientes. Frente a mi habitación estaba un balcón, cerrado siempre, y festonado caprichosamente por yedras y madreselvas frondosas. De tarde en tarde llegaba a mis oídos, conmoviéndome profundamente por los recuerdos que despertaba en mi memoria, una voz trémula, dulce y sollozante que cantaba con infinita vaguedad y tristeza:

Volverá mi recuerdo cuando muera,
 A traerte, mi bien, melancolía;
 Como vuelve alejándose el invierno
 A su nido de ayer la golondrina.
 No me olvides, yo te amo, está seguro
 Que volveré a tus brazos algún día,
 Como vuelve, alejándose el invierno,
 A su nido de ayer la golondrina.

¡Cuántas ternezas despertaba en mí la vocecita de la desconocida cantadora!

Así risas de los címbalos lejanos encuentran en algún polvoso piano un eco que les responda, y que acurrucado dormitaba como un niño abandonado por sus padres.

Sentía a veces el imperioso deseo de ir a su departamento; preguntar quién era, hablarle, decirle que le estaba infinitamente agradecido, porque su voz y sus canciones me hacían pensar en otra voz y en otras canciones que había oído de unos labios amados que callaban entonces porque estaban aprendiendo nuevos ritmos en un país de misterio y de silencio, donde las almas se convierten en cantos inefables.

¡En cada lágrima que me arrancaban esas estrofas, rodaba una bendición!

Una tarde de crepúsculo sangriento esperaba la llegada de mi madre y la visita de la tía Paz; ¿qué conversación nuestra no tendría por trama la bondad de la inolvidable muerta?

Mientras llegaban, distraje mi impaciencia observando el desbandamiento de nubes escarlata, naranjadas y violetas; oyendo los vagos susurros de los árboles poseídos de súbitos estremecimientos; la bulliciosa algazara de parlanchines gorriones, empeñados en meliflua contienda por lograr un

camarín en la enramada, y viendo al gato sobre la silla esparancada, en quieta somnolencia, con su eterno hervor en el cogote.

Todos los detalles de aquella época de vida, dolorosos y alegres, los conservo de tal manera grabados en mi mente, que creo que ningún sacudimiento trágico vivirá en mí con mayor intensidad de precisión.

Había dejado de ver a la tía Paz mucho tiempo; y cuando la vi en el dintel de la puerta tendiéndome los brazos, con el rostro cruelmente ajado y los cabellos canos, débil y encorvada, parecía que mi pasado estaba frente a mi porvenir.

Respetuosamente besé sus manos y la senté en mi lecho.

—¡Qué viejo estás! —me dijo en tono simpático y burión— dentro de dos años se te verá la cabeza como si la tuvieras envuelta en un pañuelo blanco.

—No es difícil —contesté sonriendo. Agregó:

—Tengo que decirte algo muy grave antes que llegue tu madre, que supongo no tarda. La vida te ha vuelto reflexivo, prudente, y sobre todo razonable. Eres ya un hombre capaz de soportar con calma cualquier hecho, cualquier acontecimiento, por intensamente abrumador que sea. Eres algo más que un hombre. Como te dije al principio, eres un viejo a quien yo quiero como a un niño, y para el que todas las alegrías me parecen pequeñas, si por un momento se las pudiera dar todas. ¿Me entiendes? —agregó conmovida— ahora escúchame, y sé fuerte.

Tal solemnidad había en la tía Paz al expresarse, que instintivamente incliné el cuerpo como cuando se espera un golpe rudo.

—Taide no ha muerto —exclamó más blanca que la cera y con los ojos fijos y brillantes.

—¿No ha muerto? —dije con voz ronca, abandonando mi asiento y tomándole con brusquedad las manos.

—No ha muerto —contestó ásperamente— y aun cuando comprendo que serás capaz de estrangularme por saber todo de un golpe, es preciso que me oigas portándote como un hombre y no como un niño. Siéntate.

Precipitadamente continuó:

—En el paseo del año pasado, que debes recordar, iba como invitado de una de mis amigas, Gustavo Hartmann.

—¡Gustavo Hartmann! —grité desesperado.

—Calla —contestó jadeante—. Escúchame: todos íbamos a caballo, y a la entrada del monte, en el lugar preciso en que el bosque se espesa, el animal que Taide montaba se encabritó por el ruido de alguna hoja seca, y emprendió la carrera. Nos paralizó el espanto y el pensamiento de que en la falda resbaladiza el golpe era seguro y la caída mortal. Todos quisieron marchar tras ella; pero Gustavo, como un relámpago, se tendió sobre el caballo que azuzado brincaba como un gamo, perdiéndose bien pronto entre la obscura maleza y las quebradas de la montaña. Inútilmente esperamos su regreso; y entonces nos diseminamos en el bosque con el fin de encontrarlos. Todos teníamos el alma cuajada de presentimientos.

”Nuestro primer hallazgo fue espantoso. En el fondo de un barranco estaba Gustavo con el cráneo despedazado. ¡Ay! en ese momento comprendí que en una hora se puede envejecer. Más adelante encontramos desmayada a Taide, pero viva aún.

”Ahora escúchame y sé más fuerte todavía. Voy a concluir. Cuando Gustavo corrió en busca de Taide, ¿sabes lo que hizo? No detuvo el caballo; por el contrario, lo fustigó brutalmente para que se desbocara y cayera. ¡Oh, Dios! ¡por qué los

árboles no volvieron hacia él sus brazos y lo desmenuzaron en el aire! Cuando la vio tendida sobre la yerba... ¡ah, Rubén, Rubén, todas las azucenas deben de haber cerrado a esa hora sus cálices!

—¡Maldito! —exclamé como un loco— ¡No has muerto y debes morir despedazado por mis dientes, magullado por mis manos, pisoteado por mis plantas! ¡Taide, Taide! —sollozaba.

Como a un conjuro, abrióse la puerta y apareció ella vestida de negro y con una palidez ultraterrestre.

—Gustavo ha muerto —dijo—; yo soy la desconocida cantadora; te amo, y he vivido con mi amargura incomparable sólo por ti.

—Retírate —exclamé con voz ahogada.

—Calla —gritó mi madre entrando en ese momento—; nadie sabe nada, y yo, que soy tu madre y que para ti querría lo más santo, te ruego que la quieras: ¡quíerela! —dijo juntando nuestras cabezas que bañaba con su llanto.

Almas medrosas

A Jesus T. Acevedo

HABÍA TENIDO MIEDO; el bosque lóbrego, presa de ruda estupefacción, callaba. Deslumbrada y torpe mariposa que se golpea contra estirada tela de cielo raso, mi corazón golpeábase en mi pecho.

Quise huir de horror; sentía que algo de uñas retorcidas y orejas puntiagudas y enormes, a pasos de seda, seguía mi camino.

Un buho pasó rayando las tinieblas con sus ojos flavescentes como flores amarillas. Apreté mis párpados, y entonces creí ver gatos enfurruñados y cerdos casquimuleños; me oprimí los oídos, y creí oír fúnebres ululatos quejicosos y sentir sobre mi cabeza mojados belfos de caballos disformes cuyos resuellos movían y erizaban mi melena.

Cuando descendí, la llanura solitaria fingía por manchas de sombra y claros de luna triste, anegadizo terreno cubierto de agua. Turbó quietudes de copas fuerte ráfaga, y las ramazones hablaron terribles cosas en la selva removida por terrores y remordimientos seculares.

Corrí. En el lago, luengas hojas fingían espadas; los tules, crines de caballos hundidos; las sombras de abedules, rotos pabellones fúnebres, y las hojillas secas de sauces mustios, muertos pecesillos a flor de agua.

Zábilas erectas parecían buitres azabachados abiertos de alas, y zacatones silbantes corrían como persiguiéndose. Un guijo era crustáceo, y un matojo bruja en cuclillas.

Cuando vi, como esqueletos alumbrados interiormente, las chozas de mal unidas costeras que rodean el rancho, cesó mi temblor imbécil, como el del árbol súbitamente soltado tras fuertes sacudidas. Todavía en la puerta una zalea sin curtimbre, clavada en el muro, parecía inmóvil vampiro esperándome.

Llegué, y ocultando azainadamente mis pavores de chiquillo, entré al comedor. Cené poco, sentía un aturdimiento horrible, y bien pronto me aburrió la conversación de cánicula, escarda, sembraciones, azoleo y ¡quién sabe cuántas cosas referentes a labranza!

Se habló de corazonadas y espantos, y me sacudí como ave bajo el gotear de lluvia repentina. En otra forma repetiré lo que allí se habló.

—Allí en la cañada —dijo el dueño del rancho dirigiéndose al mayordomo—, en los cenizos helechales canta el hombre-cillo. Empieza a embarbecer, hobachón, carilucio y, cuando más, de un metro de altura. El galón de su sombrero brilla como las cerillas húmedas; su chaqueta de piel, con alamares de plata; es de recental, y el pantalón ajustado tiene una botonadura de huesos muy blancos. A la cintura lleva una banda de color de lumbre, y cuando a lomos de su pollino espelurciado pasea por la barranca, se oye un ruido semejante al que hace la leche en los botes a las horas de ordeñar. En las noches diáfanas juega con dinero en los retazos limpios de la selva. ¿Qué

males causa? ¡Vamos! Si llega, estando el cielo chubascoso, a corrales de cabras que abonan baldíos, silba y le siguen todas como al declive las aguas, los perros enmudecen y los pastores se tullen. En los novilunios de agosto arriba, cuando algunos entecos arbúsculos se llenan de brotes como ámpulas de cera tierna, esperando familias de venados que gustan de flores de cantueso, pimpollos de madroño y dulces brotes; los cazadores han visto huir al pollino cuyas costillas no impedían ver más lejos, con su cencerro al cuello guiado por el hombrecillo que sonaba su carraca.

¡No hace daño siempre! Aquí en las trojes, con cerdas en torzales, colgó de las narices crucificadas lechuzas, y también ¡hace mucho! amaneció una ternera con jáquima, freno, retranca, collares y todos los arneses de una mula.

—¿Ustedes han oído rodar en el techo quejumbroso puñados de arvejones y calabazas estriadas, que al otro día muestran en la tierra la pulpa de su carne y las lombrices de sus hebras? Él prende luminarias de seroja en barbechos desnudos, en afelpadas besanas corre alegremente mientras pace su cabalgadura, o se tumba y canturrea: él, para que no mueran destripados, quita pedruscos de las trampas de los topos; él, quien corretea a los coyotes que huyen grifos y despavoridos por los carriles solitarios.

Recibía yo la relación con risotadas; pero imposible superponerme a tantas necedades. Imaginábame al charrillo siniestro burlándose de los corcovos del rucio; atisbando entre guías de colorines cimarrones galopes de huroncillos perseguidos por un zorro gris, o construyendo casitas en el arenoso cantizal. ¡Y la noche, llena de paz solemne, acogedora de todo eco!

—¡Vaya! —dije abandonando el asiento— de seguro sueño al duende! ¡Buenas noches!

Y al encaminarme a mi pieza, illevaba un miedo grande como la selva misma! ¡Perros y cornetas con las fábulas!

—¡Leeremos un poco! —gritó mi primo siguiéndome.

—¡Bueno! —dije distraído. Y mientras él buscaba un tomo, permanecí recostado en mi lecho de campaña, donde hallé un muñeco de porcelana, dejado quizás por los chicos del administrador y me puse a hacerlo voltigear, tomando las puntas del cordón que pasaba por su cuello.

—Mira —dije a Luis—, esto deberían hacer con el charro del barranco.

De pronto, di un grito espantoso, tartamudeando, y de terror se llenaron de lágrimas mis ojos. ¡Me había enseñado el muñeco la lengua rojiza y larga como un pétalo purpúreo de clavel!...

Almas decrepitas

A Francisco Prado y Tapia

EL CRUDO INVIERNO AQUEL CON SUS nevascas veló crestones de montañas, y el volcán con enorme solideo de nieve se me antojaba un viejo que secaba su canicie al calor de nubes rojas como carbones encendidos.

En medio de una loma inflada como vientre cinchado por innúmeras veredas y en la cual se suavizan escarpas de montes vecinos, está la complaciente hacendeja que me acoge, anualmente con su aire sombrío, indicándome con su seriedad, agradable disgusto por mi cara de fantaseador, que aún refleja deseos de dar nombres grotescos, raquílica vida y expresión risible a todo cuanto la rodea. ¡Y apenas si hay motivo para ello!

La tal hacienda es un edificio ruinoso, sin portalada, de muros mal pintarrajeados a brochón, en cuyo frente pardo se abren como pupilas legañosas dos ventanas desportilladas y un portón hecho trizas; todo cubierto con ceniza techumbre salpicada de jaramagos, me da idea de mendigo envuelto en abrigo remendado saliéndole cabellos cerriles por las ventilas del chambergo ladeado.

El interior es un poquillo más pintoresco. Se miran desde la escalera quejumbrosa por senecta, hacinas de zacate, el pozo de brocal derruido donde las palomas se platican, un solado de ladrillos que forma la era, dos graneros y hediendo lambrijas tumbados al desgaire.

Animan el corral, mugir de vacas de ojos enigmáticos; traqueteo de carros, desuncir de bueyes sitibundos, revolotear de gallos y patos y las mismas golondrinas con su agridulce chir-lar, como si rechinasen agrios dientes que no tienen o masticasen hule, suponiendo que tuvieran.

Por doquiera, montes chaparretes tupidos a trechos, a trechos tiñosos y hacia el sur lomeríos y trigales dorados que relampaguean si ráfagas silbosas los rizan; allá, verdes magueyales como haces glaucos de banderas verdes recogidas, y lejos, muy lejos, el sinuoso arroyuelo brillando igual que una tira quebrada de vidrio.

¡Vaya si he pasado días felices! Cacerías al Xuxtépetl, hollando embutidos y blondas de hielo; rústicos almuerzos a orillas de la fuente que monta abismos pavorosos enjutando trago a trago la bota de agua fresca; veladas en cualquier choza humilde rasgueando la guitarra tan rota y agujereada, que se duda si apuñalearon su caja, o indiferentemente contemplando la inocencia de los niños que en curiosas posturas se van quedando dormidos al amor de la chisposa lumbré avivada por brisas que se cuelan por resquicios de puertas. ¡Que si he pasado días felices!

Y si a esto se agrega el cariño de don Nachito el administrador y el que profeso a Julián, hijo de un labriego, se comprenderán mis alegrones cuando las panojas reseca cuelgan, árboles y prados amarillean y los nevados peñascos del cerro parecen garzas inmóviles.

Es don Nachito bajo de cuerpo, de pupilas brillantes, fruncido entrecejo —aprieta en cada surco un pensamiento—, cabello gris, algo instruido y capaz de soltarle un sofión a Nuestro Padre Jesús de Villahelada.

¡Quién habla de su carácter!

Jinete amañado en potro zaino, da gusto verle correr tras la res indómita mientras el aire silba escurriéndose por los remos de la bestia detenida en brusca sofrenada. Solamente cuando caballos y vacas no muestran pelajes lustrosos de puro limpios o cuando el travieso Julián lapida golondrinas errantes. ¡válgame la Virgen Santa! ¡qué cosas dice por esa boca delgada y lívida!... Y quien más le irrita es Julián con su tarea destructora. Tendrá diez años el apicarado chiquillo, feúcho, de ojazos chisperos y cabello rubio. Indumentaria... por único vestido, rabona camisa llena de raeduras que deja orear su estómago brillante como una odre untada de mucílago. Sus travesuras le han hecho famoso.

¡Y qué travesuras!

Ayer fumaba yo sentado en la era, y al ver a don Nachito cabiztuerto y distraído, le pregunté:

—¿Por qué tan triste? ¿está enfermo?

— Ya me cargó el asunto —dijo ambiguamente.

—¿Cuál? —volví a preguntar con cierta curiosidad.

—Verá. Le voy a contar esto para que se forme cabal concepto mío.

—¡Si será usted salteador! —exclamé sonriendo.

—Cállese y oiga: en noviembre, ya lo ha visto, vienen cuadrillas de trabajadores de ambos sexos. Bueno, pues con ellos vino María Antonia. Quizás comprendió que me gustaba, porque con cualquier pretexto reía conmigo; le acariciaba las mejillas, y a reír otra vez. ¡Para qué fastidiarlo! María Antonia tuvo

un hijo mío que no vi nacer, y hasta entonces ¡hasta entonces! comprendí las burlas que caerían sobre mí; el enojo de los dueños que huérfano me acrianzaron, y tantas cosas; que aturdido y confuso fui a decir a María Antonia: “mira, no soy malo; pero quieren correrme los patrones que ya supieron esto y quitarte a mi hijo luego que nazca. ¿Comprendes?.. Quitarnos a nuestro hijo. Te buscaré... vete hoy mismo y... no vuelvas, ¿oyes?...

”Y salí del cuartucho ahumado sin ver su rostro, ni sus lágrimas que brotaron y no cayeron de sus ojos. ¡Ah, cómo he pagado esta infamia!

”Yo la vi tomar el camino que se borraba y me parecían los árboles y los postes colosales crucifijos. Quise ir a detenerla, no pude, la cubrió un recodo del camino; subí al techo, y cuando la perdí para siempre, ¡lloré amargamente porque se llevaba al único ser que podría quererme!”.

Detúvose un momento y prosiguió: “¡Si supiera mis dolores de aquella noche! Cansado de pensar, me dormí; soñé que mis padres —a quienes casi no recuerda— me conducían silenciosamente a un llano larguísimo; allí nos sentamos, me dormí y al despertar no estaban ellos. ¡Qué horrible! Abandonado, mi corazón les amaba. Empecé a gritar, y al tender mi vista en aquel arenoso desierto, vi a mis padres que arrepentidos volvían corriendo hacia mí. Acortábase la distancia, los distinguía con claridad; entonces el llano se fue inclinando hasta ser una ladera resbaladiza. ¡Qué angustia! Se aferraban a los débiles matojos, hundían sus báculos en la tierra durísima... y de veras desperté cuando sentía impulsos de rodarme por la escarpa.

”Me arrepentí —prosiguió—, me arrepentí, y al amanecer, sin que nadie me hubiera oído, emprendí el camino al pueblo cercano. ¡Qué miedo tuve al oír los ecos de mis pasos rebotar en paredes y callejuelas poco a poco, debilitándose como

el sonido de una cuerda elástica constantemente vibrando y restirada, más y más. En todas las posadas pregunté por ella. Nadie la había visto. Me dijo alguien: ‘abandonó el pueblo hace poco’; fui al otro pueblo, —‘aquél, mire, allá’—; no supieron darme razón. Diez años, diez años y ni un día he olvidado mi crueldad. ¿Vivirá mi hijo? ¿Morirá ella? ¡Dios sabe!”.

Siguió lamentándose; de pronto ¡pum! el ruido del guijarro que lanzó Julián contra un nido de golondrinas. Oírlo don Nachito, entrar y dar una soba de pescozones al muchacho, fue instantáneo. Quise ir a defenderle. La explicación de Isidoro, campesino a quien yo creía padre del pilluelo, me detuvo.

—Péguele patrón, péguele a ese maldito; al fin no es hijo mío. Mi prima María Antonia, que estuvo aquí hace muchos años, al morir lo dejó a mi lado. ¡Quién sabe qué padre sinvergüenza le daría vida a ese arrastrado!

—¡María Antonia, María Antonia! ¡Hijo mío! —gritó azogadamente don Nachito.

Y como demente se puso a juntar guijarros que había cerca y poniendolos a los pies del rapaz que aún sollozaba, le dijo primero fieramente y luego suave, muy suave:

—Toma, itírales a todas, a todas las golondrinas!

Almas enfermas

A Paco Olaquíbel

ENYUGADOS BUEYES MARCHAN lentamente por carriles arenosos y pésimos guijarales; mulas y vacas encobradas detrás de las yuntas a la dehesa caminan, y en el corral quedan sólo verracos gruñones y un encrestado muleto huérfano; en trojes y techumbres galantes palomas epicúreas y en oscuras pesebreras, juntando estiércol y pajuz con pala, escobón y carretilla, o arrojando lazos que sirvieron para embozalar novillos y toretes, el bisojo de Andrés.

Parece que sobre piedras y escarchado césped, miles de arañas tendieron sus hilos; la neblina corre allá muy lejos como soplada por fiero ventarrón, y en árboles y aleros derrochan gorriones parlanchines los trinos de su gorja. Rústicamente adornado el corredorzuelo; macetas con espuela de caballero, borraja para la tos, yerbabuena, calabazas y ancho jaulón que hospeda mirlos y primavera. En polvoso rincón encellas, rejas de arado, hectólitros de madera llenos de tamo, y en las vigas cimborrios diminutos de golondrinas. Un burro entrepelado y canijo asusta a las gallinas soplando su ronco saxofón, y el cerdo quiebra maíz con tal dureza que finge comer pedrizco.

En la campiña color de cinabrio alegremente corretean remolinos de polvo que se buscan, se abrazan y forman uno solo gigantesco, semejando gruesa columna de humo que arroja colosal y enterrada chimenea; las yuntas partiendo surcos pausadamente cabecean y resoplan, sin fijarse en tordos negros y de gorjales amarillos que sobre sus lomos viajan o se dejan caer a disputarse reventadas semillas de nabo exhumadas por las rejas limosas que de tarde en tarde limpian los gañanes con pellejinas de carnero. De juguete parecen carros y trabajadores; disminuyen a distancia como vistos por el ocular de unos gemelos. Campo y cielo barridos por ráfagas. Un quebrantahuesos pasa disparado como pinta birlocha sin hilo que atentamente siguen los boyeros calculando en qué lugar caerá; piérdese al fin, y ellos continúan haciendo girar su barrote de encino, o dándose duros remoquetes. El mugir de la vaca rumiona y el roznido del muleto cerril, no cesan.

Amontona estiércol el bisojo Andrés; compónese la camisa que aprisiona escábridos camaleones que le sacarán el aire metido en los pulmones y que cachimba si no le molesta mucho amaneciendo. ¡Y los malditos respigones de los dedos por la chivata boñiga fresquecita! ¡Todo por no ver!

A las once, hora del revezo de yuntas. Guinchos clavados en las milpas simulan pararrayos. En las ramas de los pinos ponen las arañas cristalinos andamios; veloces golondrinas siguen las indecisas rodadas de caminos; titubean como recordando una fecha, y de pronto vuelven como a dar un encargo a las compañeras que construyen los niditos.

El empachado hijo de Andrés, Pascual, dedicado a empandar becerros montándoles a toda hora, llega buscando a su padre con un bieldo ruginoso para decirle que junto a la cerca quiere salir un topo. Y va el viejo que apenas ve y encuentra

que ya tapó la madriguera. Todo el campo muestra idénticas señales. Una piedra grande, sustentando otra pequeña, indica que allí, aun cuando esté abierto el hoyo, el animal fue pinchado. De lejos fingen las señales polvorosos muchachos con las piernas dentro de la tierra y enseñando únicamente cabeza y panza.

Por la vereda que desciende de la brusca loma, bajan Silvestre y Margarita de su rancho formado con ripias de oyamel. Ella, denegrada, con arrugas en el rostro como si por él hubiera pasado un rallo, zancajenta y sucia, pero de corazón de hostia; él, chaparrete, viejo y uñoso como un mago, pero tranquilo y dulce como balar de ovejas. ¡Oh, Dios, qué corazones más blandos y fuertemente unidos como ramas que forman una horqueta! Van al pueblo.

Por aquel sendero de sauces, antaño aparecía sobre uñado caballo don Gabino Garduño, cuya memoria entre los habitantes de Villahelada vive cariñosamente oculta; por allá, con zapatones de gamuza, chaqueta de lona, peinado de espinazo y quitasol blanquísimo como enorme flor de chicalote, don Eulogio Suárez —*Chicago*, como le llamaba mi señor padre por no sé qué chascarrillo—, arqueólogo, sastre y tan formidable tragón que al verle corren a esconderse las gallinas. Es el cofre viviente y perfumado de lo que fue. Y por allá, por el carril que huye y brinca entre sauces, el ladronzuelo jefe político —afortunadamente ya muerto— que convirtió mi puebluco en solitaria encrucijada e hizo de cada habitante un viajador.

El remolino aquel de polvo es... ¡ah! ¡el coche de don José Nieto con su Eufrosina de catorce años!...

El calor hace aflojar; húndense los novillos en repletas zanjias de berraza, gustan de embreñarse los corderos y cabras;

entre yerbas que detiene la encañizada juegan boyeros, y grandes tordos que custodian un charco, se bañan y envuélvense al chapuzón en velos de luz. A la resolana duermen los perros tumbados como borrachos.

Al borde musgoso de la era, Andrés se sienta a reposar la comida con su sombrero alón y gacho, pantalonerías de cuero, amodorrado y picado por verdes moscas que inútilmente tratan de despertarlo. ¡Qué somnolencia! ¡Ni viento ni rumores! Con la fiambreira de peltre vacía y una ristra de cebollas frescas vuelve, paso a paso, la indígena Dionisia que llevó de comer a don Pachito, dueño del rancho. Lentamente y como queriendo dibujar contornos de cosas, el sol va derribando árboles, trojes y montañas sobre el suelo.

El campo va poblándose. Del enriscado cerro bajan rebaños albeantes; por las escarpas que al llano dan, vacadas panzudas; por las veredas, que fingen rastros de árboles que por allí resbalaron, yuntas y gañanes, y por caminos roqueros desvenecijados carretones que ásperamente traquetean.

Andrés ha llenado las piletas de agua límpida con su tantico de alumbre para quitar a los animales la picazón y el resquemado, producidos por yerbas silvestres. Llegan rezongando toros de cabeza rufa, vacas de roseas ubres como gigantescas manos hinchadas, mulas de grandes quijales y rocines flacuchos. Suenan guinchos, cadenas, yugos y en la puerta sonoramente da toques de alarma el huérfano muleto. Con suavidad de sueño cae la tarde. Flagrantes astros, en oriente parecen azáleas de oro, y otros que apuntan, van como mariposas de luz empujadas por vientos rábidos; quéjase la esquila del pueblo; en las chozas empieza el tejer y destejer de rondallas utópicas; en el aire vuela de huida un cántico y el miedo anda

de puntillas en la penumbra. A las ocho duerme todo. Riñen visiones y perros en las sombras.

Andrés, junto a sangrientas lumbraradas, tuesta puñados de habas amarillas o canturrea el muy lurio, mientras preparan la cena. En el rancho del patrón, asa Dionisia lonchas de carne, pone a hervir té-limón, en tanto que gatos levantiscos y escalados, paso a paso, marchan como queriendo atrapar de un salto a la luna que tras el tejado finge mañosamente atisbar.

Duerme todo. ¡Ah, no! Andrés no duerme. ¡Odios muy grandes siente escarabajar dentro de su corazón, escurriduras calientes por el rostro, la boca espumajosa, reseco el gañote y algo que muerde sus riñones obligándole a encogerse mientras simula dormir! ¡Que ya comienza —dicen— a emborriscarse, porque no saben de los hinchados escuerzos que saltan en su alma! ¡Erronía, mala voluntad, eso es todo! ¡Si supieran! Le duele fuertemente el pechazo como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón. El canalla lunanco de Isidoro le contó que uno de sus hijos no era suyo. ¡Canalla y muy canalla! Un mes para convencerte; ¡si nada sabes, mátame! Y parece que broncíneos estoperoles sujetan esas palabras a su frente. ¡Así le dijo! ¡Hoy el último día!... ¡Ah! cochino de Isidoro, tú espaldudo y yo estreñido... ¡pero te mataré!

Quería escupir y tragábase la saliva como sucia ligamaza. ¡Es mentira! si nada le ha visto a Juana; hoy salió a enjebear trapos en su batea. Nada le ha visto. ¡Aguárdate! hoy quejóse de la enfermedad que tuvo hace dos años; la misma edad del chico; pero... Truena la estera y él continúa inmóvil, roncando. Sale Juana; le ha tocado la falda de bombasí que llevó al pueblo. Los tizones duermen cobijados en cenizas. Suda, se ensordece; pero no... estará enferma... ya entrará. Limonado tiene el ros-

tro como quien pasó la noche toda en lóbrega espelunca. Sale también. ¡Nada! Apenas silban vientos lánguidos en los manchones que principian a herbecer. Todo negro; déjase caer de pronto y arrástrase como limaza. Silvestres clavelones exhalan hediondez. Hablan, sí, hablan. El cómplice viento trae palabras. Mano y arma están soldadas por la cólera. Y sabe... que no es suyo el chico... que el chico es de Isidoro. Y brinca hecho un tigre, y... súbitamente gran desánimo afloja sus dedos; está muy viejo; no ve ya; Nuestro Padre Jesús de Villahelada sabrá castigar; y vuelve a rastras, déjase caer sintiendo en las mejillas escurriduras calientes y en el pechazo un dolor como si grandes bueyes le hubieran dado un estrujón!...

Epístola simbólica [I]

Al doctor Urrutia

LA EXTRAÑA DESAZÓN que a veces me domina, con cierta vaguedad amarga pone en mis labios las palabras almíbar de aquel salmo: “¡Quién me diese alas como de paloma! ¡Volaría yo y descansaría!”. Y más que los abanicos de plumas de las palomas, ¡querría las adormideras de un gran sueño!

Ayer, en el crepúsculo de oro semejante a un relámpago detenido en el cielo milagrosamente, invadióme por tu culpa la fatiga más intensa. Inconscientemente contemplaba la quietud de los cenizos eucaliptos, y tú deteniendo el carruaje barnizado me viste con despectiva compasión. Tejiste doblugada las sedeñas cintas de tus botinas de charol, y el velillo blanco de tu sombrero airoso antojábaseme tu aliento que se concretaba al respirar. Me insultabas casi por mi vestido demócrata y la tristeza de mis pupilas vulgares. Olvidabas los altruismos de Spencer, que exigen hacer esfuerzos espontáneos en pro del bienestar de los demás.

Eres rica y admirada como las estatuillas egipcias, los collares de diamantes y las noches llenas de temblor de estre-

llas. Tienes el espíritu como las talladas repisas bizantinas que soportan marfiles envejecidos y lácteos alabastos. El mío tiene las resquebrajaduras de la rebelión, los riscos puntiagudos del anhelo y los socavones de las minas, hulla que incuban las auroras.

¿Y a qué tu despectiva compasión, si no hice nada más que verte? Esa tu frivolidad me apena, porque a tu riqueza debes unir la sensatez. Furiosamente me desprecias, como si dulces mis miradas te dejaran hedores de turgurio, de tabaco detestable, de dinamita y de pólvora. No hay tal.

Ingresé a los batallones de la vida que defienden la justicia, y los hados en mi cuna se olvidaron de rellenarme los bolsillos con doblones. En las primeras batallas, todas las ballestas buscaron mi corazón, y comprendí que era arriesgadísimo guardarlo, porque siendo de oro puro brillaba como el sol. Y entonces le llené de lodo; y siendo mi única riqueza, a pesar de las penurias no le he vendido aún. Comprendo que hago mal; pero... ¡qué quieres! la divergencia y variedad hacen la vida. No concibo a la torcaz llena de espinas y a los rosales con plumas tornasoles.

Ya sé que te repugnan mis amores; por el campo y con repullos de disgusto escuchaste mis elogios por la fuerte raza del norte, que tiene hombrazos como Roosevelt, cazador de morruecos cornudos bajo las ventiscas terribles, y dominador de pueblos con la serenidad de su alma primitiva, exenta de complicaciones y grietas como un trozo de pórfido durísimo.

En verdad no debes culparme, porque en la cuna me arrullaron las voces de los vientos libres. Por esto siento con intensidad febril el alma de la campiña, y me entusiasman las proezas sin alarde de los primeros pobladores del Kentucky. Es natural que tú, nacida entre encajes de Bruselas y punto de

Inglaterra, en una cunita como una concha o un caracol de espumas, y educada en la veneración del abolengo, no concibas sin espanto cómo pudo el presidente de un gran pueblo dormir sobre boñigas, bajo la nieve soplada furiosamente por el viento y entre dos *cowboys* cuerudos, mansos como elefantes y terribles como ellos.

Y no es como tú dices que haya olvidado el santoral patriótico; sino que en esto mismo nuestras opiniones difieren totalmente. Venero a Xicotécatl con su chimalli de plumas y sus tembleques de cobre; a Cuauhtémoc que sólo pudo caber en la patria hecho cenizas; a Tlahuicole que hubiera vencido al gigante de Crotona, y a Nicolás Bravo que llenó de silencio a España entera. Tú idolatras al rubio emperador cuya extraña fantasía le envejeció en unos meses como al dulce Pecopin, y sé que has llorado mucho porque una vez oíste en Veracruz, entre el retumbo de las olas que incansable y brutalmente se estrellan en el macizo malecón, una voz empapada en lágrimas que lloraba un infortunio en un lejano y poético castillo de Miramar.

Ya ves cómo a pesar de tu aristocracia presunta —pues tú sabes que ésta es producto de senectas civilizaciones— tienes un corazón lleno de piedad y de virtud. La indignación te pone roja cuando sencillamente ataviada y dominadora pasa junto al ágil automóvil que te acoge una bella mujer cuyo nombre no has leído en los carnets de los suntuosos bailes a que concurre. Y la desprecias brutalmente, como si delito fuera ser honrada, vivir en humildosa habitación, respetar y unirse a su marido para sumar sus fuerzas y ser en caso dado Carlota Cor-day o Juana de Arco.

Te ríes de su sombrero sencillo y de su vestido burdo, con la vanidad de tu cabecita divina; y frunces el radioso ceño

cuando por las barriadas pasas, sin fijarte en la inutilidad de tu vida murmuradora, prisionera en la turrís ebúrnea de tus preocupaciones, venerando a tus parientes que rezan el rosario y tienen hijos bastardos que viven en la miseria. Te enojas por mi sentir plebeyo, no adivinando que soy capaz de amarte tiernamente, ya que privado de afectos he recorrido las calles erizadas de dolores en las noches tempestuosas y en las madrugadas sombrías. Te irritas cuando la admiración me vuelve mudo viendo el sol que se hunde como una inmensa flor de oro; cuando los follajes poblados de leyendas palpitan y susurran, y cuando en el corro de tus lujosas amiguitas estoy más torpe que un aguilucho que anduviera sobre arena o una tortuga que quisiera levantar el vuelo.

No puedo discutir acerca de la fealdad de las prendas de vestir, e ignoro si es mejor usar un fuste que un látigo con balas. No maldigas mis afectos; aplaudo los amores del norte, porque son intensos y tranquilos, y naturales como las auroras diarias; blancos como un pedazo de mármol en la obscuridad como en el día.

Los convencionalismos irracionales me desesperan. ¡Cuántas fatigas y dolores íntimos para sostener una posición muchas veces falsa! ¡Para qué? Ya tus fastidios denuncian la verdad de mis asertos; abandona tus estufas y ven a mi corazón. Te aguardo sin ataviarme, porque no tengo varias prendas: humildemente, ¡como soy!

Los duendes

A Pablo Olivas Prieto

LOS NIEBOLDS DE ALEMANIA y los Nissen de Suiza son de ojillos zarcos y de rostro sancochado; tal vez un poco más instruidos y afectos a la cerveza de ámbar que nuestros pequeñines duendes mexicanos, de bronceínea tez y pupilas de rata de granero. Pero si taimados son aquéllos, picarescos y ágiles son éstos.

En las noches ateridas de diciembre, cuando la media luna parece una blanca paloma luminosa que del cielo trae mensajes, los duendecillos en las trojes juguetean, deslizándose por las burdas escaleras y columpiándose en los lazos de lechuguilla que atan los novillos al pesebre. ¡Son los monarcas del inexplorado mundo de lo pequeño y de la sombra incubadora de misterios inmensos!

En los rincones del machero, amontonan el rastrojo y la boñiga, y cuando el fuego torna rojo el lugarcillo icómo saltan y giran en redor de aquellas brasas! Se acuclillan y caliéntanse las manos que luego pasan por la frente rufa de los toros que mansamente cierran los ojos en vaguísima fruición. Contra el callo de una vaca o con las crines de un muleto, límpianse los zapaticos diminutos y brillantes como las bellotas; sacúdense

los pantalones bombachos, la blusita velluda como piel de recental, los bucles más negros que la noche y los sombreritos alones y con rizada pluma como de bravos mosqueteros.

Improvisan un largo trampolín y están de un salto en el tejado. Como la escarcha ha dejado su arenisco, van imprimiendo sus huellas, resbalándose y riéndose hasta llegar al borde obscuro del tejado, en donde con los pies colgando se sientan a platicar. El campo tiene un brillo fantástico, la atmósfera es de cristal y el frío va tostando los arbustos. De allí, saltando sobre los vidrios de botella que erizan las bardas blanquecinas, llegan a los corredores de la casa, y conteniendo la risa y de puntillas tocan las puertas con los artejos de sus deditos de muñeco. De las macetas de tomillo arrancan un manajo, y estregando las menudas hojas, aspiran con delicia. Empujan suavemente la entornada puerta de la cocina, y ya en el comedor, encienden la polvosa lámpara, sacan del cristalero el cajón de los cubiertos y cada uno con su cuchillo se pone a marchar con pasos ridículamente marciales, estirando las piernas y abombando el vientre. Si la criada despierta, por acaso, de un soplo apagan el mechero y pellizcándose aguardan a que se duerma.

Dentro de los zapatos de la fámula esconden arvejones, invierten las dulceras y van regando los platos debajo de las camas. ¡Y hay que ver las piruetas de uno de ellos que colgado del garabato, dormitorio de las moscas, patalea como un cirquero! Otros se pintan bigotes con el hollín de las cazuelas o muerden las cebollas, despanzurran los tomates, vacían el botecillo de la sal llenándole de ceniza, o con el abanico de palma levantan azules flamas del humoso carbón que truena. Montan las tenazas en la escoba, sobreponen jarrillos, cafeteras y molinillos como flores de palo, atan la columna a la falleba de la puerta con un hilo, y cuando la moza adormilada

empuja con desgano, el estrépito de los fragmentos de barro la dejan atontada, mientras los diablillos espían por la chimenea, aventándole pedazos de cal y rehiletes de pluma de gallina.

¡Y es que no quieren a las criadas que olvidan colocar sobre dos ladrillos en cruz, una rebanada de sandía o algún bizcochito grajeado! En cambio, si la quieren, le llenan los barriles de agua, soplan el fogón, mondan las patatas, sacuden las budineras y abrillantan las orinientas sartenes. En pleno día se les oye correr por las techumbres, reír en las hornillas y disputar en los rincones.

En las siestas bochornosas están dormidos debajo de los granados, como un diminuto ejército de caballeros medievales, pero si el calor afloja un poco, todos vuelven a las casas dando palmadas a las mulas, tirándoles el sombrero a los caporales y carreros, ocultos en las ollas, tocan interiormente para reírse del espanto de los niños.

Poco a poco han ido dejando los poblados por la ingratitude de las gentes; pero todavía en Villahelada, la tierra que me vio nacer, hay algunos que juegan con los gansos, acedan los jarrones de leche y se comen los porosos quesos que atisban bajo tupidas alambreras.

Epístola simbólica [II]

A Alfonso Cravioto

ARTHUR SCHOPENHAUER DICE que la conciencia es la percepción del yo; pero tal definición refiérese a la conciencia en abstracto, pues en cuanto a la mía, es un resonador vastísimo en donde la estridulación de un cínife antójase rasgadura de velamen y la estridencia de los clarines ribombar de truenos. Esta multiplicación de cuanto pasa por el campo de mi conciencia, me atormenta febrilmente, porque yo querría que las ingratitudes no me dejaran huella, y las deformidades de la conducta humana me fuesen indiferentes. ¡Que se apaguen mis espejos frente a los cuasimodos y los habitantes de la isla del doctor Moreau, eso quiero! ¡No sé cómo mi maldita pituitaria se fija todavía en los caballejos purulentos y en los salivazos que desde las alturas arrojan las castas gallinazas! Opto decididamente por la dulcísima soledad a que me condena la inferioridad de mi honradez sin mácula, y en esta soledad ¡oh, esposa mía! tu recuerdo me despoja de los arreos del combatiente y a mis manos sujeta los cascabeles de los niños.

Este silencio de los bosques llenos de la seguridad de su fuerza incontrastable, me cubre de pensamientos solemnes

que alivian las heridas que me causara la mezquindad; y viendo la desnudez de los encinos cenicientos en perenne desarrollo tranquilo, antójase me que Hein mintió como un chiquillo, cuando vapuleando a madame Staël aseguró que Pan había muerto.

¡No hay tal; ni como religión, ni como símbolo! Cada rama-zón arroja su sombra, exenta de bondad si por acaso duerme a sus pies un peregrino, y sin malicia si por falta de calor una sémima se pudre y muere. Si los árboles tuvieran que arrastrarse, serían los miriápodos más asquerosos; más asquerosos todavía que los que revenden el espíritu en la plaza de la abyección.

Deténgome a ver los corrugados troncos de unos oyameles inmensos, que recuerdan, no viéndoles la copa, los miembros de un elefante, y pienso en lo risible y despreciable que sería si uno de estos cíclopes doblara la cabeza ante el dueño de la tierra que le sustenta y olvidara por un momento su hermosura y gallardía.

Estos campos impasibles en la tormenta y en fortísima primavera siempre me han contagiado un poco de su serenidad, que no es de orgullo y menos aún de vanidad, sino de fe. Y créeme ioh, esposa mía! que en mí te percibo y en ti palpito como una lengua bífida o una horqueta que parte de una rama. Y es que tú eres primitiva como las fuerzas de la naturaleza que aquí muestran un puño en una roca, ríen en un borbollón de agua límpida y en una contracción levantan una colina. Hay tal solemnidad en esta selva, que muchas veces, cuando en mis labios sangraba la blasfemia, la paz limpiábame los labios y los pumas de mis odios, clavando las uñas en los troncos y esperezándose, tumbábanse a dormir. La ausencia de rugidos hizome creer en la definitiva despoblación de la fauna carní-cera. ¿Será así?

Bien hizo Pan en elegir la selva como ciudad feudal. Los frutos le llueven al pasar, el viento le acerca a la nariz el invisible pañuelo de batista empapado en el espíritu de las orquídeas que ponen su cestón de flores en las horcaduras de los árboles, y a sus oídos llegan las saluciones en trinos de los pájaros cantores. Y no te rías; si pudiera ser dios, querría ser Pan. ¿Y sabes por qué? Por la fortaleza y sinceridad de la floresta. Caen las hojas para que luzcan los brotes; la seroja se amasa con la tierra protegiendo las raíces, y a la postre de todos estos sacrificios mutuos surge la presea de la flor premiando las voluntarias e indispensables abdicaciones. No hay lisonjas, ni calumnias, ni bajezas. ¡Eso es propio de los hombres, que son los más animales de la Tierra! ¡Aquí, no! Las gusaneras están sujetas a la vigilancia de los ayuntamientos de golondrinas y vencejos, y los tejones pardiscos se encargan de las lombrices. La vida se sucede con la naturalidad de lo eterno.

Yo te juro que habría sido feliz naciendo arbusto; más aún si hubiera sido roca, y absolutamente feliz si no hubiera nacido. Bien es que —no por madrigal perfumadísimo— así no te hubiera conocido, ni habría sentido en tu amor el amor de la naturaleza eterna.

Hoy, desprendiendo con mi martillo de excursión unos fragmentos de laja pizarrosa, asaltóme sin esfuerzo la idea pueril de que dentro de cuatrocientos mil quintillones de siglos —suponiendo tal duración en la Tierra— ¡qué digo de mí! de toda esta humanidad roñosa como un rebaño y abyecta como él, no quedará ni el recuerdo de un perfume de recuerdo; habiendo sido, por consiguiente, la más estúpida tarea haber mentido y hasta haber robado por dejar un nombre más entre los millones de nombres que brillan un instante en la memoria universal, como las miradas de corpúsculos en una tira de sol. ¿Verdad?

La cultura intensiva del terruño mollar ha modificado notablemente la salvaje aspereza de los dominios de Pan. No así en la ciudad; a mayor esclavitud mayor bajeza, y a mayor insolencia mutismo pleno. A mí, ya te lo he confesado cien veces, me llenan de placer los vericuetos solitarios que me conducen a la montaña salvaje, en donde a pesar de la contundente afirmación del divino lírico germano, ¡Pan no ha muerto!

Almas huérfanas

CUANDO TORETES OVEROS y novillos estantíos al rastrojo dirí-gense, doña Josefa del Hortigón levántase a oliscar. ¡Vaya si es capaz de ponerle sinapismos a un rinoceronte y de hacer marañas el mismísimo Dédalo! ¡Qué lengua!

Cabello peinado con moco de linaza y amarrado en dos trenzas color de nuez; ojos aceitunados, tápalo negro, sayas de merino y un berbiquí por lengua, exactamente así, con acucias de rabulilla, corre por Villahelada la señora doña Josefa del Hortigón. Ya se informó de paso —pues a misa va— que cinco centavos de acemitas se comen las Martínez para tener con qué adobarse las caras pañosas y cacarañadas, aunque a distancia no se note. Parece que Nicolás, el zanquituerto —Nico, llamado cariñosamente— y el boticario de rostro aborrahado y ojos de acelga, enamoran a María. ¡Qué sandios! Si arrúgase de vieja como orejón de manzana, ieso es terquería! Tequezquite necesita y un libro de recetas de cocina porque hacer no sabe más que atole de tapioca. ¡Que hayan quedado huérfanas muy chicas, nada quiere decir! ¡Como no tienen cabeza de tepeguaje para meterle la tarascada a Poncianito que dejó la

tienda y salió ingeniero y la tienen de duro tepetate para randa, cadeneta y punto de espina! ¡Buenas habían de ser! y sigue agujereando las hornillas...

Si se dirige al santuario de Nuestro Padre Jesús de Villahelada, no es para exhalar a sus plantas oraciones abstergentes o dejar una limosna de dos céntimos en la bacina; si va, es porque le han dicho que una de las Maya y Brunequilda, sobrina de la prestamista, con pañuelos abañuelados hacen señas al mequetrefe insulso de la tienda de los Ortiz. Y bufa y trepa la escalinata que conduce al calvario.

Montañas dentelladas envueltas en vaga neblina se antojan hornos que resuellan vapor; pinillos teosos van surgiendo de las nieblas y el nevado Xinantécatl simula ser el rescoldo de aquellos hornos gigantescos. El osudo señor cura, jinete confiadísimo en bailarín rubicán, corre que te corre, sale de Villahelada rumbo a San Mateo.

En la olmeda terregosa cuyas hojas nievan suelos y céspedes como un desplume de grises águilas, con ojos de infinita resignación Margarita y Carmela, sobrinas del cura, miran los tempranales manzanos, la caída hojarasca que trajo la otoñada y a sombríos pensamientos obliga, y el busto en bronce orientado de un afamado patricio. Lejos de Villahelada no podrían estar. ¿Rencor, deseo de cambio? ¡Oh, no, nunca han sentido eso! La vida es igual en todas partes. Caminillos sembrados de dafnes, mugir y opugnación de toros, haríales falta. Más quietud antiguamente, eso sí; hoy la férrea locomotora cuando jadea, simula cernir pedrizcos.

El pueblo ha cambiado. De aquellas pastorelas en casa de Pancho Azoños, con relámpagos de brea, y diablos y posadas, ni quién se acuerde. Y en espiritual retroversión recorren los familiares caminos. ¿Rencor, deseo de cambio? ¡Oh, no, nunca

han sentido eso! ¡Y qué no han visto! ¡Transformaciones rápidas de hábitos y casas y pobladores y campiñas, todo!

El ojo espejado de San Pedro, líquido cristal, de tan mansa espiración que el movimiento levísimo simula impreso allí por una mariposa que habiendo caído remontó el vuelo; aguas puras como pupila de niño, está hoy sin tuyas, convertido en lagunajo y abrevadero de zahonados rucios, mulas enclenques y caballejos trasijados. La culpa de concejales villanchones, sin hebra de buen pensar. El escamudo bagro de... ¡Dios lo tenga en su santa gloria! y el imbécil testarrón de... *irequiescat in pace!* ¡para qué hablar? Prisionera en fuente de sillares tallados y bravamente defendiendo el depósito, gárgolas en bronce asombradas por trépidos penachos de tuyas, o rebosando de tazón marmóreo, ¡qué aguas aquellas del ojo de San Pedro! ¡Y nada costaría! Que done *Chicago* un ídolo; los riquillos tacaños, zamarros de corderos; un potro a quien haya matado las corvetas, Chema Ortiz; el cura, libros místicos; el vicario, eternamente sacudido por zollipos, camándulas de palo; Carmela y Margarita, las miniaturas que salen de sus manos; la prestamista, un poquillo de lo hurtado, y la viborezna doña Josefa que anuncie a grito abierto —lo que hará gustosa— la benéfica almoneda. Así, mi puebluco salubérrimo blasonaría gustoso de poseer bajo rumoroso umbráculo tan limpias aguas, que de ellas surgir en reflejo parecen auroras, crepúsculos y estrellas.

¡Merecían los concejales que ya duermen ad perpétuum, ser levantados con trallas y en pelo, cuando blanquea diciembre, darles un remojón... pero nadie se mueve! Ni Celsito que tiene cara de pillo y es honrado como Jesucristo, ni don Mauro Palas que por ecuaciones y binomios tiene la cabeza hecha un bazar, ni el amojamado Estévez, ni el pulcro Prisciliano, ini

nadie! ¡La tragazón maldita! ¡De tales cosas quién se acuerda! Primero está tocarse la hojaldre con el dedo y en hollas terribles pletóricas de séminas, guardar envoltorios de tostones disimulados con una veintena de huevos de gallina.

Que se tornen las calles sabulosas torrenteras, se dividan a mordiscos la umbrátil alameda y la variolada testera del palacio municipal, luzca tiña y sarpullido, ¡le importa tres boñigas al honorable ayuntamiento!

¡Y si fuera tanto!.. ¡pero casi nada! Limpiar un poco; ¡bello es todo de por sí! ¡Qué calles algunas! Con glauco terciopelo de pasto pequeñín como si entre las piedras corrido hubiera frescos de picada pimpinela; asomándose por muros y tejanes clavellinas y jazmines ofreciendo su primor, y en los ángulos de las calles grandes hornacinas con santos y poyatas que sostienen vasos con flores. Y al sol queriendo llevárselo, nítidas aguas que de la calle al medio van de prisa.

Por doquiera cerúleos cercados de poroso tezontle con mantos de calabacillas y un revolotear de golondrinas como de marchitas hojas de higuera llevadas por el aire. Un camino sequeroso métese atrevidamente al pueblo, y como tráfuga sale allá, donde muro policromo dice por el corvo pico de un buho: *nica unca, quali neutli de Villahelada* (“aquí hay buen pulque de Villahelada”).

Al oriente, un cerro desmoronándose solitario; digo mal, con el cuartucho de tablas-perrera o jaulón de falcónidas; de no sé qué lurio zonzorrión. El camino de Montepozo, a carrera tendida va por sembrados y montes; y en la siesta soporosa ¡qué solanos vientecillos más pícaros resoplan de allí! Llegan a soasar cabezas y a enrojecer pupilas.

Aquel chaparrón eucalipto, como enorme gallo ceniciento sobre un pie, las plumas lacias y escondida la cabeza,

finge dormir con honda soñarrera. Poco a poco frescas brisas empujan a otras cálidas que huyen abanicándose dulcemente, y ya de noche, vientos fríos pleiteando buscan tibieza en los rincones del valle.

El cenizo eucalipto esponjado es justamente de casa de doña Josefa del Hortigón. Allí estuvo la escuela del señor Thiery, mi pobre maestro, que si no me grabó las letras, sí me tiró de los pelillos.

¡Qué obstinado recuerdo tan triste! Torrentes de luz entraban por vitrales y puertas de la escuela vetustísima. En muros carcomidos, mapas rotos, pizarrones y esferas, el polvo negrusco dejaba tintes de profunda melancolía. Fuera, trinos de gorriones. De zarcos ojos anegados en cariño, gris cabello indócilmente caído y como escuchando voces que le llamaban muy quedo, abajo de sus pies, el señor Thiery mesuradamente recorría el salón. Francés que a nuestra patria llegó incorporado al ejército que sirvió de sostén al emperador Maximiliano de Habsburgo, fue de joven forjador, y según decía, nada más bello que desnudos los brazos y con delantal de cuero crudo, mientras la forja en ansia eterna soplabá carbones, golpear hierros lívidos de rabia por dúctiles, que se coloreaban lentamente sintiéndose duros o chillaban si gruesas gotas de sudor caían como trémulos gusanos en fugaces agonías. Ayudante de escuela fue después.

Cerraba los ojos hablando consigo mismo. “¡Nunca pude comprender lo que murmuraban los enebros! Ofrecíanme acaso aromática madera para mi féretro. Y sí, volveré”.

Sólo fue mordido este hombre bueno por la trífida lengua de doña Josefa del Hortigón. ¡Que sus calzones tenían churre, que por su eterna socarra Pascualito, hijo de la señora, no aprendió las letras pronto, a pesar del talentazo del mozalvete, inédito aún; que... rayos con doña Josefa!

¡Niño aún, ime hizo llorar la tierna despedida del señor Thierry! Aquella emoción conservada en mi espíritu, se traduce pobremente hoy.

Carraspeando a intervalos hablaba: “la escuela, mi hogar; vuestras peticiones y charlas dieron sabor a mis alimentos desaborados por angustias y destierro. Aquí he visto treinta veces neviscar”. Enmudeció breves instantes.

“¡Vivir! Es preciso entregarse a toda debilidad cuando se es fuerza y a toda fuerza cuando se es debilidad. Cuanto sabía, sabéis; hago lo que con sus hijos las aves: os dejo con las alas débiles antes llenas de pluma. Lentes que nos sirvieron para conocer las maravillas cuya soldadura constituye la flor; láminas de sílex, granitos, pedernales y dibujos fingiránme, ya lejos, que no hubo cambio en mí, que con vosotros estoy aquí, en este salón a donde llegan los trinos que desparraman los pájaros. ¡Ay, tiene el corazón para separarse de algo amado, tardanzas de molusco que va dejando estela brillante! A menudo mi pensamiento volverá; penas y ausencia elevaránle a vosotros. Así por lloro de nubes, acrecentado trepa el caudal revuelto hasta las flores polvosas del borde reseco, que en tardes estivales quizás recuerden su amorosa frescura”.

Hizo una pausa: el pavimento crujiente volvió a repetir sus pasos, y el sol occiduo rápidamente aceitaba sus cabellos al cruzar por las cintas de luz que inflexibles penetraban como vidrios dorados.

Prosiguió dulcemente doblegando la cabeza como si alguno de sus oyentes hubiérase colgado a su cuello: “Recordaré montañas, dísonos rumores de las tardes, crepúsculos de cielos tristes manchados por grandes pavones de vuelos torpes: itodo, todo!”. Nuevamente abstraído a sí mismo se hablaba: “Sí, los vermiculados hechos trizas por callos de vacas, por llantas

de carretones, por el destino en fin, crecen, transfórmanse y es un individuo cada fragmento”.

De pronto, rompiendo la fascinación de un pensamiento, entrecortadamente agregó: “Más tarde comprenderéis: debo despedirme. Sed útiles, sed buenos: recordadme. Mi patria, desgarrada por inicua guerra, me llama. La patria, sabéis lo que es; aquella nube, este suelo, las tumbas de nuestros padres, estas lágrimas de mis ojos, uestos lamentos!”...

Con los codos en la empolvada mesa y la cabeza entre las manos, allí quedó hasta que la luna convirtió puertas y ventanas en vertederos de luz.

Recuerdo que la caterva de arrapiezos salió en silencio como en espera de azotáinas que a fuerza de mansedumbre y compostura esperaba conjurar. Y hoy todavía, ino sé cómo de aquel hombre bueno pudo hablar la trasojada doña Josefa del Hortigón!..

Almas nocturnas

A Luis González Obregón

VICENTILLO, CON SU ETERNO GRACEJAR como calandria gorjeadora, andaba medrosico y con el espíritu temblón. Era garrotero del Interoceánico; trabajador como una lanzadera, terror de los espantanublados cobardones y pródigo de veras con los amigos y las mozas del barrio de La Pastoreza y de la Presa del Carmen.

¡Y nada! que hoy no podía quitarse el miedo vago, brumoso y gris como telaraña que envolvía su corazón.

Cuando en corro de muchachos hablanchones, después de las adivinajas, venían las historietas sobrenaturales, Vicentillo, fornido y ágil como un toro, sentía un extraño malestar en su interior.

¡Carambola con el miedo! —se decía mentalmente—. Cuando menos me figure, la máquina 66 me despanzurra como una breva. ¡Porque algo malo me anuncia esta preocupación!

Y el temor le abandonaba, cuando de vuelta de Veracruz, apretando los chirriantes frenos, sacudiéndose la grava del carbón de piedra y balanceando su linterna de aceite de manteca,

dejaba la techumbre de los vagones de carga, que antojábanse baúles gigantescos. ¡Entonces sí que la bravura entraba a su pechazo como un águila a su nido puesto en la hoquedad de un pedrejón! Y saltando durmientes como barrotes de una escalera colosal, dirigíase a su choza de cuarterones, perdida en un oscuro rincón del valle; tan oscuro, como si allí hubieran apelmazado a puñetazos la tiniebla.

¡Ni siquiera piensa en los aúllos del coyote que ronda las lejanas haciendas; ni en los gatos que corren por las cercas recubiertas de calabacilla marchita, ni en los silbos del viento en los naranjos perfumados! Pone la linterna en una estaca, y tumbase a dormir como borracho. ¡Qué trabajo más brutal!

Si despierta, y extinta la linterna quiere fumarse un chicote de los Tuxtlas, estrégase los ojos, estira los brazos mugiendo como buey y tranquilamente busca tentaleando su fosforera de celuloide, regalo de un camarada. ¡Qué miedo ni qué canastos! Unas bocanadas, unos bostezos ¡y a dormirse de un tirón!

En la mañana olorosa, cuando la neblina se ha ido y se calientan al sol los lagartos granillosos, desciende Vicentillo saltando los durmientes a ver si acaso le toca una corrida, cuál es el número de la locomotora y los nombres del conductor y maquinista. De paso engúllese un tazón de café trigueño y una loma de pan grajeado. Si le toca la corrida icaracoles con el miedecillo impertinente! Si no, aquí juguetea, allá platica o le ayuda a los amigos a enganchar vagones metiendo los pernos en los topes, aceitando las chumaceras, desempolvando los domos que parecen colmenas de hierro, o frotando las flechas relucientes que se mueven como el brazo de un autómata inmenso.

No presume, pero sí correctamente vestido. Zapatos bayos, pantalones de tela de cordoncillo azul y bolsas con

estoperoles de cobre; blusa del mismo color anudada al frente, pañuelo de roja seda en el pescuezo, arriscado fieltro negro con sus respuntes al borde y los anillos de plata en la derecha.

Su juventud estaba en plena granazón. ¡Vaya si era guapo!, decían las muchachas de los lavaderos del camino. ¡Y valiente como nadie!

¡Y sí que lo era! Pero al subir en los vagones y al cansado atardecer... ¡cachimba con el miedo impertinente! “¡De seguro la 66 me va a despanzurrar como una breva!”.

Jadeaba la 66. El aventador, recién barnizado; el ojo de la farola, más limpio que un brillante; los tubos de escape, rosados como una mejilla de mujer; el tanque de carbón, rebosante: 180 libras de presión y 18 carros apretados de cerdos, maquinaria y mercancías. Empezó la ascensión; subía una columna de humo como un caracol; una aspersion de chispas y carbón caía a los lados; el vapor, fugaz e intermitente silbaba, y la flecha de pulido acero se movía como el brazo de un autómatas que hiciera girar el manubrio de un cilindro. Y Vicentillo, saltando de carro a carro, regaba sus adioses a granel.

La máquina resoplaba rudamente, disminuyendo a la distancia, haciendo retemblar el campo. En el puente carcomido, junto al florecido habar, silbaba la locomotora agitando su pañuelo de humo en señal de tierna despedida. Aquí, los bosques de naranjos barnizados y las casuchas de teja; allá, los bananeros con sus plumas de quetzal, los ciénagos habitados por dolientes garzas blancas y moñudos pájaros azules.

En cada estación desciende Vicentillo, y a escape va engullendo una papaya, un zapote domingo o agridulces piñas rojas. El sol parece la redonda portezuela de una hornaza; requema

el ardoroso ambiente y hasta la misma locomotora parece que aceza fatigada. ¡Kilómetros y kilómetros!

¡Pero eso sí! En Veracruz aguardan a Vicentillo las mojarras fritas y los pargos sancochados y encima cuatro litros de la cerveza más rubia. Y como epílogo, ¡un chicote de los Tuxtlas de lo muy fino!

A las cuatro de la tarde viene ya de vuelta Vicentillo. El sol avienta al sesgo sus flechazos; una brisa coquetuela pasa por los rostros sus pañuelos húmedos y la 66 parece que camina a algún bautizo. Los kilómetros se acortan, la tarde va cayendo, y cuando en vaguísima penumbra se pierden los contornos de las casas, el miedo aquel impertinente escarabajea el pechazo de Vicentillo.

“¡Qué diablos me irá a pasar!”. Embrazada la linterna, saltando de carro a carro, escudriñaba al salir de las estaciones si no iba algún viajero de mosca —es decir, gratuitamente—, sentado en los topes de los vagones traqueteantes. Cuando iba la locomotora con más fuerza, al pasar de un techo a otro, Vicentillo vio a alguien sin sombrero, sentado entre los topes. Bajó la linterna, y entonces vio una cara con unos ojos extraños: de niño, de loco, de buey. Quiso hablarle y se dejó caer aquella criatura. Hizo señas con la linterna; detúvose bruscamente el tren; bajaron todos a buscar el cadáver de aquel hombre, y sólo encontraron las huellas pequeñas de un niño recién nacido.

Desde entonces anda Vicentillo asustadizo como gacela, ¡y con el espíritu temblón!

El alma de las cigarras

A Efrén Rebolledo

HELECHOS ARBORIFORMES, coleópteros metálicos, limbos de hojas fosilizadas, mariposas de colores varios, pavones de tinte opaco, carcajes de huicholas y copias en yeso de petroglifos antiguos, todo en relativo desorden duerme en una vitrina de mi parva biblioteca, en cuyo ambiente se respira reposo y respetuosa quietud.

Sobre la mesa, los folletos últimos que cuentan la irreverencia de los sabios egiptólogos, cuya implacable azada turba el reposo sacrosanto y milenario de los faraones, jefrenes y sesostris; el cenicero que remeda un escarabajo de madera oscura y el tintero formado con tres conchas tornasoladas y frágiles.

A la izquierda, una cajita de oloroso cedro, en cuyo fondo tapizado de terciopelo negro se miran y simulan fascinadora conversación tres cigarras melodiosas, de ojitos verdes y alas como de gelatina transparente, que forman el centro de un círculo de espigas de trigo candeal.

Por una rotura del cristal esmerilado entra un rayo de sol occiduo, que parece una probeta lengua y fina de agua llena,

en la que flota el polvo de la alfombra como una legión de animalillos inquietos.

El silencio hace posibles los alivios con sólo la meditación; el crepúsculo es el amigo de los pensamientos solemnes como pontífices, que ríen de lo efímero y ponen el oído atento a las grandes voces de la tierra y la inmortalidad.

¿El espíritu moderno necesita resucitar como Hipólita al conjuro de Esculapio? ¿Tendrá que bajar nuevamente Apolo a matar la serpiente Pitón?

En el absoluto olvido de lo fugaz de la vida humana está la salvación. Finjamos creer, como lo desea un nobilísimo escritor moderno, que la juventud se encuentra al fin de la existencia; afirmemos, con fe de romanistas, que nuestros obeliscos y nuestras obras, y las ruinas de Palenque y los mármoles de Arundel, en donde está grabada la crónica de Atenas, vivirán por una eternidad de siglos y de siglos. El anhelo así, tiene acicate: el velero así, pide aquilones.

No pensemos en lo desproporcionado de las recompensas; el arrufianado triunfa siguiendo los senderos que trazó Ezequiel, preso en Caldea, y que por decreto supremo comió durante trescientos noventa días panes de cebada con inmundicias humanas; no, las tumbas que guardan tales despojos no merecen ser siquiera muladares; hagamos porque nuestras fosas merezcan las flores de nuestras amadas, no olvidando, como labios divinos expresaron, que el tiempo está formado de polvo de oro, colmillos de elefante y plumas de avestruz.

Acopiemos energías y difundamos bienestar y fe; abri-llantemos el alma con el deterativo de la voluntad, para que, como broqueles broncíneos, aprisionemos el sol y despedamos rayos. No morirá seguramente el que mire el tabernáculo; si

ya no hay perros que devoren Acteones, que haya Acteones devoradores de perros.

Quememos nuestra vanidad como seroja; los arúspices actuales predicen vuelos a las erguidas flechas que con astil sin barbas, parten de los arcos distendidos; a los sembradores que cantan bajo soles y relámpagos y a los cometas cuya ruta se pierde más allá de los sueños de los hombres. El espíritu que pisa sus lentejuelas y en combustión perpetua se trueca en músculo, bien puede en los juegos circenses de la humanidad, oír nuevamente con sonrisa de serenidad las resonantes estrofas pindáricas, sonoras como parches bélicos en el aire trémulo de la victoria.

Tengamos optimismos salvadores; pensemos que sobre la disgregación de la materia flota una enseñanza, queda un germen y se trasmite un canto de gorja a gorja y de corazón a corazón. Las abdicaciones huyeron de las almas; el pensamiento debe laborar hasta en las agonías, como las mariposas que vuelan sólo para dejar sus huevecillos en un peciolo y morir.

El arredro es enemigo de la fe; la envidia hace perder muchas horas en el viaje, que debe ser fructífero por corto y debe ser corto por fructífero. “En esta época, una hora perdida es una pérdida irreparable”. ¡Laboremos, cantemos sobre la muerte!

Distraído en mis pensamientos, la sombra anegó la estancia. Un infinito sosiego me invadía. Súbitamente, en el silencio grave, como diminutas carracas de sándalo sonoro, como uñas de mujer dobladas y de pronto sueltas, como lengüitas de niño que golpean saboreando el paladar, las tres cigarras, muertas hacía cinco años, estridularon alegremente como ante el sol

y el viento ardentísimos del estío, se carcajearon locamente iy sus alitas secas vibraron de placer!

Almas errantes [I]

A Juan R. Orci

El ferido de punta de ausencia y el
llagado de las entretelas del corazón...

CERVANTES

—ME MUERO SIN ESPERANZA; presiento, desconocida compañera mía, que nunca nuestros corazones latirán a compás, como el astro en el cielo y en el estanque su imagen. Tú eres la de cabellos de oro y alma frívola que pasa en automóvil a mi lado, despertando asombros y mirándome con indiferencia sin igual. Ignoras mi formidable soledad y la inextinguible sed que tengo de ternuras; recuento las estrellas, y me parecen despreciables junto a mis anhelos infinitos, y antójaseme parvo el horizonte al lado de la inmensidad de mi desesperación perpetua.

Momentáneamente fija tu pensamiento y escúchame. ¿Has visto, por acaso, lo que oculto en mi interior? ¿Conoces, por asomo, los principios que sustenta mi moral? ¿Por qué, pues, insultas mi dolor con una superioridad y compasión, que ni acepto ni reclamo? Hagamos el balance de nuestras vidas,

y prescindiendo de inútiles susceptibilidades que van a ras de tierra, afrontemos la verdad.

—Sentimental educación nutrió tu espíritu; ignoras todavía qué golpes de fortuna, y acaso algo más vil, llevarán a tus padres un caudal; y ellos, pletóricos de vanidad y ansiosos de ocultar un gran pasado, te infiltraron el desprecio a las montañas de donde surgen las catedrales, el odio a las campiñas solemnes de fecundidad y pródigos de simientes y gorjeos; el horror a los socavones de las minas que ocultan gemas y esconden auroras y el miedo a la miseria creadora y refulgente.

¿Qué has visto en tu redor? ¡Horribles abyecciones y desvergüenzas inauditas; vanidades espantosas de corazón y pensamiento; almas ciegas a la belleza, sordas ante el infortunio y mudas ante el amor! ¿Cuál estandarte has visto flotar en esas planitudes infinitas, desoladoras como un agrio cantorral? ¿Qué palabra de justicia ha signado tu alba frente, con el pliege de la meditación? ¿Qué armonía de ensueño ha crucificado tu espíritu, en la blanda cruz de una esperanza, que tienda su ala diáfana más allá de la Vía Láctea, que corre como un río de mariposas blancas? ¿Cuál querella que plañe de amargura te ha hecho vibrar con estremecimientos de piedad y presentir que hay almas en cuyas noches interminables, pasean los cometas sus hachones humarentos, y las auroras boreales levantan su arco mirífico como de coloridas aguas que saltan de un venero mágico?

Acaso tu inconsciencia te disculpa; temes amar a quien la vida le mostró su libro, a quien percibe las lejanas voces de la eternidad entre el necio tumulto de las vanidades humanas.

Tu talento y tu carácter rechazan la muralla de preocupaciones indecorosas que te ahoga, y en espera vigilante aguardas al que debe despertarte, aun cuando ostente la sandalia pol-

vosa del camino y el áspero alforjón de los viandantes. Él sabe cuentos que huelen a mirto y leyendas que injertan alas en los hombros.

Le esperas y te espera. ¿Cuándo?... ¡Tal vez pronto! Cuando pases en tu rápido automóvil por el bosque secular, con tu sombrero de plumaje regio, mirando como avecilla en manos de un rapaz a los transeúntes, empalidecerán las rosas de tus mejillas a su mirada, y algo interior, como un repique de campanas celestiales, como el presentimiento de una sucesión de primaveras, te dirá como un suspiro: ¡es él!

Y acaso no podrá acercársete, porque la leyenda de la fortuna y fausto de tus padres, le impondrán. ¡Imposible que acepten ellos un ideal en tu vida, siendo la suya un camino aplastante y arenoso, en donde no culmina ni una flor! Pero tú sabrás buscarle, que ya recluida en tu convento de oropel y falsedades odiosas, suspiras por una voz que tenga timbre de verdad y sonoridad augusta de viento libre; por una voz que te sugiera el ansia de morir de amor, de correr por la campiña perfumada y virgen, ¡para reposar después sobre el pecho de donde suspirándose escapó!

Un alma en pena

A Manuel Zamora

CALIGINOSO Y TRISTE ESTUVO EL DÍA. El arenisco movedizo de los médanos no formaba encajes, ni resonaba dulcemente contra los arbustos endurecidos.

Parduscos paquebotes estaban inmóviles, unidos por sus cadenas como una continuación de ceros a las boyas fluctuantes que se antojaban peonzas gigantescas. Cañoneros pintados de blanco oscilaban mansamente, y unos botecitos de vela, que a distancia simulaban carpas diminutas de cirquero, iban por el mar tranquilo con imperceptible balanceo de cunas.

Una lancha carbonera arrojaba elipsoidales columnas de humo negro, a intervalos silbando roncamente, y en redor de un trasatlántico germano, semejante a un forro frigio colosal, las gaviotas en vacilación perpetua, como arpones retenidos por cables invisibles, espían las inmundicias que de los barcos emergían.

Entre furgones ennegrecidos y botes abandonados en la playa para indispensables calafateos, como restos de un naufragio formidable, morenos cargadores, masticando y concluyendo a sonoras fumaradas un tabaco, tumbábanse al desgaire.

Los malecones desiertos; el mar rizado apenas como si a flor de agua millones de peces caminaran y difundidos en el ambiente, desencanto y hastío.

En las afueras de los restaurantes, las diseminadas mesillas metálicas esperaban vanamente parroquianos, y en el sombrero de paraguas desierto, solamente las urracas como cerraduras enmohecidas rechinaban ásperamente. Los esbeltos cocoteros movían blandamente sus plumas de quetzal, y por las persianas de madera veíase a los gallegos clavados en sus pupitres. A ratos, bellas mujeres pálidas, con vestidos de piqué y corpiños de indiscreta redecilla, pasaban, de blanco como sus almas adorables, por los portales amplísimos y desiertos.

Añublado estaba el cielo; el aire densísimo y ardiente; hálitos de horno subían del suelo; las brisas soltaban sus alitas desfallecidas y las hojas de los árboles colgaban sin aliento.

Lentamente las arenas fueron adquiriendo vida; se perseguían en las baldosas, resbalaban por los médanos como gusanillos inquietos; volaban repicando en los cristales y arrastraban y torcían sus velos en los cruceros de las calles. Los árboles se agitaban convulsivamente; el viento del norte parecía romper las gavias, resoplando en las cornetas de los ventiladores de los buques, que al oscilar y desplazarse un poco, hacían correr contra el muelle inmovible los cepillos de cable que evitan las abolladuras de los cascos, y en la noche se les oye rugir como leones.

Bajo el piélago, antojábase que reventaban cohetes de dinamita; las ondas resonantes tenían hervores de plata fundida, y cuando a los peñascales del faro subían arrastrándose las olas, parecía que casi a ras del agua iban resoplando coléricos tritones fabulosos o crinados hipocampos nunca vistos. Una

balandra entró a la rada y el bailoteo de las embarcaciones pequeñas no cesó un instante.

La tarde fue cayendo apesarada y sombría; el viento estre-gábase en los mástiles de los navíos y en los muros de las casas; el resonar inacabable de las ondas llenaba el espacio y sordamente se oían himplar los cepillos de cable al rozarse contra el muelle inmovible.

El fanal parpadeante abrió su abanico de fulgores; las luces de los barcos, al reflejarse en las aguas trémulas, dejaban un rastro de luz rojiza como resplandor de cañonazo, y la luna que a instantes se mostraba en el cielo, parecía una lámpara de cristal esmerilado con pie de ónix, y en las ondas, una rosa de nácar deshojada, cuyos pétalos convulsos y luminosos se buscaban como tratando de adherirse al cáliz.

La temperatura había descendido bruscamente; el norte barría las calles y aventaba a los vitrales puñados de granalla.

En el restaurante de mi hotel, cenaba con Manolo Paderewski; un amigo amado fraternalmente y cuyo corazón ha estado siempre en mis cuitas. Hablábamos de la belleza imponderable del mar; de las oceánidas de ojos glaucos que cantan quejumbrosamente; de los delfines eróticos; de las sirenas que lloran por tanto naufrago infeliz; de los cefalópodos que flotan como yerbas, de las actinias que viajan con sus raros parasoles; de las medusas que pasan como setas extrañas; de los infusorios fosforescentes que ponen lumbre de aurora bajo las aguas del mar.

—¿Iremos al rompeolas?

—Iremos.

El norte ahogaba con su fuerza; parecía detenernos y tratar de derribarnos. Los barcos en la noche parecían ruinas que por estrechas claraboyas lanzaban un poco de luz; remedaban

las olas a distancia un tumulto de gaviotas disputándose un manjar, y ya en el malecón veíamos, como nubes escarmenadas, manchones de blanca espuma que al estrellarse contra el muro regaban sus millones de margaritas de cristal.

Las olas se abombaban como si bajo de ellas soplara un leviatán; negras a lo lejos y diáfanas cuando bruscamente detenidas se abrían como gigantescas conchas marinas encarrujadas por doquier.

De pronto vimos un pequeño resplandor fluctuando en el oleaje; fue acercándose, y la ola que le traía en su seno se detuvo un instante al nivel del malecón; y entonces vimos, como en las manos de una reina, el cuerpo de una mujer más blanca que todos los mármoles, que parecía no pesar y que besándonos casi, lanzó un gemido de dolor. La ola se trocó en espuma, y cuando trémulos bajamos de la muralla y estuvimos solos, yo grité a mi amigo:

—¡Ese cadáver que tú viste, es el cadáver insepulto de un gran ensueño de amor!

Almas silvestres

A Bartolomé Carbajal y Rosas

ENTRE BRUMAS TEMBLOROSAS, los aovados lomeríos simulan respirar; novillos y terneras descansan rumiando zacatones que como tumores móviles hinchan sus cuellos nervudos, y golpeando al correr los esféricos guijos del canchal, que fingen grandes ojos pétreos que vanamente aguardan órbitas, toros y bueyes mugen brillando al sol ardiente como recién mojados.

Una peregrinación de pequeños caseríos se dirige al río que balancea diminutas y frágiles canoillas, como chisteras flotantes, y en aquel valle aridificado, cerros y montes parecen saxeas y gigantescas olas violeta.

¡Cuán pequeñas míranse las yuntas en la inmóvil cabezota gris y rapada de aquella colina! Se antoja que rompieron algún carro chirriador en alevosas e inevitables trampas fingidas por quebrajas, y aún vienen arrastrando la fuerte lanza del arado.

A orillas de zanjones, acahuales marchitos que sacude la brisa, niegan tenazmente inaceptable afirmación desconocida, y flores amarillas y estriadas de árnica lucen profusamente como áureas onzas caídas de alguna rota escarcela. Y al mondo valle salobreño se ocurre que salieron a fachendear, meneán-

dose garbosamente, dos o tres florecidas y débiles caléndulas; y entre rocas, sobre las que pasean escamosos lagartos verdes y corno oxidados, grises nopaleras muestran sus raquetas con púas. Están los árboles amarillos igual que si hubieran estado junto a una hoguera; esmirriados abedules arrojan sus monedas de plata, y los pinos silbantes gotean piñuelas como llamando la indócil atención de los campesinos acerca de aquella roñez.

¡Qué modorra de campos y qué flojera de próximo sueño! Allá, muy lejos, larguísima estera de flavo césped y grama seca, en una pereza de millas; y aquí, muy cerca, como grandes colmenas grises, ateridas chozas pegándose a la selva.

¡Y qué frío más picante! Gorriones amodorridos y esponjados, el pico bajo el ala, semejan flores del mismo cardo marchito que les soporta. En arenosos carriles hacen los vientos efímeros rehiletos, o asustando a los rapaces, soplan en las puertas pegando la boca en los resquicios.

En los caminos temblotean pajazas, ocurriéndose dudar si las mueven brisas o algún forzado escarabajo, y viendo esta desolación, se piensa en poblachos de zonas tropicales, florecidos quizás, porque a ellos fue la flora de todos estos prados en inverosímil y rápido trasplante.

Ya de noche brillan las rancherías como fuegos de campamentos vigilantes, y en las míseras casuchas ¡qué lumbraradas levanta el desbroce de los árboles, y cómo emborracha el calorcillo y aquel aroma de liquen! Dormitan fuera los perreznos, y en las horquetas de los sauces soplan los búhos sus calabazos vacíos. Si no acude pronto el sueño, ruidos nocturnos traen supersticiones, tabulas mendosas y extravagantísimas interrogaciones. Las umbelas perfumadas de muchos vegetales silvestres apriétanse atemorizados cuando pasa una nube... ¿Y

por qué? ¿Hay relación entre el fusil leproso y la mirada socarrona del coyote que impida en la cazoleta la deflagración de la pólvora?... ¡Obedeciendo a órdenes que sólo ellos escuchan se dejan rodar los pangolines por empinados predriscales cuando cae la nieve? ¡Ah, y la torpe farándula del cerdo con sus cuatro espuelas córneas, soplando su trompa y produciendo al correr sonido de barril repleto de onzas!... ¡Qué sandeces inspira la noche en las campiñas! Eso sí, ¡el frío del amanecer adormece y quema los dedos! Cuando la neblina como un toldo inmenso se va diluyendo en el ambiente agrisado, parece que sobre planes, en lomas, en bigotes de rucios abellacados, sobre caras y lomos de toros abantos, miriadas de arácnidos han tejido su red, quizás por atrapar en su cristalina urdimbre alguna estrella sonámbula.

Todavía yerran dispersos algunos jirones de niebla prendiéndose a oyameles que incrustan de diamantes, y ha empezado ya en las eras el desgrane de maíz a fuerza de palizas.

Sobre cuatro bancos destrozados y rencos está el bastidor agujereado y enorme de cuero crudo; allí, montones de mazorcas de granos traslúcidos, y en redor trabajadores en actitudes amenazantes con gruesas porras como brazos que han agarrado por las muñecas, a una voz acompasadamente descargan su inocente coraje sobre aquel acervo de panojas. Lluève a chorros la criba ebúrneos granos, y vientos hipócritas que parecían estar en acecho se cuelan entre las piernas de los trabajadores hurtándose el tamo que sale como blanca humareda, que concretándose un poco más lejos, se acuesta en la tierra nevándola. ¡Qué músculos! ¡Cinco fanegas y un almud en una mañana! Aquel de pechazo guijarreño como encuentro de potro, parece con bieldo brillador en la mano un Júpiter en calzones, esotro de ceñidor de oate, aceza como buey, y

este caribobo de pantorrillas duras como puños coléricos, jadea como fuelle.

No hay vuelos de golondrinas de afiladas y curvas alitadas como guadañas diminutas, pero dispersos y espiando mañosamente ocasiones de robo, cuervos jesuitas como ídolos de obsidiana manchan los barbechos, mientras en trojes pardiscas, parvadas de tordos rechinan sus carracas.

¡Y qué menudear de porrazos! Como que navidad se acerca y no han de faltar en las chozas cazuelones sangrientos con remolacha en rodajas, confites cacarizos, jícama jugosa, corazones de lechuga riza y tostado maní. Ya en los ventorros del puebluco se balancean resechos bacalaos que fingen pecheras de cuero; al frente oscilan velillas y blandones como tubos abollados de un gran órgano, y anchas ruedas de cohetes como émbolos sucios.

¡Señor, de palurdos que aún bajo el sol canicular están en plática perenne con la gleba, no viertas fuego en las espaldas agobiadas por fardos de infinito desdén; abre tu palio misericordioso! Y en almas zahareñas de picaruelos que ni aun desuelados zapatitos tienen que dejar en el fogón, infunde amor al terruño, a la nébula errante y al cementerio que guarda los huesos de sus padres. ¡Eso es la patria!

¡Qué arrogante está Vicentillo con su aquillado sombrero de paja! En un rincón de la era, mujeres y chiquillos apartan mazorcas de podridos dientes vaciándolas en banastas, y entre la inocente albórbola de aquella gente atareada, Juana, esposa de Vicente, ríe alegremente, bobalicones los ojos de puro tiernos fijos en él. La madre de Juana trabaja con dulce placidez a su lado. Los tres y el bribonzuelo nietecillo viven al borde

de un barranco que sombrean nogales y olorosos cedrones, y en cuya puerta que custodia pitañoso perro jabaluno, en primavera brillan girasoles y dalias. Dentro, el camastro de tablas duras; en los muros, san Isidro, un machote roñoso, cuernas de ciervo cuyas raspaduras quitan dolores de muelas, y en suspenso tablón, jarrillos y legumbres. Al fondo, la cuna formada por pedazos de cuero que fue criba, y en ángulo de paredes hollinadas, el hogaril que constantemente atizado hace vomitar al hollón de barro trepado en grandes piedras, coles y arroz.

¡Claro, se ha trabajado fuerte por ser víspera de navidad! ¡Cómo se ha de quedar el pillete sin el gabán de grueso estambre rojo que luce en la tienda del gachupín trapacero que siempre está echando millonadas por la boca maldiciente! Y además, siquiera una botellita de infusión de pasas con marbete llamativo de jerez, para quitar la sed producida por el pescadillo salado, y las ruedas de pan basto salpicadas de queso añejo y borrachas de miel.

¡Sobre todo el gabán! Cuando abra el rapaz los ojos admirados, se le dirá que los ángeles... que Dios... ¡A ver cómo se le explica! ¡Es tan chiquillo!

¡Pobres gentes, ricos labriegos que ignoran rascazones de anhelos punzantes y uñaradas tremendas de ambiciones sórdidas! Sí, sí, os lo juro, ¡tendréis navidad!

Está profundamente silencioso y diáfano el ambiente: alentar creyérase bajo la transparencia de una campana de cristal. Friolento remusgo besa los carrillos trayendo aromas de té silvestre y marchita pimpinela, y se antoja que la campiña toda está meditabunda y anegada en olvido. Un abejarrón pasa quemando su invisible cohete, y de vacadas mugidoras se oyen

profundos reclamos; en bezanas felposas rocines y burruchos tristonos y espelurciados desganadamente pacen, y en alto, como parvadas de cometas retenidos por aquellos arrapiezos boquirrotos que juegan y se tumban en la monótona y triste llamada, giran lentamente zopilotes crucificados y grandes auras de rojos picos de cautín. Véanse muy lejos ventas polvosas de paredes cacarañadas al constante y fiero restregón de muladas flacuchas que soban sus irritaciones causadas por tábanos, y en cuyas puertas se columpian candilejas turbias como pupilas ebrias, y gruñen en los macheros destechados, cerdos de trompa seca como agujereado círculo de vaqueta, gallinas botudas y tres o cuatro carneros mugrosos y atediados.

¡Todo ruido se dilata en este ambiente: aúllos de canes, cacareos de gallinas, rastrallidos de chicotes! ¡Qué tristeza de valle abarrancado!

Hasta aquí llegan los menudos hachazos de Vicentillo. Esta noche no han de faltar en la choza fogaradas que radien azarconadas luces; crústulas de anacahuite, rajadas de madroño, seroja... ¡Vamos! Ya se oirá el vocejón del bóreas que pide calentarse. ¡Bienvenido, que pase y tiritando se tuerza, estregue y revuelque halagado en tizonos y rescoldos, mientras recuerdos dulcísimos se van derritiendo en los espíritus como aromática resina!

¡Y quién duda un momento de la ligereza de Vicentillo! Pronto bajará del monte con su lígula de buey cinchándole la frente y el gran tercio de leña a las espaldas. ¡Qué importan pinchos de agavanzos engarfiados y dolores de ijada! Le aguarda ya el mocozeulo espatarrado que sonrío a su madre grande que aplaude sus picardihuelas, y eso basta. En su casa el arrapiezo es monarca y sabe soberanear. ¿Con él azotainas?.. ¡Psh!

Juana fue a Villahelada por el gabán escarlata. Vicentillo ha llegado y ella no aparece aún. El camino aculebrado se borra, y ni señal siquiera del rostro jalde y enorme de la luna. Entre-túvose tal vez diciendo un rezo por su Vicentillo, en ver los ígnitos altares de la iglesuela, las trémulas hiladas de gorgoriteantes silbatos, incendiarios pañuelos, enmelenados cestones de dátiles y tiendecillas de floreadas cretonas. A uña de caballo devoran el camino rezagados campesinos; enciéndense chozas, empieza el jugueteo de cohetes y el fugaz burbujear de las estrellas.

¡Bah, si ya viene muy cerca! ¡Y qué talonear se trae la Juana seguida del perro que la colma de arrumacos! En la diestra el gabancillo estambrado, y en la otra el paquete de tabachín para que pronto llegue la soñera. ¡Vaya con los perros que se insultan a distancia! ¡Cobardones, cítense allá en barbechos lampiños y rómpanse los hocicos!

“¡Quieto!”, Juana dice al jabaluno que ladra escandecido. “¡Quieto!”. Empujó la puerta de la choza que giró sobre crudas correhuelas, y salió una voluta de humo azul como queriendo teparle las pupilas. Vicentillo y la madre de Juana unidos en el beso de un amor impuro, abrazándose dormían, y el niño, también dormido, con los bracitos en cruz parecía separarles. ¡Ah! ¿Por qué barrancos o verdoyos que alisan peñas no hicieron resbalar sus pies para que se rompiera en su aspereza la frente? Ella, que jamás dio abrigo a descariños, que guardó fidelidad, que tanto gimió por las citas con su Vicentillo en aquel manchón de sardones, sintió que oprimían su pecho, que golpeaban sus oídos, y loca de rabia infinita tomó la porra barnizada por el uso, descargándola sobre aquel hombre que había sido su vida. Desvió la cólera el golpe, y el niño siguió durmiendo... idurmiendo para siempre!...

Pero tuviste en navidad, ¡oh picaruelo! un gabán escarlata;
itu pobre blusita de manta teñida con tu sangre...!

Almas gemelas

A don Manuel L.H. Nava

URANO INGÉNITAMENTE, quizá reconcentrado por vagos presentimientos de ulteriores infortunios, había guardado mis afecciones, defendiéndolas con mi sequequedad, como el nido su ave y la concha su perla. ¡Qué ingenuo! Ahora, perla y ave, ni concha tengo y en balde busco el nido!

¡Cómo evitar lo que se tiene ya! ¡Destrucción, humo, lumbre, no van dormidos en leños como en yescas? Esta frágil sutileza de nube que metamorfosea una brisa, y esta liviandad de pluma que hace bailotear un aletazo de azor, han lustrado mis pupilas con lágrimas, como adquieren transparencia en las aguas esos grandes ópalos turbios que se llaman hidrófanas. Mi alma fue como perla de aljófara que la noche callada prendió en carnoso pétalo de lirio; al amanecer abrió el sol en su interior banderas de colores, y antes gris tuvo cambiantes rápidos que ignoraba llevar dentro. ¿Es que me hago un reproche? No; tengo la tristeza de que mi alma —perla de aljófara— rodó sobre níveo y engrasado plumón de cisne airoso, sin dejar un escalofrío, ni un beso, ni algo de sí misma. Llantos adélficos, ¡cuán dulces fuísteis a mi ser!

Por las tardes, inexplicable desazón hacía me andar. Visité, inconscientemente, iglesias de naves sombrías y medrosas que repetían del cura vestido con casulla oro y azul, gorgoriteantes y confusos latines, e inmóvil, fija la vista en la combada cúpula, oía caer de graves campanas y esquilas tipludas, como de ideales cornucopias, flores de ilusión y velos de armonías que iba sopeando el aire. Y solamente salía de allí cuando pequeños monaguillos de roja enagua, llevada con desaire, cobreños acetres y deshilachados hisopos, regaban el pavimento. Salía entonces y abobado entregábame al garbullo de la indócil avenida.

Deteníame, ya en librerías desiertas, ya en cantinas pleróticas, o contemplando el desfile de carruajes, cuyos cojines de paño se hundían complacidos para besar las formas de tanta mujer venusta y displicente que, aborujada en invernizo abrigo, paseaba su tediosa molicie. Cabezas sin pensamiento, huecas y sonoras como alegre cascabel, y corazones vacíos, con fango de ostentaciones triviales como cápsulas de adormideras. ¿Brocados y sedeñas muselinas de crepúsculos fastuosos turbarán con desasosiego de misterio y belleza tales almas? ¡La paradoja del Mar Muerto es inconcebible aplicándose a los espíritus! ¿Cuándo, nazareno Jesús, los desiertos se cubrirán de flores...?

Huía; solo ya, entre libros colocados entre amplios anaqueles alumbrados por lámpara rojiza que ponía una estrella en el cielo raso y un sol enorme y asimétrico en la suave alfombra, caía en sólitos pensamientos; en ti, reina, virgen y amada mía. Mi corazón, mustia hoja en solitaria encrucijada, sintió atracciones de brisas de placer, cuya fuerza nulificaron ventalles de indiferencia, y que al fin siguió la ola de un aire de amor. Tu porte orgulloso, desdeños y repullos naturales, fueron misterio, que por misterio me atrajo. ¡Y qué velar el mío! Te miraba inaccesible, como sima que detalla lejanos paisajes; ¡alta y serena,

como para ceñir corona de nubes! De mi ensueño, a la renuncia y posesión, llegaba por desalientos y entusiasmos insólitos. En mañanas estivales, abandonando el brillante carruaje, discurrías bajo frondajes cípricos, viendo los árboles que sacudían sus ramas soltaban en tu homenaje amarillentas hojas que se prendían a tu corpiño, arañaban tu corbata trémula e iban a morir bajo tus zapatillas diminutas. De regreso a la ciudad te seguía mi pensamiento celoso. En constante balbucencia —pronunciando tu nombre— diáfanos semilunios me oyeron. Te conocía como el tic-tac de mi reloj, y para mí era dulcísimo entretenimiento remover tu espíritu como líquido en un vaso, para ver la calma del fondo reclamar los errantes corpúsculos. El ímpetu de mi cariño soñaba sacrificios que abrían leyendas mágicas ante asombros verdaderos de los corazones que florecían como el nuestro. Pórticos fabulosos se ahuecaban, irguiéndose, para que nuestra dicha pasara, y rodeando nuestra mansión barbaccanas de olvido y fosos inmensos.

¡Oh! si las almas fueran como lagos, cuyas linfas buriladas por el pico de una golondrina ise cierran sin dejar cicatriz! Para unir bordes contrarios en dos espíritus, no hay puente. ¡Ni la esperanza! Me digo: caer, subir eterna, infinitamente, alguna vez se chocará con hachones de cometas o con maxilas de cumbres; pero creer, soñar en alivios cuando puñales hundidos nos encogen la faz y la mano que ansiamos besar está ensangrentada... ¡Mezquindades, puñal, vileza!... ¡Qué ansia la de aplastar infames! Pero al fin... ¡Es una glorificación tal deseo!

Amada mía: ¿olvidarán las almas? A tus pies mi cariño fue alfombra, velaron mis deseos tu pensamiento, y mis amores fueron cantándote al oído, atento y ávido. Encaminé tu espíritu a la belleza que olvido y perdón es, y cuando apenas columbrábamos torreones almenados, como ciudades o igle-

sias dormidas en brumas de crepúsculos vespertinos, tu mano aflojó mi mano y una gran melancolía inmovilizó tus miradas. Debía escribir después; y la punzante convicción de que tú ya no eras mía —invisible y tenaz— me precedía como aire que al correr sopla el semblante.

Gemí, lloré; algo buscabas que no estaba en mí. Te arrullé entre celajes; abajo, huracanes de pantanos soplaban impiedades. Y caíste. ¡Ay! el tormento de reinas desnudas paseadas en plazas públicas, junto a mi dolor, ¡es risa! Y con la confesión en los labios, a mis brazos retornaste, y te amaba con todo mi corazón, y... ¡estábamos separados para siempre! Fui bajel que apenas viendo la bahía furioso temporal le aguardó, temporal perpetuo, y que rotas sus anclas huyó para no estrellarse contra engrifados cantiles, a los torbellinos de alta mar.

¿El fango te dio ser y moriste por eso en los desiertos de mis rígidos principios de bondad, o en desiertos naciste y por eso te atrajo la hedionda frescura de légamos?... ¿Yo acaso?... Cegóme la verdad, hundí las manos en las ondas de tu alma, y negruscos limos mordieron mis dedos. Mas te amé por imposible. Iba junto a ti como trino de ave que llora en bosque invisible por lejano. Pensé morir, porque, generalizando tu conducta, vi sobre todo miserias; el sol me parecía opaco y tenía el corazón lluvioso y oscuro como noche de tempestad. Juzgué que muerta tú, al sol irían nuevos arrullos míos.

Y moriste. Punzante fatalidad siguió al deseo. Bajo la sábana mortuoria, tristemente asomaba tu cabellera como cuervo en blanca estepa; los cirios erguían rígidamente las sagitas bronceadas de sus flamas y deshechos en lágrimas se acortaban. Cuando descendimos el camino de abedules proyectos que conduce al cementerio, gemían todos y yo reía —único que te amaba— y en acción de gracias mis labios eran manantial de oraciones.

Me dije cuando ya no te vi: ¿Nada lleva el aroma de la flor que abandonó marchita? ¿Las almas olvidarán? Mis ojos han empobrecido sus joyeros regando sus diamantes; ni muerte, ni vida: quiero desaparecer absoluta, totalmente.

Me decías: soy árbol que desnudan los inviernos; ¿a qué hacer capullos en los limbos de mis hojas? Te decía: soy linfa voluble; ¿a qué besar mi faz, si al besarle, falena débil, ya nunca se despegarán tus frágiles alas? Y respondíamos al par: ¡soy tuyo, soy tuya! Y sí, nos pertenecemos como pesadilla y sobresalto al sueño, y como a la tierra dos cadáveres. Juntos fuimos en la vida como dos pupilas que no ven, como brazos paráliticos, como piernas anquilosadas. ¡Qué aplastante la convicción de una vida sin fin, de una eternidad sin objeto! Húmedas por limo de ignominias, tus alas sostenerte no pudieron, y arrancando sus plumas, trocaste bullicio y algazara de los que mastican zancarrones, por serenidad y silencio de cúlmenes. Cuando el vibrante clarín de la caravana de hombres púgiles y fecundas mujeres tocó marcha, no pudiste correr por la finura de tus pies, y a la vera del camino quedaste cantando —para mí llorando— tu juventud. Fue tu vida inútil como los desiertos líbicos que no sustentan un albergue. Acaso eras buena e irresponsable como el cielo que manchan nubes que no engendra; está su origen muy hondo, en ríos y ciénagos que se gangrenan. ¿Así tú?

Si las clepsidras impasibles hunden razas y obeliscos que los perpetúan, debemos hacer de nuestro ideal doloroso algo eterno y viril como las puestas de sol. Está siempre tu recuerdo en mis desdichas, como el temblor en el ponto y como la luna en la noche. Y no volverás. Por eso ni deseo vivir ni morir-me; pido la destrucción absoluta. Mis labios que unge vano misticismo, van murmurando a toda hora:

¡Oh, Dios! Por irme a ti, de aquesta vida
en el ígneo incensario que aromando
va el ambiente con mirras y con ámbar,
mi espíritu, oloroso liquidámbar
¡ha mucho tiempo que se está quemando!

Almas sombrías

A Miguel Angel Luengas

A DOS LEGUAS DE VILLAHELADA, siguiendo el caminillo que acopados árboles custodian y va dando vueltas como ruda muesca en la montaña, y tiene recodos lúgubres donde el aire da rebufos, y se alargan y rebotan como tránsfugas atontados rastrallidos de chicotes, allí, tras lomita, brilla la espejada laguna de Jajalpa, como encristalada techumbre de subterránea población. Fatiga el camino lleno de guijarros a la entrada; a la derecha, montes y casucas míseras con guías de frijol silvestre, muros ahumados, perros pitañosos y rabadas de carnero en rudas estacas; a la izquierda sembradíos de legumbres: remolacha, cebollones, lechugas encarrujadas y coles como grandes flores verdes, y al frente calles rústicas, rectas, empinadas o torcidas, como si prisioneros cíclopes en rudo forcejón hubieran querido salir sin conseguirlo.

Aquel ranchejo parece desplomado a fuerza de puntapiés en la rabera, y aquel otro se derrumba como aborachado. En el aire flotan trinos y gorjeos y rebramos, y allí, siguiendo suavísima escarpa, brilla la espejada laguna, tan llena de greñudas hierbas, que parece que un monte de sus aguas trata de salir.

Cerros que resguardan rojizos madroñuelos, fingen tener disímbolos remiendos por las varias labores de sus curvas rayadas por lluvias tenaces, cuando del cielo manchadizo cae la nubada; y así, como al paso las arranca, faltan las fresas navideñas. En las lomas, un solo caballejo mansejón tira de la rastra; muy alto rondan los zopilotes como buscando un sendero, fingen hallarle y todos se dirigen a las lomas de calvez eterna, que no sé por qué se antojan tumbas ciclópeas.

Migratorias golondrinas, cuando bajan al ras del agua, parece que se van a hundir, y un momento hay en que la luz reflejada en las linfas es a la del cielo tan igual, que parecen los cielos reflejo de la plácida laguna.

Entre amarillos cañizales, dormitando inmóviles, paseando ridículamente serias o sumidas en horrible aflicción, están las garzas nevadas, como nevados husos o quietos morriones de pluma; al borde y muy lejos, pájaros moñudos y sauces mechosos, y en ocres llanos vacas rabeantes, caballos y cabras. ¡Caramba si es simpático el poblado con sus techos caedizos, montañas y costumbres curiosísimas!

Cualquiera diría que aquel viejecillo es limosnero, por su talego de trapos. ¡Pues no es verdad! Cambia melcocha por zaleas y pide un regalo porque habiendo matado un coyotillo, del cual enseña la cabeza, es justo que le den algo. Mohienta carabina y macicez de corazón, he aquí lo necesario para emboscarse con temporal nevoso, sin miedo al maléfico vaho de los coyotes.

Llámase Felipe y estuvo sirviendo en Villahelada a doña Josefa del Hortigón. Según cuenta, separóse porque iválgamente Nuestro Padre Jesús de Villahelada! tiene un lenguón, hediondo como ruda, filoso como machete y marañero como rapista holgazán. Fue hace poco a mercadear; y al verle doña

Josefa parecía que ya se le iba encima a los uñazos. Ahora, con todo y su flacura, carga leña y con gamuzada canoilla camina igual que un tren.

Al semidiáfano amanecer, Felipe y dos amigos, en chalupón angosto cada uno, prepáranse a pescar. Aquí, Felipe; ellos, allá; una señal, y de pronto, como en regata de apuesta crecida, bogan rápidamente, y al encontrarse páranse, hunden a compás las redes que al ser levantadas chorrean sonoramente mostrando blancos pescados como trozos de nieve; o bien, sólo Felipe, a redobles de patadas hace bailotear su chalupa cuyo ruido atrae diminutos pecesillos en tal cantidad, que hierven y brillan como chispas de un cohete que adentro hubiera reventado. El agua ondula como si el tazón del lago hubiera sufrido fuertes sacudidas y poco a poco fuera calmando su agitación. De regreso, cuelga la red en la chalupa como enorme hueva de pescado. Allí los descama, en aquel pequeño islote que tiene aspecto de buque náufrago, rodeado siempre de tepozanes esmirriados que a toda hora avientan hojas y de manchones de pensamientos empolvados siempre como para baile de carnaval.

El sol simula derretir las nubes gironadas, y al entrar en las aguas franjea de violeta los peñascos hundidos y hace pensar en mundos inexplorados y deformes; el aire pone velos impalpables en el rostro, deja temblores en las metalescentes linfas, seca los bueyes merdosos y sacude los grandes cañizales en los que verdes víboras parecen intestinos arrollados; canta extrañamente un pájaro como dando gritos de ahogo, y al golpe de remo el agua escurre como vidrio fundido, y el frunce de una ola finge el desliz de una anguila.

Al pie de sauces lánguidos que observan su negativa trémula, Felipe amarra su canoa. Ya espera el jetudo caballejo la

carga de pescado y con ella... a Villahelada. No por el camino que parece muesca, sino cortando el montecillo por laderas lúbricas o alfombradas de borusca. Resopla el mañero rociante cuando al salir del pueblo una lagartija mueve los tapetes de mastuerzo colgado en las cercas. Allá quedan las casas diminutas como unos cuantos trabajadores que años hace construyen zanjones inmensos cuyos bordes son los cerros. Los árboles resecos truenan como ante enormes lumbradas; suave sisear despréndese de las copas, y allí donde peñascos verdinegros incrustados en la tierra están, como caídos de muy alto, descansa Felipe; suelta la cincha del caballo que abre las narices como aspirando la cedria aromática del bosque; frunce el rostro cenceño, siéntase, e hipnotizado va siguiendo la huella de un recuerdo. La ceniza de los pastos quemados por boyeros finge el volar de escarcha invernal.

—¡Oh, Dios! hace un mes apenas, salí de la cárcel.

Para él todo tiene forma extravagante; los sauces que aún no empiezan a hojecer parecen puñados de látigos; los guijarros, granadas que no estallaron, y lánguidas matas de maíz aventurero, negras espingardas diseminadas en el campo.

Está sordo como si dos almohadas oprimieran sus oídos; aquellas aguas que abrazaron su imagen cuando por allí pasó, no son ésas: ¡oh, no! Distintas nubes han copiado; ya negras como racimos o cándidamente blancas como espumas concretas. También su pensamiento desenrollado como cinta pulida de metal, ha copiado nuevos cielos y en él han caído también sombras de muchas nubes de infortunio y reflejos de lejanísimas estrellas de ventura. Siente el corazón apretado por su angustia como el rebenque por su mano, y enjuto como trozo de carne que el aire seca y no deja encarroñar.

Cuando salió del pueblo glomérulas de florea eran mecidas por céfiros que hacían culebrear el pálido ormesí de los trigales; descansaban los rebaños desmarridos; en las aguas perseguían las golondrinas su imagen, y como bendición caía la tarde sobre la campiña en éxtasis. La montaña clivosa bajo la candencia del sol no murmuraba, y él, calenturoso, marchaba entre guardianes con el entrecejo fruncido fieramente como si fuera viendo algún hilo de araña prendido por la brisa en el sombrero. Hileras grises de casucas fingían espíarle por los claros de su pabellón de pasifloras; verdes y pardas, lomas y más lomas como carapachos gigantes de tortugas; toros cervigudos entre los boscajes breñosos, trémulas cantadas de boyeros en los aires y muy lejos el lago azuleando.

Anunciábase en el horizonte una fuerte cerrazón; abatíanse ventarrones que hurtaban perfume pestilente a la yerba de Santa María, y apenas si el crepúsculo bermejo tornaba cobreñas las puntas del monte. A poco, la noche arrojaba sus lutos, en el río que parecía largo camino negro, donde las estrellas como cirios señalaban tumbas muy remotas.

¡En vano descalabazarse por lo que nunca sabría cómo pasó! Marchaba cogitabundo, con infinita cansera en cuerpo y alma. El frío mordisqueaba sus carrillos; nada sentía. Llamaron sus guardianes a la puerta de la cárcel, y abrió un soldadazo variolado y turno que a sonoras fumaradas concluía un tabaco. Hediondez de miseria y angustia salió a su encuentro como deteniéndole y se prendió a su nariz como tenaza. Los ronquidos de la guardia parecían amenazar. Fue recibido en la alcaldía y conducido a celda oscura como un presentimiento; y al quedar solo dejóse caer en la trigaza que tanteaba con los pies. ¡Solo, solo!

Y lloró, lloró por muchas cosas que le arañaban muy hondo. Y en la culminancia del dolor, cuando su espíritu se llenó de sombras, tuvo serenidad, y los recuerdos, como aves nictálopes, abrieron los ojos fosforescentes.

Era el día de sus bodas. En el cielo turquesado dormían las estrellas parpadeantes y soplaban aires tan fuertes que parecían desmochar los trigales. Quiso ver a su María con camisa cambrayada, rojo castor, zapatos de cubo de cabra y chinela de charol, gargantilla de colores y grandes arracadas de plata columpiándose locamente en sus orejas. Quería verla. Saltó matorrales de hinojo y manzanilla, y ancha abertura en las costeras llevó sus miradas hasta adentro. Y al cuproso resplandor de los tizones vio a María con su rebozo terciado, besándose y dejándose besar por un hombre.

¡Ah! Iras y ferocidades de tigre le apercollaron, la desesperación de quien se asfixia abría desmesuradamente sus ojos estirando sus párpados, y el lodo de todas las infamias saltaba en su corazón.

Calladamente llegó a la puerta; el crimen tendía alfombras a sus pies. De un salto estuvo junto a ellos, y rápidamente hundió una, diez, cien veces el arma en el cuello de su novia. ¡Maldita!

Corrió después y lo encontraron ¡quién sabe dónde! Al día siguiente rendía su declaración. Estaba dolorido, con fuertes desollones en los brazos. Casi no podía hablar.

Cuando concluyó, dijo el juez a alguien que no veía Felipe:

—Diga usted cuanto sepa, produciéndose con verdad.

—Señor... —empezó a decir.

Y al oír esa voz, Felipe tembló; hundió la cabeza en los cuadros de la reja, y... vio a su novia llorando amargamente.

Continuó extraviadamente ella:

—Mi prima quiso ponerse mis vestidos para que la viera su novio... entonces tal vez llegó Felipe, y creyendo que yo era quien besaba...

¡Su voz se ahogó en sollozos y Felipe sintió en el pecho la carga de una lápida!

Y esto fue hace cinco años. Hoy cumple un mes de haber salido de la cárcel.

Sentado en esas rocas que incrustadas en la tierra están, como cáidas de muy alto, mira la leve ondulación de la campiña simada; tiene el corazón apretado por su dolor, como el rebenque por su mano, y enjuto como trozo de carne que seca el aire y no deja encarroñar. ¡Dios mío, Dios mío!...

Un viaje a Villahelada

A Alfonso Reyes

DESDE AQUÍ SE MIRAN ROJEAR LAS TECHUMBRES de San Antonio de la Isla, una aldehuela mísera y polvosa, medio refrescada por un arroyo que riega profusamente arena y piedra pómez, en caminos y sembrados. Iglesia roñosa, herbosas calles y flotando en todo el recuerdo de don Fernando Hinojosa —patriarca del poblacho— casi obligando a perpetua mudez a seres y cosas. Por allá, San Andrés del Ocote, con su iglesia de cimborrio alicatado y su árbol viejo y torcido como un candelabro gigantesco de fierro colado, que aún conservara pábilos verdosos de siglos de abandono. Pardo caserío diseminado como una reunión de zarposas gitanillas empeñadas en perennes alegranzas, y hondo silencio de camposanto; acullá, la hacienda del Veladero, de un gachupín que ya está por acriollarse; a la izquierda el Xinantécatl, blanco y enorme como un bloque de mármol desbastado bruscamente para un busto de la Patria, y abajo, al pie, Tenango del Valle, Villahelada, mi puebluco salubérrimo por cuya gloria daría los latidos de mi corazón.

¡Alabancero tal vez; pero este pueblo esconde goces capaces de abalsamar el geniecillo más alacranado, don Casildo que

lo diga! Por aquellos entonces, luciendo bizarrías y echando gargantadas en ferias y fandangos; ¡a escape por los abajaderos de la vida! Pero tuvo que atollarse de súbito por aquellos grandes, dulces y negros ojos de doña Isabel Guzmán, única que por el agarbado porte de castellana verdadera no parecía de Villahelada, y él que no anda con zirigañas, torció el almartigón a la juventud fogosa, y fue a caer de rodillas a los pies del señor cura don José María Arellano. Pasaron años; ella celosilla y buena, murió (¡Dios la tenga en su santa gloria!); y él, sufridor y parlanchín, quedó con dos angelitos: uno de cabello trigueño, otro rubio y guedejón, y una tía Pascualita —mía también— de manos mágicas para espesos y alimentosos caldillos de gallina, y capaz de economizar el vaho de budineras y sartenes, y el prófugo tufillo de alcaparrones, chorizos almendrados y quesos porosos que lucen bajo tupidas alambreras.

¡Zamarrear a mi puebluco! ¡Vaya, quien abrigue tal pensamiento cochino, y le aseguro —si no es hombrecillo abrutado y de corazón guijeño— que de vuelta se trae grabadas en el seso aquellas quietas callejuelas en cuyo medio marcha desatentado hilillo de agua cristalina, aquel Santuario de Nuestro Señor de Villahelada, aquellos crepúsculos de oro, aquellos mugidos solemnes de bueyes zapatudos, aquellas risas y colores de las Ortiz y aquellos dulces murmurios del temblón abedular. Y si por acaso se traba de lengua con don Eulogio Juárez, el más furioso coleccionador de alimañas, malacates, idolillos y noticias para su libro verde, sus “Efemérides” de 50 años, afirmo que de un tirón se queda en mi puebluco. ¡Se queda y muy que se queda!

¡Y no hablamos de la feria de agosto, cuando salen las carretas en honor de san Isidro, adornadas con guajolotes disecados, cuyas exangües carúnculas están recién embadurna-

das de bermellón, como si los tales pajarracos llevaran colgados del pescuezo los intestinos sangrientos de un pollo; cándidas ovejas, coyotes hipócritas, haces de trigo y panojas resacas, en tanto que los bueyes ayuntados que tiran de las carretas, llevan las uñas plateadas y magestuosamente cabecean!

¡Esto en la calle! Si entramos al cementerio... ¡válgame Nuestro Padre Jesús de Villahelada! idan ganas de bailar hasta sin zapatos! Aquellas danzas, aquel tejer y destejer listoncillos policromos, cantando y bailando en redor de un bastoncejo adornado de cascabeles... ¡que vaya el zullenco lenguaraz!.. y ¡vamos! como quien zahuma con espliego un palomar para que se engrían los pichones viajeros... ¡Se queda y muy que se queda!

¿Dónde tal quietud y paz? ¿Dónde acristianados vecinos como éstos? ¿Dónde pájaros abrileros semejantes a los que aquí trovan enamorados furiosamente?

¡Y eso que ha cambiado, un poquito mi villorrio! Allá, por 1888, la llegada del guayín de Ireneo era un acontecimiento, y el viaje iotro acontecimiento más!

¡Ya lo creo! En el pescante Ireneo y el doctor de pies ajua-netados; en los cuatro asientos interiores, bien doña Mariquita Arellano y dos bultos con tamales para los sobrinos Eulogio y Margarita; ya Prisciliano, de jaquel, porque siempre le ha dado por adecentarse; doña Josefa del Hortigón preparando el serrucho de su lengua, o bien el señor cura y sus grandes cucuruchos de confites; y a la zaga, un cajón con encargos para la guapa Teresa López Maya, o bultos de charoles, vaquetas y becerros para la Invencible Huichapeña.

—¡Buena tarde tenemos! —exclamaba el señor cura acomodándose entre las piernas un tompeate con jarres y costillas de puerco de la famosa tienda de don Jesús Barrera.

—¡Quién sabe, quién sabe! —contestaba Prisciliano torciéndose los bigotes caídos como bruscos chorros de pelos y soportando en los talones heroicos una caja con fruta de horno destinada al cándido y flacuchito Estévez.

—¡Puede que sí! —terciaba doña Josefa del Hortigón estornudando rabiosamente.

Y iarre! Granizado y iarre! Chupamirto, salía ruidosamente de Toluca el guayín torturador. Y después de hacerse mutuas concesiones para la colocación definitiva de los bultos respectivos, empezaba la conversación tímida y general, y luego concreta y despedazadora de honrillas.

—¡Claro! —decía Veguita, constructor de una perrera en el cerro del Calvario, metiéndose con el pulgar y el índice dos gramos de mentolina en las narizotas peludas— ¡Clarísimo! Chucho Díaz llegó a Villahelada encueradito. ¡No me cuenten! ¡Aquí vino a hacer la roncha!

La señora Cleras, resoplando y martirizando la gordura de su cuello, afirmaba beatíficamente:

—¡Dicen que conserva las alpargatas que trajo de Pontevedra! ¡Deben ser para él verdaderas reliquias!

—¡Y la boina! —concluía Teresa López Maya.

Doña Mariquita y su compañera muy bajo discutían acerca de la limpidez de las enaguas aplanchadas de... ¡Ah, lengüitas!

A poco los brincos del guayín —arrancadores del empaño, según mis conterráneos— el olorcillo de los puros de a ocho del señor cura, el hedor a chamusquina de los cueros del carruaje tostados por el sol, y la polvareda que saltando de las ruedas entraba a ahogar a los viajeros, indisponían a la señora Cleras, y todos, cuando menos *in mente*, le volvían la espalda mientras arreglaba sus cuentas con el mareo trastornador.

En el camino polvoroso, ni un caminante; en los barbechos desnudos, ni un pájaro, y en la amarillez del paisaje, muy de trecho en trecho un ranchejo rojizo o algún pollino alomado cargando con agobio brutal un tercio de rastrojo. El sol radiando como una bola de vidrio que se coloreara con el enfriamiento, y arriba, en la atmósfera dorada, un vuelo de tordos rebumbando como rehiletes de papel.

Primero el arenisco de Santa María Nativitas; después los barrancos y pendientes de Calimaya, y por último, los guijarros de Santiaguito.

A poco andar, los farolejos amarillentos del alumbrado público, como chispazos de una inmensa bomba que revienta en el rincón obscurísimo que forman el Xuxtépetl y un ramal de la Sierra Madre, anuncian la proximidad de Tenango del Valle, o Villahelada en la geografía literaria.

Y icáspita! con el airecillo que parece volver de una excursión al Xinantécatl. ¡Friolentico de veras! ¡Y cómo alarga y difunde el silencio de la noche los ladridos de los perros! Nada, ¡que no se acostumbran!

En el guayín traqueteante todo es allegar cajitas y envoltorios y exhalar suspiros de satisfacción.

¡Al fin llegamos! y al abrir las portezuelas, cada viajero es recibido con abrazos. Aquí, Julianita la de las encías azules, quizás por los cigarrillos de canal y jícara, se deshace en preguntas y atenciones; allá, don Casimiro prodiga frases garapiñadas; acullá, Porfirito Arellano y Policiano López se disputan las muletas, y momentos después, regando saludos en las tiendas y la botica, desaparecen los viajeros.

¡Qué triste queda el pueblo! ¿A dónde ir? El hotelillo de don Gumersindo medio convida al forzado descanso. Todo es quietud y paz. ¡Todo! ¡todo! ¡Pasear? ¡Si dicen que frecuenta las

callejuelas mudas el nahual de huecas uñas como cáscaras de haba! Nada menos que a don Jesús Garduño le salió a media noche y se quedó como al que le arrojan una cubeta de agua fría: tartamudo y temblequeando. ¡A dormir y Santas Pascuas! ¡Nuestro Padre Jesús de Villahelada vela solícito el sueño de sus hijos!

Almas extrañas

A Salvador Díaz Mirón

¡ES PARA SOFREÍR EL SOL! Pero aun así, gráciles muchachas con avetadas ollas de barro que llevan en burdo cabecil, airosamente acarrean agua, cacheteando el suelo con las chancletas, perfumando brisas con ramos de flores plantadas en las trenzas bituminosas y obligando a dulces admiraciones con andares y trenzas y ojos.

Pero, ¡qué sol! A su soflama, fresnos y menudos sauces, asomándose por cima de monocromos tejados, se caen de sueño: verdes floripondios en flor parecen clarines marmóreos entre glaucos pabellones apeñuscados; mulos y recentales parecen andar herborizando, pues de aquí reseca malva, de allí eneldos y grama, icuidadosamente van comiendo! Por arenosas veredas corren buscando maleza sombrosa, silvestres pajari- llos; este a saltos, igual que si tuviera muelles muy elásticos en las corvas, y aquel rápidamente como sobre invisibles ruedecillas. Un avispón estridula; flotan inquietas mariposas como diminutos bergantines de policromo papel; el aire calinoso, los campos amodorridos, y en las chozas de cuarterones pardos llenos de ventaduras, perros tumbados negligentemente, quizás

oyendo ruidos subterráneos, y gatos que guiñan las pupilas con desesperante fastidio. ¡Qué modorra!

Por vejámenes de rocas el río canta, tórnase blanco, y escurre sobre lajas queriendo arrancarles su negrura; poco más lejos, se aduerme como una vida en tranquilidad serena. Al oriente un empujón de cerros, y en completa deserción plátanos, cafetos, cañaveras y floripondios. La vía férrea corre como enorme miriápodo y a su vera chozas de tablas muestran su desastrado talante. Ya es una herrería que integra un fuelle como vasto biberón; el yunque oponiendo al tope del martillo anchos cuernos de toro suizo; una terraja, sacos de carbón, pedazos de llanta de carreta, y al frente arbustillos móviles, tulipanes rojos que sacudidos por céfiros parecen fauces de irritadas serpientes, y palmas espinosas que surgiendo de raíz bulbosa simulan flechas en raro carcax. Sobre naranjos, albeantes ropas; en lomeríos, casas que van trepando como atraídas por un prodigio, y arrastrándose y jadeando el arroyo de linfas morenas como la carne del pescado fresco.

¡Y qué firmamento más tornadizo! A poco, negro ya, sopla neblina que parece surgir de tenaz y gigantesco pulverizador, y entonces grillos insomnes vibran como alambres de teléfono que lapidara un pillete; o bien, sin nubes, alindado por el disco lunar que pasa como disparado por discóbolo invisible y que al fin como ardida metralla cae y abre el boquete amplísimo del pozo disminuyendo su disco por la distancia.

Levantarse muy de madrugada ¡es avigorar cuerpo y espíritu! Por senderos y calles y caminos quebrados y torcidos fieramente, como si el piso de la ciudad se hubiera hundido, chicas joviales discurren con mariposas de listón y flores húmedas sembradas en los rizos. Allá, retozones borceguíes bajo túnicos de buratillo; aquí, aplaudidoras chancletas entre

ajado percal ise saludan y responden! ¡De ojos... la yema! Unos, pestañosos y azules como enormes alélies; otros, brillantes como de ágata. ¡Y qué airoso andar con aljofainas rebosantes de ropa en la cabeza! ¡Salud, oh pucelas!

Vánse poblando patios y calles. La brisa borracha de vino de azálea, convierte frondas en panderos y hace piruetear impetuosamente las camisas que durmieron agarradas del áspero tendalero; un vendedor de leche, de largos bigotes —como chorros de pelos— cabalgando en mulo avacado, va sosteniendo sus botes en figura de faroles colgados del fuste macizo, y por allá, sobones fogoneros tiznados como demonios vestidos de azul, esperan que salga el sol. En cada puertecilla un adefesio: una perra que amamanta perrillos tan ansiosos que parecen comerle la barriga, o un zapatero averrugado y de cabeza hostil como bruza de caballo. De las casonas humosas surgen gallos ridículamente serios, como guardando equilibrio inestable por falta de dos pies más; en montones de burrajo chisporrotean moscas metálicas; en troncos y tejas se tienden los lagartos como tijeras oxidadas, en tanto que junto al brocal de un pozo que finge gollete de ollón enterrado, gruesos maquinistas norteamericanos de rostro de bofe, gruñen, farfulan y estornudan como si tuvieran pólipos.

Distintamente óyense los gritos de una viejecita de carrillos papandujos: ¡hipericón, santónica, yerba del golpe, pata de león, lengua de vaca, yerba del cáncer, ratania, yerba de la golondrina!...

¡Qué ahogúio reseca el gañote subiendo el camino aquel solitario que baja de lomas empinadas y al que custodian floripondios cansados de aguardar destile de monarcas, y ven

sólo rucios que conducen lajas, legumbres o agrucha cerveza, y de sábado en sábado —si no quieren achubascarse los cielos— alemanes farfallosos y ahidalgados que al parquecillo se dirigen a oír música pésima disputada por ráfagas violentas. ¡Qué barrizal si llueve! El parquecillo queda desierto y los fluentes canales rompen su cristal sobre las piedras. Con estas lluvias ¡qué floríferos campos y... qué reumas! No sé cómo cubiertos de flojel soportan los pajarillos el frío. ¡Llover y llover y llover!.. ¡Agestados que andan los vecinos! ¡Claro! ¡si es mejor encerrarse, aun cuando cueste algún trabajo quitarse la urañía!

¡Aquí no hay flemudos! Si ascender es penoso, de bajada empujan las calles. ¡Cuestión de costumbre! Aquel costeño, con cinco arrobas en los lomos, subiendo grita como un verraco: ¡jurel, mojarra, huachinango, jorobados y pulpos! ¡Ni jadeos!... ¡Ni nada!

De calles culminantes la perspectiva es bellísima. Verdeguea el ancho socavón del valle; limoneros, camelias, floripondios, petunias y acebollados eucaliptos se agrupan o dispersan; solitarios ejidos dilatan voces y entre arbolados, ranchejos orgullosos de su albura de caliche, parece que fueron bajados de la montaña con gruesos cables que al resbalar dejaron anchas huellas que son las quebrajas.

Enrédanse y se arrastran en los dientes de los cerros nubes blancas, y parece que los cerros son atalayas donde mares remotos chocan y encrespan sus espumas. Un cacto nacido en peñas simula espina vertebral de cíclople; acídulos manzanos en flor, rojean; palomas agreñas embellecen las techumbres, y torvo cacalote aflicto por quién sabe qué infortunios, en la horqueta de un árbol no le calienta ni el sol. ¡Pobre!

El volcán parece giba de dromedario inmenso. Abajo, lavaderos y lavaderos donde agua y muchachas de inquietas

caderillas parlotean; un caminante de ajedrezado pantalón y rostro flatulento, tres más con visible agrazón en la faz indígena y otro cargando una romana y empujando un cerdo.

Verde todo: bancos de piedra, brocales de pozos, árboles, lomeríos... ¡Qué silencio!

En el llano aquel destinado a que pazca el rebaño, como un cubo de papel está la casa de doña Secundina, conoce las virtudes mágicas de filipéndula y torvisco. Y para eso de tronar el empacho... ¡buena de veras! Llega un chiquillo débil y flaco como una calcomanía, y puesto en cuatro patas, con dos tirones que agarrando el pellejo de la espalda le da doña Secundina... ¡bueno y sano! Que Fulanita palidece por hemorragias terribles... cocimiento de sedas de colores y... ¡fresca como amapola! Que don Perencejo tiene ahitera e incontinencia en la orina... allí tienen ustedes a doña Secundina hirviendo en vasto perol, cañaveras, raíz de perejil, barbas de panoja... y fuera chiluca, ¡hebras de zarape y cachos de puro! ¡Cachimba!...

Almas errantes [II]

A mi maestro Juan B. Garza

—¿QUE SI RECUERDO AQUELLOS TIEMPOS?... ¡Vaya con la pregunta que se me ha clavado aquí en la frente como si tuviera estoperoles! ¡Pues ya lo creo!

Estaba yo de interno en Trapabana, mi juventud en plena granazón y la vida ofreciéndome garrambainas de gloria y de laurel.

El colegio era vastísimo; con arcadas modernas unos patios, otros con pilastras musgosas y corredores y dormitorios amplísimos y tristonos como los crepúsculos de dulce amarillez.

Y en mi sesera se barajan muchos nombres: Tío Buey, un prefecto más bueno que la panetela; don Agustín González, maestro que puede honrar a su estado y a su patria; Canchona, profesor tan sufrido que su clase antojábase una gorrionera, y otro de cuyo nombre me he olvidado, pero que al reírse recordaba los relinchos de un muleto cerril y huérfano.

¡Cuán lejanos esos tiempos! Todo pequeñísimo, brillante y remoto como las estrellas. Allí miré a los truhanes de

entonces hoy honrados y a los honrados de entonces que hoy trascienden a truhanes.

¡Cachimba con la vida! Corre y encumbra y despedaza y revuelve como la formidable corriente oculta del Golfo. Y como fragmentos de paquebote náufrago en la marea inevitable, flotan algunos nombres de mis amigos: Ballesteros con sus eternas gazmoñadas; Cruz González con sus ojillos de santo; Mastache arrabiadamente holgazán y pendenciero y capaz de soltarle una palabrada a Tlahuicole; Enrique García que abollaba los palanganeros y Paco Carbajal que con el gordo Guardiola echaban los hígados jugando a la pelota.

¡Señor, el recuerdo es el santo paraclito de la vida!

De noche los dormitorios convertíanse en aulladeros. ¡Ay del intruso que asomaba los hocicos cuando la agónica lamparilla de aceite aleteaba como una mariposa de luz prendida a un alfiler! Volaban los zapatos buscando su cabeza y broncos gritos le aturdían: “¡Fuera el macuache! ¡Fuera el indio!”. Salía el intruso y tras alegres risotadas continuaban Ordorica, Raymundo García y Morales Molina rasguñando su viejo bandolón.

A las diez dormían todos. El viento barbullón sacudía los árboles del jardín y una paz de convento ahogaba los salones y los vetustos patios.

En las mañanas friolentas, achubascado o zafirino el cielo, al toque de campana que llamaba al refectorio, se levantaban todos bruscamente. Chávez se ponía los zapatos de muñeco en la escalera; el cochinito Legorreta se arrollaba la toalla en el pescuezo descendiendo a escape, y Sebastián Vilchis, meleunudo como bisonte, corría como un salvaje.

El comedor era un salonazo muy frío pintado al óleo y ostentando en los muros cromolitografías de aves y frutos

teratológicos, más ocho mesas toscas, bancos burdos y manteles de hule pringosos.

Una taza de chocolate con recuerdos de cacao y arrobas de cortadillo, tres panecillos grajeados y un vaso de agua turbia, esto era el desayuno. Después a remojarse la testera y a esperar el sol convalesciente y feúco en la baranda de mohoso hierro del corredor.

A las ocho principiaban las clases. Unos a Lógica, otros a Física y así transcurría la mañana. En la tarde, al salón de gimnasia a tumbarse a fantasear bajo las matas de mirto azul. Allí contraje mi familiar urañería; asustadizo como garduña, mi espíritu se reconcentraba en un mutismo feroz. Me atraían las voces de los árboles que farfullaban palabras ininteligibles y antojábaseme que las randas de la espuma de la fuente, alguna mano invisible las estaba enjuagando o simplemente divirtiéndose con ellas.

Tenía deseos extraños: quería hacerme pequeñito y en el hueco que formaban dos hojas, o bajo los diminutos paraguas de los hongos, oír qué decían las raíces que iban en pos de fresca como dedos largos y presenciar la lucha de la que surgían retallos.

¡Vida intensa debe ser la de lo pequeño!, me decía. Porque... las aves palustres que se duermen al balanceo de las ondas, saben más que los libros que envejecen. ¿De dónde extrae su sangre la henea? ¡qué sé yo cuántas cosas pensaba!...

Pero la vida de estudiante me llenaba de tedio inmenso. Las almas pedían libertad, pues el cúmulo de libros didácticos era aplastante. Una estrechez de principios dominaba todo impulso: monotonía terrible estancaba las linfas del entusiasmo y un sopor extraño envolvía el corazón. Soñábamos en las vacaciones próximas, en la casuca paternal perdida en un pue-

blucho de patriarcas, en los toros de cabeza rufa, en las llanuras, en los bosques, en la novia, en los campos llenos de sol y de cantos de cigarras estridulantes.

Me hastiaba todo: el colegio, la vida... itodo! De tarde subía al observatorio y sentado en el basamento de piedra que sostiene la veleta en figura de arquero, hundíame en ensueños infinitos mientras chirriaba rudamente el anemómetro que dormía arrullándose o corría desatentado, y el pluviómetro seco mostraba al cielo su embudo de zinc.

¡Que el barómetro perdía la razón y anunciaba borrascas en el Atlántico y ciclones en el Golfo; que la temperatura a la sombra bajaba o no! ¡qué me interesaba frente a la belleza de las montañas que ondulaban hasta difundirse en lejanías azul de humo; frente a los pueblos en relieve, frente a las casas que trepaban a los cerros!

Que los cúmulos estuvieran a tres mil metros y al sur, o que los cirrus a dos mil y al oeste, me interesaban menos que el Xinantécatl irguiendo su pátera de nieve!

Pasaban las horas por mi frente como brisa muy suave.

Aquí, enormes chimeneas como cañones; allá, eucaliptos espiondo sobre tejados monocromos, y encima de aquel hacinamiento infinitos alambres de teléfonos como la red destrozada de un arácnido fabuloso.

El jefe del observatorio era José Guzmán, un flacuchito talentoso —médico ahora— que sobre sus cartas meteorológicas trazaba eternamente sus curvas isotérmicas. Una tarde, de codos en la cornisa dejábame llevar de las nubes y de los pájaros que se perdían en lontananza. Guzmán dijo de pronto a sus compañeros y subalternos:

—Para hoy hemos anunciado la lluvia de estrellas errantes que partiendo de las Leónidas se inclinará al este. Dentro de

media hora debemos anotar las exhalaciones que pasen por nuestro campo de observación, es decir, nuestro cuarto de horizonte imaginario.

—Bueno —contestaron.

Y yo, cambiando de posición, sentado en la cornisa, dejé colgar los pies.

Hablamos todos largo rato. Un meteoro rayó el cielo que se escampaba; otro después bajó lentamente como pluma luminosa, apagándose instantáneamente; otro más atravesó como ígneo proyectil, y de pronto una lluvia maravillosa de estrellas, en aspersion violenta, cayó como deshecho haz de espigas de oro. Iba a hablar entusiasmado, cuando me dieron un empujón que me arrojó al vacío desde una altura de quince metros. No podré expresar mi sensación; pero recuerdo que a dos metros de mi punto de partida alguien, que sentí me fue sosteniendo y al depositarme en el suelo, dulcemente, murmuró en mi oído derecho: “sé bueno”, y en el izquierdo: “sé malo”. Corrí buscando la puerta del colegio y allí me encontraron jadeante, con el pavor en el rostro mis compañeros que pensaban levantar un cadáver.

—¿Quién me empujó? —pregunté anhelante.

—¡Nadie! —contestaron.

Y me palpaban mudos de asombro de verme sin dolencia.

Cuando conté que me habían bajado cariñosamente y repetí las palabras que oí, quedaron atónitos de espanto.

Y hoy todavía, después de tantos años, me pregunto:

—¿Quién me sostendría y murmuraría a mis oídos aquellas palabras tan raras?

Almas ausentes

A Adolfo Valles

AGUDA NEURASTENIA, trastrocando mi concepción del mundo exterior, tenía me enclavado en una bella población, en donde aromas de azahares y vahos desprendidos del brial de aquellos campos de gardenias afinaban mi sensibilidad y como en un aliento de virgen me envolvían. Taludes colosales como hechos por gigantes, encajonan el hermoso valle que se desenrolla en rápidos declivios, como si brusca inundación de arbustos y de yerbas se arremolinara en los rincones, huyera por los planes y al fin confusamente fuera a estrellarse en las laderas. Las negruzcas techumbres imbricadas de las casas medio asoman entre los frondajes de los nogales llenos de drupas, de los bananos oscilantes y los naranjos llenos de burbujas de oro; en los gramales felposos espejea el agua clara, y en el cielo y en el aire hay esa profunda transparencia de cristal finísimo que se adivina en los ojos azules vistos muy de cerca.

En esa población la caza es algo más que un entretenimiento; sus moradores parecen descendientes de aquellos cetreros de linaje que veían transcurrir la vida adiestrando gerifaltes y neblíes. Las jaurías de sabuesos abundan por doquiera,

y por cuetos y vericuetos se ven las huellas de los arrabiados cazadores.

Mi pequeña habitación, con albores de jalbegue reciente, llenábase de sol en las mañanas espléndidas, y en las tardes dolorosas el rosa moribundo del crepúsculo entraba en silencioso torbellino. ¡Ay, cómo para aquellas comarcas que albergaron tantas amargas íntimas, conservo una sonrisa de amorosa y doliente gratitud! ¡Ya sé que nunca, con fruición idéntica, volveré a sentir aquellas brisas, volveré a escuchar aquellas acariciadoras campanas, ni volveré a mirar aquellos campos en los que dilaté la mirada entristecida! La vida va borrando toda huella y una terca e inevitable imposibilidad pone en las almas. Quedan, sin embargo, las remembranzas fugaces como los relámpagos en los nubarrones de tormenta: pero aun éstos, en fuerza de llover, tórnanse blancos. ¡Yo prefiero, pues, mis lutos interiores para conservar los relámpagos de mis recuerdos!

Tal vez ni con esfuerzo podría olvidar; algo de mi corazón y mucho de mi juventud quedó llorando por nefandos episodios en aquellas divinas tierras, como un cárcavo profundo, visible sólo a las pupilas mías. Acaso, lo más horriblemente bello del ambiente está en que disuelve, mezcla y confunde los hedores y las fragancias, las blasfemias y los trinos y los tiosos y los truenos.

Yo miro sin esfuerzo la callejuela sonriente, en cuyas tapias tremulaban cortinones de madreSelva escurriendo caprichosa, las ventanas de madera de las casas diminutas y el empedrado desigual y negro que bordan cintas verdes de pequeño césped. Los divinos ojos zarcos de aquella londinense candorosa, parece que aún me miran entre los calados del visillo, y algo como una intensísima fascinación me torna inmóvil.

Las asperezas de la angustia y las aristas del dolor se perdieron para siempre, y aquella faz de niña como un diamante jaqueado, la guardo en mi corazón. Yo creo en las resurrecciones de los espíritus que por amor murieron; y tal vez muy pronto, en alguna de mis peregrinaciones, aquellos ojos cariñosos me alumbren el camino de la paz y del bien.

En aquellos días, en rudo sonambulismo me agitaba; y mientras mi criado, un viejo barbudo y lacertoso, dormía como patriarca, las horas acariciaban mi frente en un insomnio pertinaz. A veces aquel Hércules dormido despertaba y con voz humilde y dulce me rogaba que procurara dormir. Agradecido, le decía que había dormido ya, y entonces, como tronco derribado bruscamente, resoplando con holgura dejábase caer. ¿Qué mistagogas deben iniciarme en los ritos del olvido perfecto? ¿Qué conflagraciones pueden concretar o evaporar este dolor? Quisiera que como salta una ave de una roca, esta aflicción huyera de mis días sin retornar al nido; quisiera... yo quisiera...

Eduardo me veía distraído y enfermizo; me procuraba distracción hablándome de las mariposas de colores que navegaban con las alitas desplegadas en el ambiente apacible; me invitaba con respeto a tomar un baño de sol, y salíamos a recorrer las cañadas frescas, las márgenes del río que reflejaba floripondios y enredaderas trémulas, o los caminos solitarios y que se me antojaban interminables, olientes a salvia y a jengibre.

Dos hechos, disímbolos y repentinos, me trastornaron locamente; la virgen londinense de ojos zarcos marchó para Inglaterra, y en el beso postrimero yo puse toda mi alegría y todo mi dolor de hombre. No he vuelto a sonreír, ini volveré a llorar!... Irlanda esclavizada, Escocia mártir, Inglaterra gloriosa: ¡no devolveréis jamás a la mujer por quien rugió mi corazón!

como un jaguar apuñaleado! ¡Yo beso vuestra tierra bendita que abriga su envoltura carnal!

La noche de la despedida eterna, el aire resoplaba entre las láminas de las techumbres; el profundísimo pesar me tenía descoyuntado y en desbandada completa mis pensamientos, contemplaba con pupilas de ciego la sombra impenetrable. En nada pensaba fijamente. Oí levantarse a Eduardo y le vi prender la lámpara de luz láctea. Su recia musculatura se dibujaba en la pared y sus barbas negras de cosaco aparecían más negras en la noche. Algo como un círculo de hierro me apretaba el cráneo. Intempestivamente, y con ríspida voz, Eduardo me dijo contemplándome fijamente y masticando la cola del tabaco:

—¿Usted sabe, señor, a quién tiene en su casa?

No pude encontrar respuesta a la pregunta.

—No entiendo lo que me quiere decir, Eduardo.

—Bueno; yo pregunto si usted sabe a quién tiene en su casa.

—Sí —repliqué incorporándome en el lecho con una sospecha espantosa—. A usted nada más.

—Y ¿sabe usted quién soy? Bueno; pues soy un enviado de su Divina Majestad. Cuando mi sacratísima madre llevóme a la pila bautismal, volaron del ábside de la iglesia muchas palomas, y una hostia más grande que la luna salió del cáliz y voces de arcángeles y serafines se oyeron por doquiera.

Su voz se fue ahuecando y haciendo tempestuosa.

—Hubo una segunda anunciación. Yo traigo, bajo mi apariencia humilde, misiones vastas. ¡Ay de los incestuosos! ¡Ay de los libertinos! Moisés no resucitará jamás y su Génesis quedará como mentira. ¡Ay de los incestuosos! ¡Ay de los libertinos! El mentiroso Job, protagonista de una fábula de árabes, iserá más vil que su estercolero! ¡Ay de los profetas falsos! Martorillo el Calabrés o San Francisco de Paula resucitará tal vez... ¡Ay de los

que tenemos inmensos destinos que cumplir! ¡Ay de los que no escuchan las voces de las borrascas que se acercan! ¡Ay de los ladrones de documentos y de honras y de profesiones! ¡Ay de los abyectos! ¡Ay de los débiles de corazón! ¡Ay de los que lloran por una mujer! ¡Ay de los que escupen la espalda de los vivos y saquean el sepulcro de los muertos!

Retemblaba la pieza con su voz. A cada instante esperaba que aquellos brazos me aplastaran como las patas de un caballo. El terror me tenía inmóvil.

Y cuando aquel hombre abrió la puerta, yo salté de mi lecho empapado en sudor, y puse los cerrojos y acerqué mi petaca inmensa de viaje.

La aurora me miró en la misma posición: oyendo los menores ruidos y atento a los rumores de la calle. Y Eduardo no volvió; se perdió en el tiempo, en la noche, en las montañas, en las tinieblas de su locura deífica y en los repliegues misteriosos de su destino nefasto!...

Un alma de oro

A la señora de G. Ramírez

HAS LLORADO SIN CONSUELO POR la tórtola que un día de tus manos se escapó; por la blanca palomita que usaba tus cabellos, que dormía en tu regazo, que arrullaba tus insomnios y escondía entre tus manos su plumaje tornasol.

Has gritado sollozando: tortolita, alondra mía, vuelve al nido abandonado de mi yerto corazón; vuelve al nido y que tu gorja desparrame musicales armonías, como rueda el agua pura, gorjeadora y transparente por la llambria de un peñón.

Has gemido desolada por la gota de rocío que en el cáliz de tu espíritu prendió su fanal tremante y luego una racha tempestuosa le quebró, y un piadoso rayo ardiente de sol áureo, por temor de que a los fangos de la vida descendiera, íla absorvió!

Y exclamaste: ¡Perla mía, florecita de mi campo, dulce aljófár de mi amor; reverdece en mi camino, balancea tu cunita en mi fronda que marchitan tu recuerdo y mi dolor!

Has llorado por la corza de blancura inmaculada cuyos ojos entornó para siempre, temerosa de la infamia, de los ciegos y vilezas que desgarran la inocencia y maculan el candor.

Ni tus manos maternas, ni tus besos infinitos, ni tus lágrimas de fuego, ni el clamor de tu pecho dolorido harán que torne el perfume al cáliz de oro que amoroso le albergó.

¡Llora, llora bajo el sauce que resguarda la crisálida de la bella mariposa que voló; bajo cielo zafirino ya revuela jubilosa, como alada estrella fúlgida que temblando se alejó!...

Epístola simbólica [III]

A ella

HE PISADO LOS LIMOS DEL SAGRADO NILO; he contemplado el sarpullido que les finge el musgo a los colosos de Tebas y sé que la Estatua de la Libertad es hueca, sin haber recorrido el mundo vario como el célebre asno de oro de Apuleyo. Y estoy contento con mis rudimentarios y vulgares conocimientos, porque despojado enteramente de pasión, creo que tu cariño para mí tiene un valor más grande que todas las maravillas del universo. Tu alma me parece como una tarde límpida; tiene aromas y quietud, y dulcemente le ofrece los labios a la noche.

Confórmate con nuestra vida que corre natural y espontáneamente, y olvida los guijarros en gracia de las flores que esmaltan el camino. Nos ata la campiña con su paz y aquí debemos morir. Acostúmbrate a esta idea para que pierda su negror, como Cambises que se comió al Buey Apis para probar que no era divino.

Esta dolorosa ausencia tiene su bondad; mira cómo las golondrinas se elevan en pos de un pavoncito y vuelven a su alero; mira cómo las ensombrecidas nubes huyen para caer alguna vez en lluvia diáfana.

El trabajo no defrauda y es el plinto de las reputaciones. No te aflijan los míos que deben ser tu orgullo, y que darán relativa solidez a nuestra felicidad efímera como la vida. Esas grandezas ficticias que brillan con engañoso resplandor, debidas a terribles humillaciones que pocas veces se traslucen, son verdaderamente horribles. Latrocinios, abyecciones, desvergüenzas: iesto forman tales almas! Yo no sé cómo para la horda de Rinconetes y Cortadillos no resucita santo Domingo el Mugriento que fundó la Inquisición.

Bien está que nada cambie; pero es mi obligación aislarte de esas inmundicias. El antílope tiene bruñidos cuernos para su defensa, el alacrán su aguijón y el albañal su peste; pero esto no quiere decir que debamos aspirar en las letrinas o llevar alacranes en el seno. Junto a las graneadas espigas dobladas por su harina, se yerguen las vacías; en cambio sobre una trabazón de bejucos llenos de abrojos se levanta una flor, y el carbón mordido por la lumbre se torna rojo. ¡Contrastes extraños y eternos!

Hay que traducir el servilismo en doblones; y es tan extenso el mal, que si un nuevo Moisés diese la orden de decapitar a los adoradores del becerro de oro, nos quedaríamos sin humanidad.

Debes amarme como soy y por lo que soy, y no afligirte por mis trabajos diarios. Sí debo confesarte que a veces querría dormir veintisiete años de un tirón como Epiménides; pero, ifigúrate mi despertar! No, es preciso levantarse con el sol y no dar tregua al pensamiento, pues para el instantáneo necesitaría ser un vil.

Te perdería seguramente si fuera tal cosa, y para mí vales más que toda las maravillas del universo.

¡Dios mío!

HAN PASADO TANTOS AÑOS, tantos, tantos, que a veces me conforta la idea de que mi corazón impasible y no desportillado aún está hecho para los grandes sacudimientos y las grandes tempestades como los volcanes.

Árboles bamboleantes, presas de raros estremecimientos; rumorosos, inclinados a instantes como para escuchar una voz cariñosa y leda; otros, silenciosamente recogidos en meditación reverente: unos, semejantes a esponjas; otros, iguales a pinceles; los más, como descomunales brochas, gibosos y torcidos, alfombrados de musgo verde, con arrugas o lampiños, grabáos fieramente en mi memoria; illenad mi pensamiento atento como un centinela, de vuestro rumor, de vuestra música, de vuestros himnos! Mi frente, que han asordado todas las ambiciones y las esperanzas todas, fielmente guarda la luz de aquella tarde, la poesía infinita de aquel crepúsculo, la mirada de aquellos ojos tristísimos, el perfume de aquellas manos enguantadas y caídas en laxitud suprema... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

¡Oh! vuelve por el sendero fabuloso que guardó las huellas de tus pies; torna con tus ojos maravillosos, asombrados por el

aleteante sombrero de paja, a henchir mi desolado espíritu de gozo; vuelve, vuelve a mí, que yo desde las rocas puntiagudas donde he asentado mi desolación, bajaré desgarrándome las ropas a llorar a tu lado, a llorar de inexplicable alegría de ser feliz, ¡hondamente feliz un sólo instante!

¡Oh, déjame sollozar a tu lado; deja que olvide mi dolor que he tenido en el alma como un cuchillo; deja que penetre a mi corazón el convencimiento de que no soy tan desgraciado; deja que llore mucho, mucho, al pensar que anduve en los limos de un mar de llanto oprimiendo tu recuerdo como la concha su perla!

Y sé que no volverás... ¡que nunca volverás!... Yo sé que ni mis dolores atroces, ni mis ruegos espantosamente tristes, harán que tú vuelvas. ¡Oh, nunca volverás!... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Haz renacer mi corazón oprimido por aquel recuerdo como un puñado de tierra por las raíces apretadas de un roble añoso; haz que detenido el tiempo resucite en aquella tarde maravillosa; haz porque mi espíritu no sufra; haz porque vuelva; haz porque me ame, porque... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Silueta

MÁS BIEN QUE MUSCULOSO, magro; los ojillos que al soslayo miran, entre irónicos y amables; con el reflejo amortiguado de la sonrisilla perpetua y vaga en el semblante largo; el sombrero de paja deteniendo la melena riza y con el bastoncejo de puño de plata en las manos enguantadas; así, con indiferencia que simula frivolidad, pasa Jesús Acevedo por los bulevares metropolitanos, guardándose a la humanidad en el bolsillo y desplegando el pensamiento a la lluvia de oro de las musas.

El borbollón de agua límpida donde parece que se baña una paloma, las abejas sabias, el bosque senecto y siempre en primavera; el remusgo que trae olor de mirtos, cedria de pino y alma de tomillo; la mañana espléndida de colores y frescura, y los encinos pródigos de retallos, dánle sensación de triplicada juventud, de fuerza imperecedera, de anhelar constante. Ama con intensidad febril toda manifestación en que la exuberancia de las fuerzas psíquicas se externa, sobria y gallardamente; todo ejemplo de virilidad, toda anatomía armónica y fuerte y toda potencia cerebral, serena de convicción y risueña de juventud. ¡El ideal griego cabe en su espíritu!

En edades remotas habría sido discóbolo, y por su amor a la filosofía sentándose habría en los pórticos de Atenas.

Y este muchacho que busca el mitin detonante, el palique burbujeador de sátiras que deflagran como hierros candentes al contacto de la lluvia; que riega su alegría como el abedul murmurios y hojas blancas, es un serio y un triste de corazón que ha encontrado en la vida, como Constantino cuando iba a combatir a Magencio, un lábaro con estas palabras del divino loco de Nuremberg: “hacéos duros”. Tiene un bello espíritu formado a golpes de voluntad y pulido y alustrado con todos los procedimientos de la cultura intensiva más selecta.

Ha signado su frente con las tristezas de Verlaine y Rodenbach, y ungido su ambición con el óleo mil veces sacrosanto de Nietzsche.

Ha sido para consigo mismo “su confesor y su poeta”; y cultísimo como es, su futuro irremisiblemente será radioso.

Es consecuencia inevitable de su aristocracia espiritual el horror casi instintivo a la vileza hedionda; a “la chatura artística, a la mulatez intelectual” a la abyección que se ostenta con desvergüenza de mesalina e impudor de limosnero leproso.

Y su educación ha sido lenta pero firmísima. En la Escuela de Bellas Artes dejó su rastro preciso de personalidad artística y regocijado ingenio, y en muchos concursos abiertos por el gobierno para la construcción de edificios escolares, ha vuelto siempre con el ramo de laurel olímpico en la diestra.

Su victoria última tiene relieves de imposición. Su proyecto de monumento a Juárez, al que la prensa toda y la opinión pública de manera unánime y como axiomática le han discernido el premio, anticipándose fundadamente al laudo del jurado, será una muestra de alta intelectualidad en nuestra patria.

La firmeza del dibujo, sin vacilaciones ni titubeos de rapaz; el vigor y amplitud de la concepción y la acertada elección de elementos que hacen un todo armónico de belleza tranquila, han causado y no sin razón, un asombro por la juventud del artista y una satisfacción profunda, porque solo, humildemente, se ha llevado el triunfo sin protestas.

Y el general Díaz, que ha hecho montañas con sílex, granitos y rocallas; que ha sido ráfaga sacudidora de frondas distintos hoy, moviéndose a compás y aprisionando notas diversas en la pauta del deber, ha formado un himno soberbio, sentirá seguramente el orgullo de ver que un muchacho ha sido el triunfador en uno de los concursos arquitectónicos más serios y trascendentales de la república.

Y estaba previsto el resultado favorable a Acevedo en este concurso nobilísimo; porque su perseverante estudio, su devoción al arte excelso, sus conocimientos enciclopédicos y sus facultades excepcionales, fundaban en cierto modo tal previsión que no ha sido defraudada. De estéril y mal cultivado ingenio, habría resultado “un hijo seco, avellanado, antojadizo” y no la obra llena de originalidad y pródiga de belleza.

Seguramente que en las próximas segazanes, la graneada espiga rendirá puñados de oro; el artista, en ascensión constante, derrochará los tesoros de su talento privilegiado, de su personalidad tan brusca como reciamente definida.

De hoy para entonces, podemos aplicarle con toda exactitud aquellas célebres palabras: “es un árbol, que será bien pronto un mástil de navío”.

Almas infantiles

A la señorita L. Bustos

¡OH, QUÉ ENCANTO, qué dulzura, qué inefable atractivo tienen para mí los campos cuando la vida irrumpe por doquiera!

Las copas florecidas de los manzanos y almendros como chinescas mantillas que sobre escuetas ramazones orearan los céfiros; el ocaso como estadio tras juegos circenses; los rayos del sol que, al hundirse tras la calva serranía, clavan sus venablos en las nubes-concreciones en la concha enorme de los cielos, todo, todo esto infiltra su juventud en mi ser, ¡y su soplo saludable pone temblores en el lago adormilado de mi espíritu!

Desde el herrumbroso balcón de esta vieja hacienda hospitalaria, miro barcinar la paja; las eras donde acriban el trigo que va formando montones de inquietos gusanillos de oro; los bueyes acoyundados, con los ojos bondadosos bendiciendo la llanura; las gallinas aclocadas rascando hoyancos, rodeadas de polluelos que por pequeñines aún llevan sus felpudos abrigos invernales; el pozo con su glauco terciopelo de musgo, donde charlan las campesinas de ojos negros, cuellos fuertes que ensangrientan menudas sargas de corales y pies morenos de uñas

lustrosas como empapadas en rocío; el monte negro que en neblina envuelto parece humear, y el loco salpique de casas de tejavanes oscuros, entre largos órganos que se yerguen cual gigantescas espinas vertebrales.

En el lago que custodian esparrancados tepozanes cuyas hojas nievan céspedes, como un cruel desplume de palomas hecho por azores, paso las horas contemplando los reflejos de frondajes en el agua, en cuyo fondo fingen vegetaciones raras, y policromos celajes, semejantes los blancos a témpanos de hielo que se mueven, y los negros a reptiles que silenciosamente nadan.

Aquí las mulas, acollaradas aún, al medio día descansan breve rato, y el sol que rompe frondas, riega en sus lomos las áureas onzas de su escarcela.

Pedrín me acompañaba siempre. No puedo olvidarlo; llevo su imagen en el alma como una cicatriz.

En las mañanas agrisadas aún, cuando las nieblas arras-trándose iban dejando en las ramas sus diamantes, llamaba a mi puerta.

Era pequeñín, aduendado, con ojos vagos que recordaban quizás un sueño, cejas negras y curvas como las plumas caudales de una golondrina. No tenía padres. La hacienda lo acrianzó noblemente, y él tenía por ella una gratitud triste y enorme como una nube preñada de lágrimas.

Aun cuando el cielo achubascado le mostrara su amenaza, él bajaba a adistrarse en las ordeñas y en los trabajos de uncir yuntas y guarnecer caballos.

Su único amor era Leal, perrazo de color de lumbre, de párpados cacarañados y de pupilas amarillas como las almendras de los huesos de durazno, hocico dentado fieramente y con ribetes de hule negro.

Dormía al pie de la cama de Pedrín, comía con él, jamás separábanse, y juntos correteaban en los carriles arenosos, buscaban sombra bajo los agabanzos en flor y se internaban entre los bejucos de agraceñas zarzamoras, a riesgo de empuyarse.

De sus correrías volvían, el perro acezando y el muchacho con los zapatos desuelados y su eterna melancolía en las pupilas. Cuando por un momento desaparecía Leal, sus ojos eran, no como pájaros que entre rejas buscan salida, sino como pájaros que libres no encuentran dónde posarse.

¿Qué platicaba el mocozielo al perro aquél en los ratos que se acostaban en las quebrajas del terreno? ¿Qué panteísmo inconsciente hacía salir en frases el infortunio de aquella alma?

Él quería los besos de amor y las caricias que son bendiciones, y encontraba besos y caricias compasivas. Se vio solo, y clavó su afecto en su perro como un puñal en un árbol que al ensanchar su tronco más le oprime. Labró la miel virgen de su cariño en él, como las abejas en las gavillas resacas.

¡Oh, las bellotas que pudieron ser encinas y abonaron la esterilidad de los cascajos ardidos por el sol! ¡Oh, niños buenos, ávidos de caricias, sin regazos ni amor, moríos! ¡Sois las nébulas errantes que guardan los llantos de la vida!

Mi última excursión al bosque fue en agosto. Pedrín, endechador y alegre marchaba ágilmente con su cantimplora de agua acidulada con naranjas, que él mismo desjugó; brillaba al andar su pantalón bombacho de alpaca, y salpicaban su sombrero, a guisa de adornos raros, flores de mimosas como gusanos velludos o como trozos de redondos cepillos con los cuales limpiaba el cañón de su escopeta diminuta. Leal jadeaba escudriñando los agujeros de las peñas vestidas de timpánulas.

La mañana era rosada y fresca como los brazos recién lavados de una mozuela. En la selva había una solemne majes-

tad, acrecentada por confidencias de frondas y trinos incompletos de pájaros. Las nubes de moscos flotaban en el aire como tules vaporosos, y dulcemente movían sus plumas verdes las palmas que crecen en las partes húmedas de las montañas. Súbitamente atravesó un cuervo crascitando y se detuvo en un ocote viejo y erizado.

Nuestro morral de malla albergaba algunas aves; ninguna pieza grande. Pedrín soplabá su balitadera tenazmente, y a ratos callaba creyendo oír los gañidos de las ciervas. ¡Nada!

Del barranco profundísimo subía un aliento perfumado y frío. Nos sentamos. Pedrín reunió hojarasca, hizo lumbre y colgaba pajarracos que plácidamente embroquelaba. Mientras se asaban se puso a jugar con Leal, que, escandecido, ladraba no pudiendo atrapar el pan que le ofrecían y retiraban.

Mi espíritu giraba en un sueño, como una pajilla en la hebra de una araña. Nos sacudió el ruido de una rama que al quebrarse imitó el bramar de un cuervo.

Leal de pronto puso las manos en Pedrín, quien descuidado hizo un movimiento tan brusco para esconder el pan, que resbaló en las hojas de ocote y rápido descendió al fondo como atraído por una mano invisible y fortísima.

Leal corrió tras él; y cuando a ellos llegué, el crascitar de un cuervo que pasaba muy bajo me bañó en escalofrío.

Pedrín con los ojos agonizantes y apoyado en el brazo izquierdo, ¡quién sabe qué de inmensamente cariñoso y doloroso decía a su perro que lúgubrementemente aullaba, mientras el fulgor de sus ojos se apagaba lentamente: y, haciendo un supremo esfuerzo, alzó su brazo y le tendió su pan!

¡Oh, nunca, nunca he llorado como entonces!

Mi alma

SIN EL PASADO iqué desierto sería el porvenir! Hoy el recuerdo de mi juventud a veces me ilumina, pero siempre me deja pensativo.

Cuando con mis zapatos bayos, pantalones de punto, saco de tablas y la riza cabellera desbordándoseme como espuma negra por el sombrero de paja; el alma atenta, pero torpe y sorda aun a los ruidos del campo, recorría, con la flecha de resorte o la pequeña escopeta al hombro, los caminos silenciosos, me parecía que algo como una cadencia profunda y un perfume intenso me embriagaban y envolvían.

Un cauce arenoso que desparramaba en los agostos atronadores agua barrosa, era el lugar predilecto de mis meditaciones inconscientes. La campiña parecía quebrantada por el silencio más hondo y la quietud más feliz.

Volaban las nubes de moscos semejantes a velos finísimos; el canto de los gallos llegaba de muy lejos, y a ratos un cardenal, una primavera o un mirlo gorgoriteaban sus arpegios.

¿En qué pensaba entonces? En muchas cosas que mi alma de niño no podía explicarse. Las horas transcurrían en un adormecimiento divino de sentidos.

¡Qué bella me parecía la vida, qué buenos todos los hombres! Porque para mí, Dionisio —el carrero del rancho de mi padre— era el tipo de la virtud y la bondad, y era y seguirá siendo para mí indubitable que Dios le llevará a su lado en premio de las penas que le hice pasar, ya cargándome u obligándole a caminar conmigo por aquellos bosques apretados de maleza y bejucos engarfiados.

¡Y efectivamente fueron para mí los días más felices de mi vida! Encanecido ya, cuando el pensamiento indócil y agradecido me lleva a aquellos prados, son tan precisos mis recuerdos, que percibo el aroma del té silvestre; miro sus flores amarillas como mariposas de papel, y siento a Juana, la hija de Dionisio, que me daba muchos besos apretados que me sabían a manzana, y hago un ademán involuntario como para abrirme paso entre las ramas de los anacahuites. ¡Qué cielos tan diáfanos! ¡Qué mañanas tan puras!

Las vacas patriarcales, los tordos que se arremolinaban en los barbechos fingiendo ser de luz al chapuzarse en los zanjones, cuyas linfas saltaban como bombas de cristal; los peñascos con sus tapices; las encinas con sus muérdagos, y los crepúsculos de sangre y seda y ópalo, imprimieron en mi espíritu melancólica vaguedad que prueba mi dolor por la ausencia irreparable y eterna. ¡Yo bien sé que nunca volveré!

Concluidas las vacaciones, cuando la nieve descendía del Xinantécatl, volvía al colegio, triste, con la promesa en el corazón de llevar a Juana, al año siguiente, una cruz de concha nácar, un delantal de cambaya y unas arracadas de columpio.

¡Silvestre y dulce amiga, cómo llenaríame de regocijo un beso tuyo!

Ya en el instituto, mi espíritu negligente y enfermizo se resquebraja con el estudio como un fango por el sol; la

presbicia mental aumentaba siempre a compás de mis entusiasmos. Sin embargo, el corazón temblaba ante la proximidad de las vacaciones, como un pájaro en las manos de una mujer.

En mis amigos veía la inconsciencia de vivir, el olvido de todas las contrariedades. ¡Y yo sufría! ¿Por qué?

Un vago anhelo de viajar me poseía: me agitaba ante una posibilidad o una fantasía, como las hojas de los álamos al beso de la brisa.

Pasaron los años indiferentes a mis pensamientos de angustia; volví a los campos quemados por el hielo de diciembre; crucé los bosques majestuosos ornados de labrusca, y los besos de Juana no tenían para mí, como antes, sabor de manzana fresca; en sus ojos había un azoramiento de gacela, y en sus senos un temblor de onda. Bajé por última vez el camino de aquel rancho, y un adiós confuso y empapado en lágrimas salió como un suspiro de mis labios apretados...

Hay un espacio en mi vida que se llena con una reverente memoria filial.

¿Qué iba a ser de mí? Lo sabía muy bien: ¡trabajaría! Y empezaron los desfallecimientos y los entusiasmos a renacer alternativamente: el tiempo corría como una gota de agua sobre un vidrio inclinado. Y supe de privaciones, de ausencias y de sombras que alumbraba mi pensamiento tenaz.

Era preciso triunfar para que no se rieran las gentes de mis sueños; ¡era preciso triunfar para volver alguna vez al praderío silencioso que me nutrió de pensamientos solemnes! ¡Curiosas tonterías! Pero estas ideas me aprisionaban como en una jaula.

Vivía entonces en una barriada del sur de la ciudad; allí se albergó mi primera simpatía.

Mi novia se llamaba Elisa; vestía de luto, tenía los ojos claros y como cansados, unas manos maravillosas de divino marfil

y sufría como yo. ¡Oh, alma solitaria en el tumulto, cuánto amé tus dones de piedad!

Nos separaron... ¡porque era preciso! ¡Qué rampa tan penosa, qué ladera más pronunciada, qué declive más traidor! ¡Cuánta falsedad y cuánta infamia!

Hoy abro los ojos con espanto cuando creo vislumbrar una mano que muestra un corazón; casi he perdido los sentidos para hedores, amarguras, llagas, blasfemias y abrojos.

Me alejé algún tiempo; marché a una campiña que no era la mía, y allí los ojos azules de una pálida visión de mármol encantaron mi vida; la encantaron para siempre, porque a través de todas las manos, veo aquéllas, y a través de todas las pupilas miro aquéllas de turquesa celestial.

Creo en las bodas espirituales; yo te juro, lirio de oro, campánula de nieve, cadencia de alondra, alma de lágrima, que fui tuyo, que soy tuyo, ¡que seré tuyo por los siglos de los siglos!

Volví después con el espíritu cansado; y cuando huyeron mis penares derribando el templo, entonces el corazón despedazado tornóse amargo y duro como la estatua de sal de la mujer de Loth...

Índice

El licenciado don Abel C Salazar, <i>Joaquín Gómez</i>	7
Almas (1909)	9
HONDA TRISTEZA	13
ALMAS VISIONARIAS	21
UN ALMA TRISTE	25
LAS BRUJAS	33
ALMAS FUERTES	37
ALMAS JÓVENES	43
ALMAS MEDROSAS	55
ALMAS DECRÉPITAS	59
ALMAS ENFERMAS	65
EPÍSTOLA SIMBÓLICA [I]	71
LOS DUENDES	75
EPÍSTOLA SIMBÓLICA [II]	79

ALMAS HUÉRFANAS	83
ALMAS NOCTURNAS	91
EL ALMA DE LAS CIGARRAS	95
ALMAS ERRANTES [I]	99
UN ALMA EN PENA	103
ALMAS SILVESTRES	107
ALMAS GEMELAS	115
ALMAS SOMBRÍAS	121
UN VIAJE A VILLAHELADA	129
ALMAS EXTRAÑAS	135
ALMAS ERRANTES [II]	141
ALMAS AUSENTES	147
UN ALMA DE ORO	153
EPÍSTOLA SIMBÓLICA [III]	155
¡DIOS MÍO!	157
SILUETA	159
ALMAS INFANTILES	163
MI ALMA	167

Abel C. Salazar

Almas

se terminó de imprimir en enero de 2016, en los talleres gráficos de Armando Rodríguez Rodríguez, ubicados en Avenida 519 núm. 199, en San Juan de Aragón, primera sección, delegación Gustavo A. Madero, C.P. 07969, en México, D.F. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se utilizó la familia tipográfica *Aries*, diseñada por Eric Gill. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortiz y Juan Carlos Cué. Formación: Rogelio González Pérez y Aarón Gómez López. Portada y supervisión en imprenta: Rogelio González Pérez. Cuidado de la edición: Christian Ordóñez Bueno, Elisena Ménez Sánchez y Joaquín Gómez. Editor responsable: Félix Suárez.

